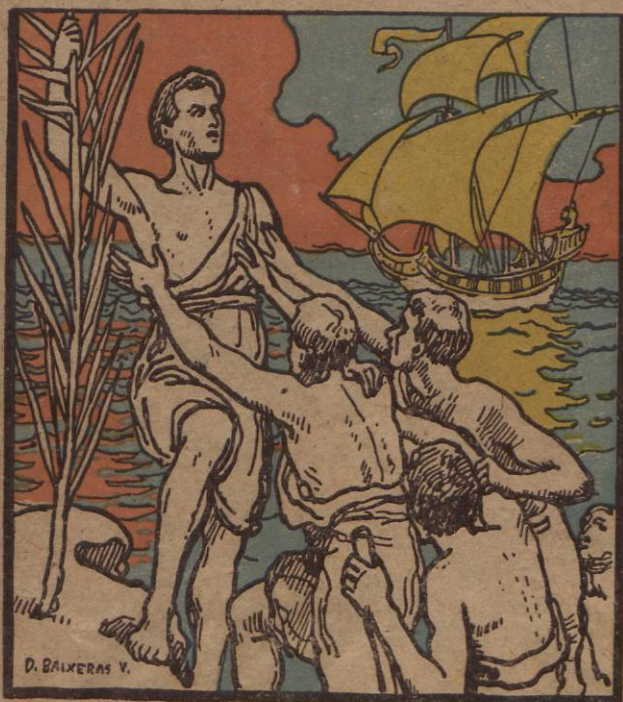
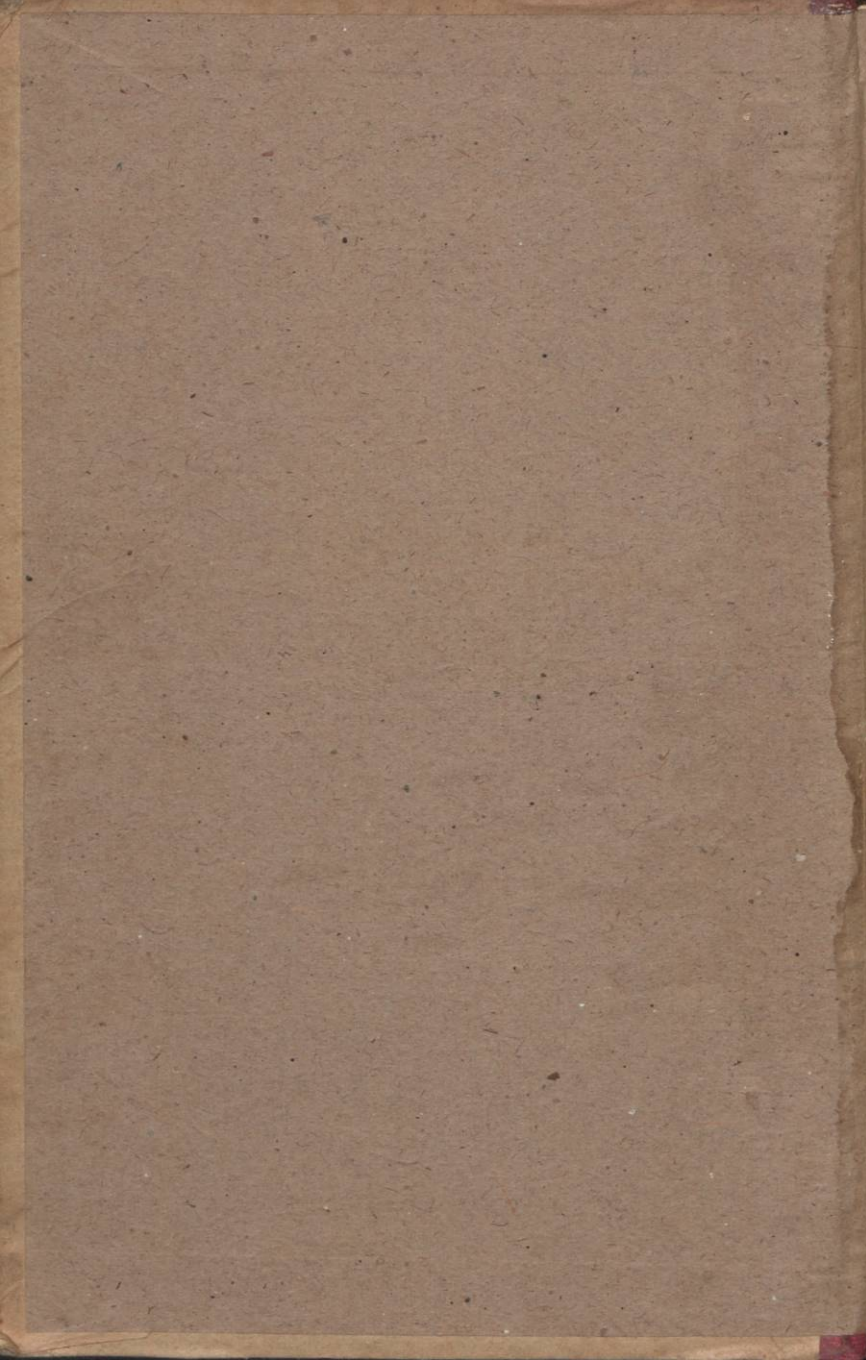


EL SECRETO DEL EXITO:



R. RUIZ AMADO, S. J.



R: 2650





EL SECRETO DEL ÉXITO :::

PLÁTICAS DE QUINCE MINUTOS
CON LOS JÓVENES DE QUINCE A VEINTE AÑOS

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.



CUARTA EDICIÓN

CORREGIDA E ILUSTRADA CON DIEZ Y NUEVE DIBUJOS

DE

D. BAIXERAS



EDITORIAL LIBRERÍA RELIGIOSA
CALLE AVIÑÓ, 20. — BARCELONA

1930

IMPRIMATUR

JOSEPHUS M. MURALL, S. J.
Praep. Prov. Aragoniae

NIHIL OBSTAT

El Censor,

LIC. FORTIÁN SOLÁ MORETA, Pbro.
Barcelona, 4 de Agosto de 1930.

IMPRIMASE :

† MANUEL, OBISPO DE BARCELONA.

Por mandato de su Sría. Ilma.,

DE. RAMÓN BAUCELLS
Canciller Secretario

:: Reservados ::
todos los derechos

VIII-930-3050

INTRODUCCIÓN



ARTÍCULO I

El éxito y la felicidad

El *éxito* y la *felicidad* no son una misma cosa; aunque bien podemos decir, que el *éxito* es una *parte* de la *felicidad* temporal. Pero la *felicidad* se extiende mucho más allá de las fronteras del *éxito*. Declarémoslo con algunos ejemplos.

Un joven animoso va al extranjero, con el propósito de hacer una fortuna; pero sus negocios toman un giro tal, que al cabo de cierto número de años vuelve a la patria, sin dinero y sin ilusiones; y gracias a esta gananciosa pérdida, acepta una modesta colocación, donde vive tranquilo y contento el resto de sus días. Este joven no ha perdido en el lance la *felicidad*; pero es necesario reconocer, que tampoco ha obtenido el *éxito* de su viaje.

Pedro Sánchez (1) sale de su solar montañés, para buscar colocación en Madrid, donde, como tantos otros, no halla sino amargos desengaños; hasta que la Revolución le levanta a un empleo brillante, y le procura la mano de una joven de esfera superior a la suya. Mas los azares de la política le privan de su destino; su mujer resulta desamorada e infiel; se bate en desafío con su ofensor, y es vencido. *Pedro Sánchez* es *un fracasado*

(1) Novela de Pereda.

en toda la extensión de la palabra. Pero el tiempo viene a cicatrizar todas sus heridas; sus negocios se entablan, muere la esposa infiel; y el héroe, casado con la modesta Carmen, ¡vuelve a encontrar, en su paterno hogar, la *felicidad*, que por algún tiempo creyó definitivamente perdida!

Estos ejemplos se mueven en un círculo enteramente mundano; pero ¡ascendamos un poco más!

Más allá de todos los desengaños del mundo; más allá de todas las crueldades de la suerte, hay un asilo de *felicidad*, abierto siempre para los fracasados: ¡*La resignación!*

¡*La resignación* es una playa segura, adonde continuamente arroja sus naufragos el mar del mundo! ¡Cuántos he conocido que, agitados y vejados por todo género de tormentas, han alcanzado en este asilo la *felicidad!*

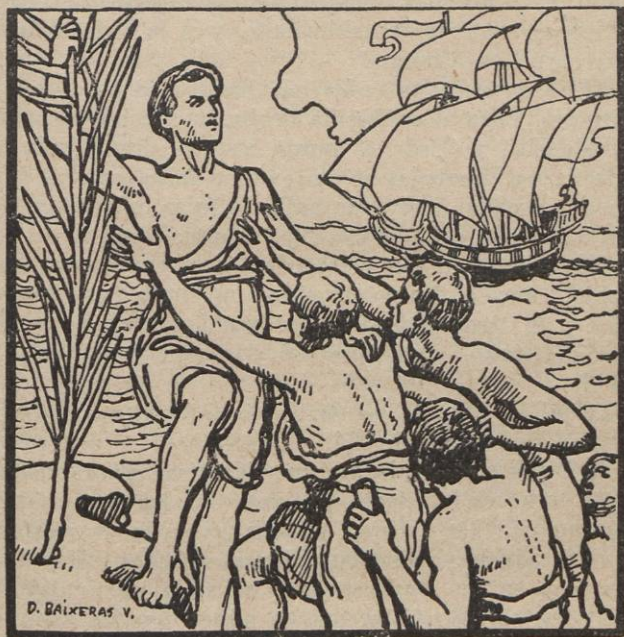
A un hombre conocí, dos veces millonario y arruinado otras tantas; privado por la muerte de las personas más queridas de su corazón, ¡en edad en que ya no era posible emprender nuevos rumbos, contraer nuevos lazos!... ¿Quién más defraudado del *éxito* de sus esfuerzos; del *éxito* de su juventud y de su vida? Y sin embargo, yo he visto a ese hombre morir en brazos de la *felicidad*, que vino a buscar y halló en el humilde grado de Hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, de la que había sido bienhechor en los días de su fortuna!

El hombre ha nacido *para la felicidad* tan determinadamente, que hasta el último aliento nunca se le despoja totalmente de la facultad de alcanzarla. Y cuando, por dilatar hasta entonces el entregamiento de su resignación, no ha sabido procurársela en esta vida, todavía le quedan las infinitas perspectivas de la felicidad ultramundana, ¡que puede conquistar con sólo un acto de ferviente penitencia!

Pero el *éxito* no es así. La Providencia da a cada hombre, con frecuencia *una sola vez*, y generalmente,

en la juventud, los elementos del éxito; no el éxito mismo; y de la energía, constancia y habilidad, con que cada hombre utiliza esos elementos, depende que alcance el éxito apetecido, o incurra en el contrario fracaso.

Ya con esto queda bastante claro lo que por éxito



entendemos. Pero antes de definirlo, ilustrémoslo todavía con otros casos concretos.

Un joven termina aquella primera etapa de su educación, en que procede casi inconscientemente, guiado por sus padres y maestros. Se ofrecen a su vista varios caminos: las carreras facultativas, la milicia, las industrias, el comercio; y bajo el influjo de las condiciones que le imponen las circunstancias de su fortuna, las relaciones de familia, etc., elige uno de esos caminos. El

éxito consiste, para él, en llegar felizmente *al término* del mismo.

Desde el momento que se emprende uno de esos caminos, y se vacila en su seguimiento; se retrocede, se cambia de dirección (sobre todo después de haber perseverado en él algunos años), comienza el *fracaso*; porque ¡el tiempo vuela irrevocablemente, y si la vida es corta, la juventud es efímera!

El joven necesita *todas sus fuerzas* corporales y espirituales, para describir la órbita que le ha trazado la Providencia; y desde el punto en que desperdicia una parte de esas energías en un camino falso, en una dirección equivocada; habrá de hallarse falto del caudal que, para lograr un completo *éxito*, necesita.

Otros hay que no retroceden, mas emperezan en el camino. Pero el día no tiene sino un limitado número de horas, y el tiempo perdido les impide llegar a los alcázares del *éxito*, antes que sobrevenga el crepúsculo de la vida.

¿Cuál es, pues, la *noción* del éxito? ¿Cómo podremos dar una definición de él?

Éxito es una voz latina que significa *salida*; y alcanzar el éxito, es lo mismo que *salir* con las empresas que se acometen. De ahí que, como haya en la vida diferentes *empresas*, hay asimismo diferentes éxitos. Hay éxitos parciales, en las empresas que miran a particulares fines, y éxitos *subjetivos*, que se miden por las aspiraciones del que los pretende y persigue.

Pero hay, por encima de éstos, un *éxito total*, que consiste en lograr la que llamó el poeta,

la más sublime empresa de la vida.

Hay un *éxito* de la vida, y, más concretamente, un *éxito de la juventud*, que es la edad en que los futuros horizontes de la vida se determinan.

Ese es el éxito, cuyo secreto quisiéramos descubrir a la juventud de nuestra raza, en interés suyo y de la raza

misma; y consiste a nuestro juicio, en la *elevación de la vida* al más alto grado posible, dentro de las circunstancias que, para cada individuo, independientemente de su voluntad, la circunscriben.

Declaremos un poco más este concepto. El hombre tiene un destino general *humano*; pero dentro de ese destino general, cada clase de personas, cada familia y cada individuo, tiene además un propio destino *social*.

En esos dos destinos está cifrada propiamente *la empresa de la vida*; en alcanzarlos, en salir con esa empresa, consiste el *éxito* a que la juventud debe aspirar. Mas si analizamos la naturaleza de cada uno de esos destinos, hallaremos: que el *éxito humano* consiste en alcanzar *la mayor elevación posible* de la propia vida intelectual y moral; y el *éxito social* está cifrado, *para cada individuo*, en *eleva*r hasta la mayor altura posible el desempeño de su función en la sociedad.

No consiste el *éxito social*, como han soñado muchos ambiciosos, en encumbrarse precisamente hasta el pináculo de la sociedad. En toda estructura, capaz de equilibrio estable, la cima suele tener menos área que la base, y, por consiguiente, dar cabida a menor número de personas. ¡La aspiración a encaramarse hasta el pináculo, produce las revoluciones, que, cuando mucho, acarrear el encumbramiento de unos pocos sobre las ruinas de los demás!

El verdadero *éxito social* consiste, pues, en que, cada uno de los miembros de ese organismo que llamamos la Sociedad, *eleve* al más alto grado de perfección el desempeño de las funciones que le están encomendadas. Para valernos de una comparación muy usada por los antiguos, no consiste la perfección de los miembros, en que los pies lleguen a ser manos, o las manos lleguen a ser ojos; sino en que los ojos alcancen toda su perspicacia, las manos toda su destreza, y los pies toda su agilidad.

Por semejante manera, el *éxito social* consiste, para

cada individuo, en elevarse a lo más alto dentro de su esfera, *elevando consigo* la función social, cuyo desempeño le ha cabido en suerte.

Hay un ejemplo que explica esto muy bien.

En la Antigüedad griega y latina, el *trabajo mecánico* era una ocupación vil y despreciable, indigna del ciudadano libre, y encomendada, por ende, a los esclavos. Mas en la Edad Media, el *monje* abrazó ese trabajo, y elevándose hasta las más altas cumbres de la vida intelectual y moral, *elevó consigo* el trabajo mecánico, y lo redimió de su envilecimiento; y en la Edad Moderna ha habido otros trabajadores que, *perfeccionando* ese mismo trabajo hasta un grado admirable, lo han levantado a la dignidad de una profesión civil. El monje medioeval alcanzó el *éxito humano*, único que apetecía, elevando hasta un alto grado, dentro de sus ocupaciones manuales, su vida intelectual y moral. El moderno *mecánico* ha alcanzado el *éxito social*, perfeccionando el trabajo mismo y haciéndolo fuente de prosperidad y de riqueza.

Antiguamente (¡y no muy de antiguo!) no había más fuentes de riqueza, para los pueblos y para los individuos, sino los *bienes naturales*, la tierra, los ganados, los metales preciosos. En la actualidad hay otro elemento de prosperidad muy superior: *el trabajo*; y esto se debe a la *elevación del trabajo*, por efecto de los esfuerzos de esos obreros modernos, que han convertido en *industria* lo que fué en un tiempo *trabajo servil*. He ahí uno de los más brillantes ejemplos del *éxito social*.

Pero dentro de esa transformación económica de la sociedad, es necesario que cada individuo procure y alcance su particular *éxito*; esto es, que se eleve al más alto grado posible, en el ejercicio de la parte que le incumbe en el desempeño del trabajo colectivo. De ese *éxito social*, de los medios que a él conducen, y de los estorbos que lo suelen impedir, es de lo que queremos tratar con los jóvenes en estas breves pláticas.

ARTÍCULO II

El problema del éxito

A cada paso se repite, en nuestros días, que la sociedad en que vivimos es una sociedad *democrática*; pero son pocos los que penetran todo lo que se encierra en el sentido de esa palabra vulgar.

Muchos creen ver la substancia de las democracias modernas, en la índole *popular* de las formas políticas: en la representación nacional, el derecho universal de sufragio, etcétera. Pero ésa no es sino una democracia *adjetiva* y *formal*, por más que de ella se tome etimológicamente el nombre de la *democracia*, que no significa otra cosa sino *gobierno* o *poder del pueblo*. Mas debajo de esa democracia *gubernamental*, hay otra de más substancia, y es la *democracia profesional*.

En algunas repúblicas de Grecia hubo democracias políticas; pero nunca existió en el mundo una verdadera democracia profesional, hasta que el Cristianismo hubo proclamado el principio de la *fraternidad* entre los hombres, y, por consecuencia, desterrado la esclavitud y la diferencia jurídica de razas o castas.

Naturalmente, aunque el Cristianismo *sembró esa semilla*, no se recogieron instantáneamente todos sus frutos. Si la esclavitud quedó herida de muerte, y comenzó a desfallecer muy pronto, no fué sino para dar lugar a la *servidumbre*; y aun abolida ésta, quedó la *jerarquía* de las clases hereditarias; y bien podemos decir, que ahora, en nuestra época, comenzamos a recoger los más

substanciosos frutos sociales del Cristianismo, que se predicó hace más de diez y nueve siglos.

Esos frutos se pueden resumir convenientemente en el nombre de *democracia*, supuesta la evolución que ha venido haciendo esta palabra, pasando del terreno político al orden económico y social.

Y nótese de paso, que esa *democracia*, que actualmente se va imponiendo en todas las esferas de la sociedad, existe en toda la plenitud de su desarrollo, en la *Iglesia católica*, desde los primeros días del Cristianismo. La Iglesia católica ha sido siempre una sociedad *democrática* por excelencia; no en el sentido gubernamental o político; pues, en éste, más bien es una Monarquía aristocrática; pero sí en el sentido *social*, por cuanto en ella nunca se ha reconocido privilegio al *nacimiento* ni a la *herencia*, antes bien se ha luchado perpetua y victoriosamente contra el principio hereditario, que propendía a introducirse; y no se ha aceptado otra aristocracia sino la del *talento* y la *virtud* (1).

En la Iglesia católica *todos los puestos* han estado siempre patentes a la virtud y al talento, sin atender a ninguna otra consideración; y si, en sus principios, un rudo pescador de Galilea ocupó la cátedra pontificia, en épocas posteriores han podido subir a ella un porquerizo y el hijo de un zapatero remendón.

Este principio, que se llama ahora *democrático*, y que no es, en el fondo, sino la *igualdad cristiana*, ha ido penetrando poco a poco en las sociedades informadas por el espíritu del Cristianismo, y en nuestros días ha llegado a enseñorearlas de un modo casi absoluto.

(1) Algunas veces, los prejuicios y las imposiciones de la sociedad con que la Iglesia ha convivido, han penetrado en su seno, introduciendo en ella los respetos del nacimiento o el poder de la fortuna. Pero esas invasiones morbosas marcan precisamente las épocas de sufrimiento de la Iglesia católica, cuya enérgica vida ha acabado siempre por reaccionar contra ellas y arrojarlas de sí, restableciendo el puro principio democrático, que hace subir la virtud y el talento a los más altos puestos, y rechaza de ellos a la nobleza heredada, si se halla destituida de dotes naturales y sobrenaturales.

Ya no hay actualmente (si se exceptúan algunos recuerdos *arqueológicos*, formas ornamentales y monumentos de un estado social que *pasó*) *privilegios de nacimiento* y de *clase*. Ya no se exigen *pruebas de sangre* para entrar en ninguna profesión. Ya no se da el mando de los ejércitos a los príncipes de la familia real, o a los herederos de los títulos nobiliarios; antes bien, un soldado sin nombre puede con su perseverancia, valor e inteligencia ascender hasta el grado superior de la milicia; y un hijo del pueblo puede, a fuerza de talento y probidad, elevarse hasta la suprema gobernación del Estado. Sólo el *Monarca*, como *símbolo viviente* de la *Historia patria*, recibe por herencia esa suprema dignidad, que no puede ser fruto sino del desarrollo histórico.

Fuera de esa representación única de la *soberanía nacional*, no cual vive en el pueblo conforme a las modernas constituciones, sino como procede del secular desenvolvimiento de la Historia; todos los demás puestos, todas las demás funciones sociales, están abiertos al talento, a la constancia, a la virtud, al esfuerzo; y mirándolo desde otro punto de vista, ¡todos esos puestos están patentes a *la juventud!*

Pero, como ya dejamos indicado, no consiste el *éxito social* de la juventud, en que cada uno de los jóvenes se encumbre en los puestos más elevados de la sociedad. ¡Eso sería sencillamente *imposible!*

El éxito de cada uno de nuestros jóvenes, de cada uno de los *hijos de la patria* (única nobleza que importa para el desempeño de las funciones de la vida social), consiste en que, *midiendo* con prudente consideración sus dotes naturales y circunstancias sociales, *elija* el puesto para que le destina la Providencia; se dirija a él sin vacilar, lo alcance con esfuerzo, y lo desempeñe noblemente, para bien de su país; en lo cual hallará, al mismo tiempo, su propia felicidad terrena.

La *razón* y la *fe* nos persuaden de consuno, que Dios

ha señalado a cada uno de los hombres *un lugar* en la vida. Dios, sér de inteligencia suprema, ninguna cosa hace sino ordenándola a un fin. Todas las cosas ordena Dios, en último término, a sí mismo: a la actuación de sus perfectísimos atributos, y a la manifestación de su gloria; pero sabemos por la fe, que también ordena las criaturas racionales a su *felicidad* de ellas, no poniéndoles otra condición, sino que hayan de alcanzarla *libremente*, puesto caso que las hizo *libres*.

Pero si de la inteligencia es propio obrar *por un fin*, de la *inteligencia infinita* es peculiar, no ordenar solamente el sér a su fin, sino *prever* y disponer su camino — si éste es único — o los *varios caminos* por donde podrá dirigirse hacia su fin. De ahí que, aun cuando no podemos afirmar que Dios haya *predestinado* para cada uno un puesto singular en la sociedad, en cuyo desempeño alcance su último destino; podemos sí concluir, que Dios *no* ha destinado a cada individuo *indiferentemente* a cualquiera de los puestos a que, en la constitución democrática de nuestras sociedades, le es dado aspirar.

Infiérense de esto dos conclusiones, de las que la una es a propósito para *alentar la esperanza*, y la otra es acomodada para *refrenar la imprudencia*.

“Dios, que me ha dado la vida y me ha prescrito el fin — puede decirse cada uno de nuestros jóvenes —, me habrá deparado, sin duda, *algún camino* para llegar a ese fin que quiere consiga”. Por tanto, ninguno tiene causa razonable para entregarse al desaliento o a la desesperación; y ésta es la consideración apta para mantener vivas las esperanzas.

Pero, por otra parte, hemos de discurrir que, estando abiertos para cada uno de los jóvenes, *todos y cada uno* de los puestos de la sociedad, y no siendo posible que *todos y cada uno* alcancen *cada uno* de dichos puestos; síguese que la Providencia divina no los ha destinado *a todos para todos*, sino a cada uno le ha señalado *alguno*, o la elección entre un cierto número de ellos.

De ahí la *temeraria imprudencia* de la juventud, que imagina poder aspirar a *todo*; ¡temeridad a que la organización de nuestra sociedad moderna *da lugar*, aunque no le comunica justo título!

En la antigua organización social, la inmensa mayoría de los jóvenes sabía, casi desde la cuna, el puesto que en la sociedad le estaba destinado. El *éxito* era entonces puramente una cuestión de *moralidad*. Bastaba a la juventud el *cumplimiento de sus deberes*, para dejarse llevar suavemente al fin que le había sido propuesto.

Unos nacían destinados, por su noble prosapia, para servir a su patria y a su Soberano en los altos puestos de la gobernación o del Ejército. Otros nacían, en su humilde cuna, anejos a una tierra que debían regar con el sudor de su rostro, para contribuir con sus frutos al sustento de la Nación. Otros eran conducidos por su nacimiento a los empleos del foro; otros a las profesiones mecánicas, donde el *gremio* los recibía en la edad legal como *aprendices*, los promovía luego a oficiales, y los levantaba, si se hacían capaces de ello, a la categoría de *maestros*, y allí les intimaba un *non plus ultra*! ¡No hay más allá! ¡No penséis en arbitrarios procedimientos para perfeccionar vuestro trabajo; no discurráis desusados caminos para mejorar vuestra fortuna; porque el mismo *gremio* que os ha criado y educado en su seno, os lanzará de sí y os procribirá, si tratáis de alterar sus recibidos estatutos!

¡Inútil es discutir, si eran mayores las ventajas de la *tranquilidad*, o los inconvenientes de la *servidumbre* que esas organizaciones imponían a la vida civil; o si la sociedad moderna compensa, con las *perspectivas infinitas* que ofrece a la juventud, la *falta de sostén* en que deja sus primeros pasos! ¡Es imposible rehacer la Historia, porque es imposible hacer retroceder las saetas del reloj de los siglos!

Mas, sea por desgracia o por fortuna, hoy no se halla la juventud, enlazada con aquellos vínculos, que a la vez

la sostenían y la aprisionaban. Hoy le dice la voz de la conciencia, que le está reservado un *puesto* en la sociedad; pero nadie puede decirle, a ciencia cierta, cuál es, y nadie se lo puede procurar (por regla general), si él mismo no lo conquista con su esfuerzo.

De ahí que el problema del *éxito* ofrezca, en nuestra época, particulares alicientes y dificultades. De ahí que, en nuestros días, tantos jóvenes, embriagados de risueñas esperanzas, se lancen por todos los caminos de la vida; ¡de ahí también que tantos *Ícaros* sientan a pocos lances derretirse sus alas de cera, y den consigo en el piélago del fracaso, cuyas aguas agitadas cubren su húmeda tumba, sin dejar apenas rastro de su ruina, que sirva a los demás de escarmiento! De ahí, finalmente, la necesidad de plantear y resolver ese problema, de cuya solución depende, en gran parte, la felicidad temporal de muchos de nuestros jóvenes hermanos, y ciertamente ¡la grandeza y felicidad de nuestra patria!

Basta lo expuesto en este artículo, para comprender la razón del título que hemos dado a nuestro libro. El *éxito*, que fué en otras épocas negocio de una especie de *fatalidad*, ha venido, en la nuestra, a convertirse en negocio de *acierto*. En otro tiempo bastaba dejarse llevar de la fuerza de la costumbre y de las instituciones. En el nuestro hay que comenzar por descubrir, cada uno para sí,

ARTÍCULO III

Ideas atávicas

En la vida moral del hombre, influyen tres diferentes elementos: la naturaleza, las ideas y la costumbre, que como dicen, constituye una manera de *segunda naturaleza*.

De ahí que, aun cuando han ya cambiado las ideas, la conducta de los hombres, que profesan ideas nuevas, siga moviéndose en los rieles establecidos conforme a ideas antiguas y anticuadas, por la fuerza de la costumbre, de los prejuicios arraigados, de todo ese cúmulo de reliquias del pasado, que forman el elemento *irracional* de las humanas acciones, y constituyen, en el orden moral, un verdadero *atavismo*.

Esto se observa de un modo muy notable en la materia en que nos estamos ocupando.

Todos convenimos en que han cambiado las circunstancias sociales que determinan el porvenir de la juventud; en que, así como en la antigua constitución de las sociedades, el destino de los jóvenes estaba pendiente de sus condiciones de nacimiento, y del puesto que ocuparan en la sociedad sus progenitores; actualmente, en la moderna constitución de los Estados, cada uno ha de ser puramente *hijo de sus obras*, y ha de esperar sólo del *talento* y de la *virtud*, la posición que, en otras épocas, se recibía de la *sangre* y del *valimiento*.

En el terreno de las ideas, todos estamos de acuerdo acerca de este punto. Excepto las riquezas, que pueden recibirse todavía por la herencia paterna; todo lo demás:

la posición social y política, los honores, la celebridad, la fortuna, todo se ha de conquistar con el esfuerzo; todo está abierto y patente para todos, y sólo los esforzados son los que pueden llegar a la meta, adelantándose a todos los demás por sus mayores alientos.

Esta es la teoría; y la teoría está, en el presente caso, de todo punto conforme con la Naturaleza; pues la Naturaleza hizo a todos los hombres semejantes, y todos los bienes son, por su naturaleza, *comunes*, habiendo de ser los *actos libres* de los individuos, los que les atribuyan alguna preferencia sobre los demás, en la apropiación de determinados objetos.

Eso no obstante, y a pesar de la señalada concordia entre la Naturaleza y las ideas, es innegable que existe todavía, en la sociedad en que vivimos, un *elemento irracional*, residuo de *ideas atávicas*, que desorienta a muchos jóvenes, moviéndolos a poner sus esperanzas, no en su valer y esfuerzo, sino en el apoyo *gratuito* de los demás, con no pequeña perturbación de las relaciones sociales, y, sobre todo, con enorme detrimento para la misma juventud, que viene, por ese camino, a comprometer sus éxitos y perderlos miserablemente.

En la antigua organización de las sociedades, bien estaba que el individuo, que llegaba a una asociación donde todos los puestos se hallaban *confiscados*, se arrimara a alguno de los *poseedores*, para ampararse con su sombra, e introducirse, bajo su *clientela*, en aquel encasillado que todo lo abrazaba.

En la sociedad romana, vgr., no se reconocían *derechos civiles* sino al *ciudadano*; por lo cual, el extranjero que llegaba a la ciudad, desprovisto del derecho de ciudadanía, para no caer en la mísera condición del esclavo, no tenía otro recurso sino entrar en la *clientela* de un *patricio*, que hiciera valer sus derechos de hombre, dentro de aquellos moldes férreos del formalismo jurídico.

Asimismo, en la sociedad feudal, constituida sobre la base del *privilegio* y la desmembración jerárquica de la

soberanía, no había otro recurso, para gozar del amparo de las leyes, sino acogerse al *vasallaje* de un señor. Para ejercer un oficio mecánico, se había de entrar en un *gremio*, sujetándose a todos sus estatutos y reglamentos; para medrar en la milicia, se había de servir a *merced* de un capitán de soldados; para adelantar en los cargos políticos, no había otro camino sino conquistarse la *privanza* de uno de aquéllos, que poseían los cargos de gobierno por prerrogativa de su nacimiento. Entonces, todo el que por su sangre no era *señor*, había de resignarse a ser *criado*, y esperar sus adelantos de la *gracia* de aquél a quien servía.

¡Quién no proclamará, *en teoría*, que nuestro siglo *ha sacudido aquel yugo*; que ha roto aquella red de hierro, formada de cadenas de privilegios; que nuestra juventud ya no tiene necesidad de esperar sus legítimos *éxitos*, del *favor*, de la *gracia*, de la *privanza*; sino puede conquistarlos con los merecimientos de su *virtud* y *talento*, de su *trabajo* y de su *esfuerzo*? Si esto no es así, ¡hemos de dar por perdido el desenvolvimiento histórico de cuatro siglos, y hemos de borrar de nuestro Diccionario la palabra *progreso*!

¡Y, *sin embargo*, cuando se ponen los ojos en la *realidad práctica*, no puede menos de descubrirse, con profundo dolor, que una buena parte de nuestros jóvenes, volviendo, con un tremendo salto hacia atrás, a los tiempos del *feudalismo*, espera sus *éxitos*, como los *vasallos* de la Edad Media, como los *criados* de hace tres o cuatro siglos; no de su propio esfuerzo y valor, sino de la *gracia*, del *favor*, del apoyo *gratuito* de los que han alcanzado las cimas del poder y de la fortuna!

Para aquéllos de mis lectores que no hayan comprendido aún todo el alcance de mi pensamiento, hay una palabra que será como un luminoso relámpago, y quizá como una *revelación* de las profundidades de la realidad social, mezquina y miserable, que, a pesar de nuestra fas-

tuosa jactancia, nos humilla: ¡esa palabra es la de *recomendación!*

Frente al arduo problema de sus éxitos, la juventud se divide en tres *épocas*: la juventud del *pasado*, que, adherida como el marisco a la peña donde nació, espera de los que le dieron el sér (personas e instituciones sociales), que le den el complemento del sér, o sea, el éxito de su vida. La juventud *del porvenir*, la cual, comprendiendo haber ya pasado, para no volver, aquellos tiempos de la *herencia* y del *privilegio*, se arma para la lucha, recogiendo y cultivando sus fuerzas. Y entre estas dos juventudes, hay otra juventud *híbrida*, que no tiene la herencia de lo pasado, ni la energía que conquista lo porvenir, y se agarra, como molesta lapa, a la no menos híbrida, estéril y perniciosa costumbre de la *recomendación*. Sin *título* para reclamar el favor, que ya no se debe a nadie, y sin *valor* para fiar sus éxitos de su propio esfuerzo; procura introducirse *fraudulentamente* en la moderna organización social, por un medio bastardo, ¡imitación espuria de los antiguos privilegios!

Pero digámoslo desde luego: el *sistema de la recomendación* es una funesta vergüenza de la sociedad en que vivimos: ¡tutela vergonzosa para el que la dispensa; afrentosa para el que la recibe; corruptora para la sociedad, donde se introduce como una enfermedad secreta; y perniciosa, más que para nadie, para la juventud, que crece en perezosa inacción, pendiente de la esperanza que tiene colocada en las recomendaciones de sus *padrinos!*

La juventud que, en el antiguo régimen, ascendía a los puestos del Estado en virtud de aquella imperfecta organización social, subía por el único camino que había entonces para subir; subía en la forma adecuada a la sociedad en que había nacido, dentro de cuya constitución, su ascenso era perfectamente lícito. Mas ahora, los que se acogen al medio vergonzoso de las recomendaciones, lo hacen contra el derecho establecido, en ninguna de cuyas

disposiciones se da lugar a la *recomendación*; antes ha sido preciso dictar decretos contra ella. Suben *en brazos ajenos*, adonde se debía subir por los esfuerzos propios. Son duelistas que admiten, contra su rival desampara-



do, el auxilio alevé de sus *padrinos*; y lo que es peor, por ser de más transcendencia: son perpetua rémora del progreso social, que aspira a salir del régimen del *privilegio*, para llegar al de la *igualdad* y de la *justicia* para todos.

Muchos de mis lectores podrán contar más cosas que yo, acerca de lo que pasa en las antecámaras de los Pala-

cios, y en las antesalas de los Ministerios. El espectáculo de esa juventud imbele, que pierde, en eternas esperas y en aduladoras flexiones de espinazo, el tiempo y las fuerzas que debían conducirla al éxito por el camino real del trabajo y la virtud, debiera ser bastante para llenar a los jóvenes generosos, y amantes de su honor y de su patria, de disgusto y repugnancia hacia ese medio subrepticio y despreciable de la *recomendación*.

Por nuestra parte, nos limitaremos a indicar algunas ideas, fruto de una experiencia no muy breve, y en un medio social donde hay harta ocasión para conocer las realidades de la vida.

Las *recomendaciones*, no sólo son *ilegales* y *viles*, en cuanto el que las busca se sujeta al capricho de un particular, en vez de acatar noblemente el imperio de la ley; sino resultan las más veces *inútiles*, y *siempre* perniciosas.

Inútiles, porque, pese a la maledicencia, en la mayoría de los casos el verdadero *mérito* se sobrepone a la inepticia mejor recomendada. De donde resulta que, aquéllos en cuya recomendación se fía, o no recomiendan, o lo hacen flojamente, sabiendo que su patrocinio no ha de ser eficaz; y aun cuando recomiendan con empeño, las más de las veces resulta inútil su recomendación, por estrellarse ante la rectitud de los que han de otorgar lo que se pretende.

Mas aunque en *algunos* casos no sean inútiles, son siempre las recomendaciones *perniciosas*.

Perniciosas para el que, en fuerza de ellas, se ve promovido a un puesto para el cual no tiene capacidad; donde, por consiguiente, contrae responsabilidades abrumadoras ante Dios y ante los hombres, acarreándose el desprecio de éstos y la reprobación de Aquél.

Perniciosas para el traidoramente vencido, y defraudado del premio de sus nobles esfuerzos, por la interposición desleal de un patrocinio injusto.

Perniciosas para la juventud en general, la cual por

ese prejuicio de las recomendaciones, se ve desorientada en su camino, atribuyendo al favor y esperando de él, lo que no debe ser, ni es, generalmente, sino premio del trabajo, y la constancia.

Perniciosas, finalmente, por consecuencia, para la patria, a quien todos nos debemos; pues ese extravío de su juventud, que languidece en las antesalas, en vez de robustecerse en las Academias; que se envilece en la adulación, en vez de ennoblecerse en los certámenes; no puede dejar de conducir al rebajamiento intelectual y moral de la Nación, y a la larga, a la decadencia de su prosperidad y a la pérdida de su gloria.

¡Oh, si se pudiera aquilatar el influjo que esa confianza excesiva y torpe en la recomendación, ha ejercido en la presente decadencia de nuestro país; estamos seguros que bastaría esto para desviar a nuestra generosa juventud de tan fatal y envilecedor camino! ¡Y nuestra juventud es, y no los Reales Decretos y Reales Ordenes, quien ha de acabar con el funesto sistema de la recomendación!

¡Vosotros, oh jóvenes amados, que sentís en vuestras venas las energías de la mocedad y las nobles aspiraciones del *éxito*, sois los primeros que habéis de poner coto a este abuso, huyendo de las antecámaras, propias para los lacayos, y acogiéndoos a las Bibliotecas, a las Academias, a los Laboratorios, a los sitios donde no se cultiva un favor incierto, sino se desarrolla ciertamente la *fuertza*, que constituye, en resolución,

EL SECRETO DEL ÉXITO!

ARTÍCULO IV

El dios Éxito

En todos los ramos de la actividad humana, los hombres inconsiderados, o cortos de entendimiento, se inclinan irresistiblemente a la *canonización del éxito*; cuya razón psicológica es la pereza mental o falta de penetración de la inteligencia, la cual hace que, en lugar de investigar la serie de las causas de donde procede un efecto apetecible, se fije la atención exclusivamente en una causa parcial o accidental, o, por ventura, en una circunstancia concomitante, que no tiene en el efecto causalidad ninguna.

De ese vicio mental, que caracteriza al *vulgo necio*, distinguiéndole de los varones prudentes y de los hombres reflexivos, nace el que, al lado de cada ramo de la humana actividad *racional*, brote una actividad *empírica*, desligada de las normas de la razón.

Así nace, vgr., al lado de la Medicina, el curanderismo. ¿En qué consiste la fuerza del curanderismo? No en otra cosa sino en la falta de reflexión o penetración, con que el vulgo atribuye a cualquiera pócima o enjuague, la salud que, en algún caso particular, sobreviene por otras causas accidentales. Un charlatán anda pregando la virtud de unos polvos para curar toda clase de enfermedades. Si acontece que un enfermo *toma* aquellos polvos, y, *sin embargo*, no revienta, por no haber acabado las Parcas de hilar el hilo de su vida, o porque su naturaleza robusta reacciona eficazmente contra los polvos y la enfermedad; ese hecho basta para acreditar

al curandero, y aquellos polvos quedan elevados, en virtud de tal *demostración empírica*, a la categoría de *tríaca* de la Farmacopea popular. *¡Es probado!*, dicen los que recetan el remedio; esto es: *¡uno* lo tomó, y, a pesar de ello, *no se murió!*

Por el mismo procedimiento adquieren crédito los *adivinos* y los practicadores de las *artes ocultas*, cuyo ocultismo se funda en la total vaciedad de razones científicas, que les impide exhibir en público sus *secretos*; esto es: su secreta *inanidad*. Pero, lo que es peor, ese *empirismo* irracional se extiende a las ideas que más directamente afectan al porvenir de la juventud, la cual, sobre todo en nuestra época de publicidad y noticierismo, se da a entender, que todo el que ha *salido* con la empresa de crearse un nombre o una gran posición, posee necesariamente *el secreto del éxito*; y que, por consiguiente, ¡no hay mejor camino, para dar con dicho secreto, sino aplicarse a imitar los procedimientos de cualquiera de tales hijos de la Fortuna!

“Por ventura, dice un autor moderno, no hubo jamás otra época en toda la historia del humano linaje, en que las vidas de los hombres notables fueran tan señaladas individualmente, y hechas objeto de particular estudio, como lo son en la actualidad. Dadme que un hombre adquiriera una gran fortuna, llegue a ser eminente en cualquiera profesión u oficio, o consiga fama, o se señale de otra suerte entre sus semejantes, y veréis de qué manera se le estudia desde luego atentamente, como una *lección objetiva* para el resto del mundo. Los métodos seguidos por ese hombre, se convierten en santo y seña de otros innumerables; sus frases vienen a ser consideradas como *máximas* de reconocida sabiduría, para dirigir e inspirar a otros en su ascensión por la dificultosa, pero regia vía que lleva a la fortuna y a la fama. Verdaderamente, *el secreto del éxito* es el moderno *oráculo*; y el que, merced a su sabiduría, a su agudeza o genio, lo realiza en

su vida, asegura para su nombre la admiración y los homenajes de las generaciones de la Tierra.”

¡Menos mal, si por ese camino llegaran esas generaciones *bobas* a dar con *el secreto del éxito*, pero lo cierto es, que le acontece a ese innumerable *rebaño servil* de los imitadores, lo que a los pobres paletos, que se van con ciega fe tras el curandero, por sólo haber visto que *no se murió* el otro que tomó de sus polvos o menjurjes!

En el sagrado Evangelio hallamos el testimonio de haber existido en Jerusalén una famosa piscina o estanque, rodeado de cinco pórticos, donde yacían innumerable multitud de enfermos de todo género de dolencias, esperando el *movimiento del agua*. Porque estaba persuadida aquella inválida muchedumbre, de que, a tiempos, descendía del cielo un ángel a remover las aguas de la piscina; y el primero que entraba en ellas, después de su agitación, recobraba la salud, cualquiera que fuese la enfermedad de que estuviese aquejado. ¿Quién duda que, cuando las aguas ofrecían el milagroso movimiento, se arrojaría a ellas una gran multitud de los pacientes, en pos del primer afortunado que se bañaba, y alcanzaba con esto la salud? Sin embargo, sabían que la curación estaba reservada a *sólo el primero!* Mas yo tengo por cierto, aunque no lo dice el Evangelio, que, en pos de este afortunado, se lanzarían muchos otros al agua, ¡que, ¡ay!, había perdido ya, por aquella vez, sus propiedades salutíferas!

¡Tal es lo que acontece a esos modernos *idólatras del éxito*; los cuales, en vez de estudiarlo, *lo adoran*; en vez de buscarle las coyunturas, se postran con pasmo delante de sus favorecidos!

¡Se imaginan que *imitan* al que sanó arrojándose a la piscina; pero pierden de vista, que su salud no procede como quiera de haberse bañado, sino de haberse bañado *el primero!* ¡De esta suerte, la *imitación servil* de ese ciego *rebaño*, ha producido muchos *remojones*, pero pocas curaciones!

El ejemplo de los que han triunfado de las dificultades, puede, sin duda alguna, servirnos de provechoso estudio; pero no tomándolo de una manera empírica y a



carga cerrada, sino analizándolo y sometiéndolo a examen racional.

Mézclanse, en la persuasión que conduce a imitar a los afortunados, dos principios: el uno verdadero y el otro falso. El falso es, aquella *falacia* que descubren los dialécticos: *Hoc post hoc, ergo propter hoc*, y llaman tam-

bién *non causa pro causa*; que en romance quiere decir: que no todo lo que *precede a un efecto*, es causa eficaz del mismo. Algunos grandes músicos han gastado largas melenas; pero no se sigue de ahí, que todos los discípulos de Orfeo, con sólo dejar crecer las greñas, hayan de hacer prodigios en la Música. Algunos de los poetas románticos fueron pálidos y demacrados; pero ¡claro está que, aunque bebiendo vinagre emularon los imitadores su palidez, no por eso obtenían infaliblemente la inspiración poética de aquellos desmazalados vates!

En pos de cada uno de los grandes artistas, que terminaron una época de florecimiento en sus artes, siguió una época de decadencia, en que el arte padeció, a manos de sus discípulos, cabalmente por efecto de esa servil imitación, que se fija, no en lo substantivo y eficaz, sino en las circunstancias exteriores accidentales, y que nada tienen que ver con la perfección alcanzada por los maestros.

En nuestra juventud hemos conocido oradores en cierne, que se tenían por *castelarinos*, sólo porque imitaban los defectos de la declamación de Castelar; y en nuestros días hay una plaga de *coloristas* y *modernistas*, que no han tenido otra escuela sino *los defectos* y las exageraciones de alguno que otro artista de talento, más o menos descarriado por sus caprichos. El *rebaño servil* no les ha podido robar su talento; ¡pero se ha vengado quedándose con sus vicios!

Esa *canonización* de los afortunados; esa *adoración del éxito*, puede llevar a desdichas mayores, en el mundo de los negocios prácticos, que en el de la Poesía y de las Artes; como quiera que el mal gusto no impide, a los que lo tienen, hacer bien su digestión, ni salvar su alma; pero la desorientación en los caminos de la vida práctica conduce a las ruinas individuales y sociales.

Por otra parte, no hay que desconocer el otro principio verdadero, de los dos que inclinan a la imitación de los afortunados. Este principio es el que decían los antiguos:

A facto ad posse valet illatio; del hacer al poder, vale la consecuencia. Es decir, que el hombre que ha alcanzado una gran fortuna, el que se ha encumbrado en los más altos puestos de la política, o de la ciencia, o de la industria, sin duda alguna ha tenido *poder* para hacerlo; y por consiguiente, el estudio *racional* de sus procedimientos, podrá ser provechoso para llegar a descubrir el verdadero secreto del éxito.

Sólo que, para ser tal estudio provechoso y racional, es menester que distinga solícitamente las cualidades *eficaces* o substantivas, de las adjetivas o accidentales, que no han tenido eficacia en la obtención de los resultados apetecidos; y que, en las primeras, se haga una segunda distinción entre las *imitables* y las *inimitables*.

Las aberraciones de los imitadores serviles, a que nos hemos referido, proceden de falta de una de esas distinciones. Muy de ordinario se han fijado en las cualidades puramente accidentales o adjetivas, como la melena en el músico famoso; pero, por ventura, todavía con más frecuencia, han olvidado, que no todas las cualidades que pretendían imitar, eran imitables, vgr., *el genio*.

Lo mismo acontece con los *ídolos del éxito*. Muchos hombres han obtenido éxitos envidiables en la vida práctica, a favor de circunstancias *excepcionales*, o de cualidades enteramente *peculiares*; y claro está que el estudio de su carrera sólo nos podrá servir para informarnos, o maravillarnos, o alabar a Dios; pero no, en manera alguna, para *orientarnos*.

Por el contrario; en esos hombres afortunados, que han logrado elevarse, como arriba decíamos, elevando consigo las funciones sociales que desempeñaron, hallamos otras cualidades *substanciales* y *generales*; y sólo en ellas podemos considerar *el secreto del éxito*; no de un éxito anómalo, o por lo menos ocasional, individual, excepcional; sino del *éxito normal*, único a que pueden aspirar los individuos normales.

Descubrir y analizar esas *cualidades*, que son garan-

tía del éxito normal, ha de ser el objeto del presente trabajo; pues, ¡pese a los falsos profetas, y a los *curanderos* sociales, ése es el único *secreto del éxito* que se puede comunicar y en que se pueda fiar!

PARTE PRIMERA

ARTÍCULO V

El horóscopo

La antigua superstición o preocupación de la Astrología, hacía depender la suerte de los hombres, del instante de su nacimiento. Conforme a la posición de las estrellas o de los planetas, en el tiempo en que nacía un niño, trazaban su *horóscopo*, en que se contenía el *secreto de sus éxitos* o malandanzas. Esto era, naturalmente, una superstición, o un prejuicio nacido de la falta de conocimiento, que se padecía entonces, acerca de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con el mundo universo.

La ciencia moderna se va inclinando cada día más, a creer en otro género de *horóscopo*, que, según ella, determina con no menor fatalidad el destino de cada uno de los hombres que nacen. Nadie cree ya en el *influjo de las estrellas*, por más que queden en nuestro lenguaje vestigios de aquella superstición, cuando llamamos *desastrado*, o nacido con mal *astro*, al que sufre los rigores de la adversa fortuna; y decimos tener *buena estrella*, aquél a quien le salen los negocios a medida de su utilidad o de su gusto. Residuos son éstos, de los que decíamos en un artículo anterior, que guarda la costumbre, aun después de haber caído en descrédito las ideas en que se inspiraban. Pero si los hombres de ciencia no creen ya actualmente en el *querer de las estrellas*, no por eso

dejan de admitir la existencia de un *horóscopo* fatal; sólo que, en vez de irlo a buscar a los cielos siderales, lo investigan en la llamada *ley de la herencia* fisis-psicológica.

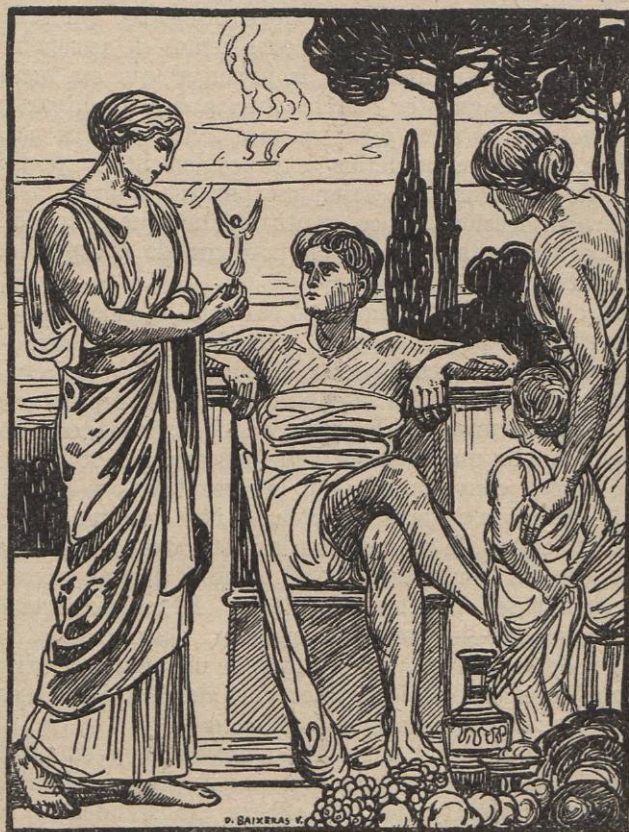
No es nuestro ánimo negar el poderoso influjo de la *herencia* en las disposiciones físicas del que nace, y por ende, en la conducta humana del adolescente y del joven.

Así como reconocemos en los hijos, de una manera sorprendente e inexplicable, la semejanza de las facciones, del timbre de voz, de los ademanes y otras particularidades de los padres; no hay por qué negar, que las facultades orgánicas de los descendientes, la imaginación sobre todo, y la sensibilidad (que residen probablemente en el cerebro, y reciben el sello propio de su configuración orgánica), hereden muchos caracteres de las facultades paternas y maternas. Ahora bien: ninguna buena Filosofía puede desconocer el influjo inmenso que ejercen en la humana conducta *las pasiones*, las cuales residen en la sensibilidad; y *la imaginación* cuyas representaciones influyen eficazísimamente en la actividad del entendimiento.

Reconocemos, pues, que el niño recién nacido no viene al mundo totalmente *indeterminado*, sino provisto de ciertas *predeterminaciones* que, a medida de su desarrollo, se van manifestando, y contribuyen poderosamente a *inclinarse* hacia el mal. Lo que no podemos admitir, a despecho de la superstición astrológica y de la filosofía determinista es, que el hombre reciba, en los umbrales de su vida, la ineludible determinación de su destino: que nazca virtuoso o vicioso, honrado o criminal, *fatalmente dichoso* o *irrevocablemente desdichado*, ya sea por influjo de la herencia, o por destino ineludible de las estrellas.

Sobre el *horóscopo* de las estrellas, y por encima de las *determinaciones* de la *herencia*, está, para el hombre que pasa los umbrales de la vida, el *arbitrio de la libertad*. Este es el que ha de determinar el destino de su

existencia. ¡Esa es la única estrella que le puede hacer *desastrado*! Pero cuando evitamos el Caribdis del *determinismo*, no hemos de desviarnos hasta naufragar en el Scylla de la *libertad transcendental* de los kantianos.



El hombre siempre es *libre psicológicamente*, mientras conserva el uso de la razón; pero puede venir a perder su *libertad moral*, cuando consiente que sus pasiones,

conspirando por ventura con las disposiciones heredadas de una infausta progenitura, le aten con tan fuertes lazos, que le sea moralmente imposible desasirse de ellos. Pero sobre todo (y es lo que más nos importa en la materia presente), así como reconocemos que *todo hombre* posee la suficiente *libertad* para elegir el camino que le ha de conducir al *éxito* o al fracaso; hemos de proclamar muy alto, y hacer entender a la juventud, que esa facultad no es *permanente*; que la *ocasión* de encaminar la vida hacia el *éxito*, es pasajera para todos, y *calva* para muchos, los cuales perderán irrevocablemente la posibilidad de alcanzarlo, si dejan escapar ese *único cabello* de la calva ocasión; esa conyuntura fatal, que se les concede para orientarse hacia un porvenir de prosperidad y ventura.

La antigua fábula simbolizó esa fatal elección, que a la juventud se propone, con el mito de Hércules (símbolo de la fortaleza juvenil que se dirige al *éxito*), del cual se decía, que, al llegar a la edad crítica, se le presentaron dos mujeres, procurando cada una cautivarle con sus atractivos. La una de ellas, bella y seductora, le propuso el placer, convidándole con la abundancia y la vida muelle de los sentidos. La otra, enjuta y adusta, pero llena de energía, le convidó con la austeridad, con los trabajos, con los combates; pero al término de una carrera de sufrimientos, le ofrecía *la gloria*. Hércules, decía la fábula, se decidió por esta segunda, despreciando los halagos de la primera, y así, en vez de un vulgar sibarita, consumido en la ociosidad y los viles deleites, llegó a ser un héroe, ¡el héroe nacional de Grecia!

Esta fábula tiene un sentido profundo, y sin duda alguna, encierra más tuétano que las flamantes filosofías del Determinismo y del Liberalismo transcendental. Es falso que el hombre venga a la tierra con un destino trazado por la *fatalidad*; y no es menos falso (cuando se trata del *éxito*) que su destino esté *siempre* en su mano. (Otra cosa sucede con la *felicidad*, de que en el primer ar-

título hemos hablado). Lo cierto; lo que enseñan de consuno la Filosofía de los siglos y la cotidiana experiencia es, que a todos los jóvenes se les ofrece la *elección*, se les propone alguna vez la *disyuntiva*, y la resolución que entonces toman, el extremo que entonces eligen, es *definitivamente* decisivo del éxito de su vida social.

No siempre se presentan a la imaginación de cada joven, como se dice de Hércules, la Voluptuosidad y la Austeridad, en formas tan fácilmente reconocibles; pero no por eso es menos cierto, que hay un día en la vida juvenil, o por lo menos, un breve período de ella, en que se le ofrece la facultad de *escoger*. Muchas, por ventura las más de las veces, la juventud no advierte la *transcendencia* de su elección; pero no obstante, ¡la elección que entonces hizo, redundará inevitablemente en todos sus futuros destinos!

Una parte, por cierto no la menos importante, del *secreto del éxito*, es, para la juventud, el darse cuenta del *momento* en que se le presenta esa transcendental elección; y no hemos de ocultar a los jóvenes, ser éste uno de los puntos más difíciles, como es de los más importantes. Porque esa elección, que se propone a todos, no a todos se les propone en un mismo tiempo, ni bajo unas mismas formas, ni en unas mismas circunstancias.

La experiencia, no tanto de los aciertos, cuanto de los *fracasos*, de que hemos sido testigos en nuestra vida, nos ha persuadido, que la época crítica de esa elección se encierra en el *lustró*, o período de *cinco años*, que separa la adolescencia de la juventud, y que, lo mismo puede considerarse como complemento de la primera, que como ingreso o principio de la segunda.

El niño llega a la adolescencia, y comienza los trabajos que le preparan a los futuros destinos de su vida, de un modo casi totalmente *inconsciente*. En circunstancias normales, la providencia paternal vela por él, y suple lo que todavía le falta de reflexión sobre sus actos y sobre sus fines.

De esa manera llega el adolescente hasta la *pubertad*, y no sin razón, el Derecho romano, expresión de las ideas del más *práctico* de los pueblos, extendió hasta dicho período la tutela del menor, dejándole luego la dirección de sus acciones, aunque sometiendo a la *curatela* la administración de sus bienes. En el siguiente *lustro* — de los quince a los veinte años, —, en ése que podemos llamar *vestíbulo* de la edad juvenil, se verifica generalmente la elección de que hablamos, y se deciden el *éxito* o el *fracaso* de la vida social.

Razón es, pues, que dirijamos a los jóvenes que se hallan en ese transcendental período, aquellas palabras del Apóstol de las gentes, dignas y capaces de hacerlos entrar en sí (II Cor., VI, 2): “¡Ved aquí ahora el tiempo aceptable, ved aquí ahora los días de salud!” ¡Días que pasarán para no volver, y cuya pérdida será para vosotros equivalente a perder el éxito de vuestra vocación y de vuestra vida!

Con toda propiedad se pueden aplicar al joven, colocado en esa peligrosa crisis, aquellas voces conmovidas del Salvador (Luc., XIX, 42): “¡Oh, si conocieras tú, en ese día *tuyo*, las cosas conducentes para tu paz; mas ahora están ocultas a tus ojos!”

¡*Tuyo* se puede llamar con toda verdad ese día o ese período, porque en él está enteramente puesto en tu arbitrio y elección, lo que, una vez inclinada la balanza hacia un lado, ya será fatal e inevitable para ti! ¡Y lo que más conmueve y quiebra el corazón de los que te aman, es que, en ese tiempo decisivo, vives tú descuidado, y entregado a las más lisonjeras ilusiones!

Deber nuestro es, pues, despertarte del sueño de tu inconsciencia, y espolearte con las palabras del mismo Apóstol, en el lugar antes citado: “¡Ahora es tiempo de velar, en los trabajos, en las vigiliias, en la abstinencia de los deleites sensitivos, en la castidad, en la ciencia, en la longanimidad, en la mansedumbre, en el espíritu santo, en la caridad no fingida, en la palabra de verdad, en la

virtud de Dios, con las armas de la justicia a la diestra y a la siniestra!"

Pero la importancia de dicha crisis exige que consideremos más despacio, ése que podemos llamar con toda verdad *el lustró fatal*.

ARTÍCULO VI

El lustro fatal

Fatal es lo que tiene relación con el hado (*fatum*), y por consiguiente, mira a la determinación del *destino*, desgraciado o feliz, de la vida; por más que, en el uso moderno de nuestro idioma, se aplica la *fatalidad*, antes a los infortunios que a las buenas dichas, debido sin duda a que, su mayor frecuencia, ha como embargado y reservado para ellos solos, el nombre que de suyo es común a la felicidad y a la desgracia; y en este sentido general lo tomamos nosotros.

No obstante, hemos de confesar, que el título que hemos puesto al presente artículo, está hace años fijo en nuestra mente, como resultado de nuestras amargas experiencias acerca del enorme número de los jóvenes que, en ese *lustro* de los quince a los veinte años, se malogran irremisiblemente, o determinan de un modo casi del todo irrevocable la pérdida de sus *éxitos* y el fracaso de sus mejor fundadas esperanzas.

En el decurso de nuestra vida hemos conocido un gran número de jóvenes: primero a nuestros condiscípulos y a los de nuestros hermanos menores, luego a nuestros discípulos, en las varias ocasiones que, en diferentes ciudades, nos dedicamos a la enseñanza en su grado secundario; y ha querido la suerte que, sobre todo mientras vivimos en Madrid, a donde confluyen como a un centro, desde todas las provincias de la Península, muchos jóvenes y hombres de todas las carreras, hayamos reanudado relaciones largo tiempo interrumpidas, volviendo a encon-

trar, en la plenitud, o cerca del ocaso de la vida, a algunos de los que, en la adolescencia, habían sido nuestros compañeros o discípulos, por los cuales hemos sabido los



acaecimientos de los otros; y no debemos ocultar que ese conocimiento ha inundado de amargura nuestro corazón, y él es el que nos ha sugerido el epígrafe de este artículo y, en gran parte, el proyecto de escribir el presente libro.

De aquellos jóvenes, que fueron nuestra alegría y nuestra esperanza, cuando éramos jóvenes nosotros mismos, y ellos eran casi niños, ¡cuántos se han perdido! ¡Varios, muertos en la primavera de la vida..., ¡ay! con prematura y vergonzosa decrepitud! ¡Otros, cuyos talentos prometían las más risueñas esperanzas de un porvenir brillante, desorientados, sin rumbo fijo, náufragos arrastrados por todos los vientos, expuestos a la ruina definitiva..., tal vez ya al borde de ella!

Otros han logrado aportar a una playa; pero ¡cuán quebrantados! ¡Con cuánta parte de sus tesoros arrojados al mar, para escapar de una tormenta que estuvo a punto de tragarlos!

Esas tristes experiencias nos han conducido a muy hondas meditaciones, y en ellas hemos hallado, que casi todas aquellas desdichas, y no menos las buenas dichas de los que han obtenido el éxito final de sus afanes, se determinaron en ese *lustro fatal*, en esa peligrosa edad de los quince a los veinte años.

Y estudiando más el problema, hemos descubierto poderosas razones que explican el carácter decisivo de dicho *fatal* período. Ese es el período en que se despiertan las pasiones, no sólo las que trae consigo la *pubertad*, sino también las que fomenta la *petulancia* juvenil. Es el período de la *elección* de estado, o por lo menos, de la elección del camino que conduce al definitivo modo de vivir. Es, para condensarlo en una imagen metafórica, pero muy exacta y expresiva, el período de la *siembra* de todo cuanto ha de brotar, madurar y recogerse en la vida ulterior; y escrito está en la Naturaleza y en la Biblia, que, *según lo que el hombre sembrare, así cosechará* (Gal. VI, 8).

Mas si la Naturaleza, o Dios, autor de ella, ha resumido en ese lustro las más transcendentales determinaciones de la vida, también le ha concedido los más preciosos privilegios.

Ese período se anuncia con las más sorprendentes

novedades en el sér juvenil; novedades que despiertan su atención, como avisándole el momento decisivo que para él se acerca, y amonestándole a concentrar en él sus esfuerzos. Su voz cambia los tonos atiplados de la niñez, en los llenos y sonoros de la entonación varonil; pero durante ese período de transición, le obliga a hablar con cautela, para no incurrir en las más chocantes desafinaciones. Las rosadas mejillas comienzan a cubrirse del sedoso vello, y el labio superior anuncia el naciente bigote, objeto de no pequeña solicitud para su poseedor incipiente. Todo el cuerpo va perdiendo las formas muelles y redondeadas de la infancia; irguiéndose y acercándose los miembros, y levantándose el pecho, como si ya no le cupiera en él el corazón. Pero las novedades que se presentan en el ánimo, son todavía más notables e importantes que las del cuerpo.

En lugar de la infantil cortedad, aparece ahora el espíritu gallardo y pundonoroso; la fantasía se exalta, haciéndose sensible a todo lo bello, generoso y grande; encántanle las empresas arriesgadas, no retrocede ante el peligro ni ante el sacrificio; no mide las dificultades; ¡todo lo cree, todo lo espera, y de nada desconfía menos que de sí mismo! Y a ese florecimiento de la fantasía, sigue el correlativo de la sensibilidad. El niño arisco se convierte en doncel amoroso; siéntese propenso a las lágrimas, ¡y lo mismo le enternece el espectáculo de la miseria, que el fulgor del heroísmo y de la gloria!

¿Qué será imposible a esa edad generosa, pletórica del jugo de *humanidad*, como un árbol redundante de savia en los días primaverales? ¡De los quince a los veinte, la palabra *imposible* no se ha escrito aún en el Diccionario de la vida! Pero lo verdaderamente tremendo de esa edad es que, el poseedor de toda esa plenitud de fuerzas, apenas se da cuenta de que las posee; cuánto menos de la inmensa *responsabilidad* que pesa sobre él en ese período fatal, por el uso que haga de esos inextinguibles tesoros.

La apreciación vulgar se equivoca generalmente, po-

niendo con preferencia la atención en el hombre que, llegado a la edad adulta, ha conseguido ya una posición social, se ha conquistado un nombre en la ciencia o en el arte, ha llevado al cabo empresas beneficiosas para la patria o la Humanidad. No: el apogeo del *valor individual* de un hombre, no está en la época en que ya ha producido las obras de que es capaz, o por ventura, sólo una parte de las que pudo producir; sino en el período en que esas futuras obras son todavía *vida*, en el hombre que con el tiempo las producirá. Esta es la edad verdaderamente *fecunda* y verdaderamente crítica. En la edad adulta, cuando el hombre ha dado ya de sí todo lo que ha podido o querido, no queda lugar sino para una admiración *estéril*, o para una reprensión infructuosa.

“El hecho, dice Conwell, de haber un hombre obtenido el éxito, alcanzado una posición social, o venido a ser padre de una familia, no demuestra en manera alguna que ha crecido en valor e importancia individual. La verdad es cabalmente lo contrario. Ese hombre de cuarenta años, no está prestando ahora a la sociedad un servicio tan grande, como cuando se esforzaba por adquirir y merecer esos éxitos que ha obtenido; no es en tan alto grado, el padre y guardador de sus hijos, ahora, como cuando las fuerzas que les dieron la existencia estaban todavía encerradas en sus facultades vitales; las riquezas que ha acumulado no pertenecen ahora tanto a su fuerza progresiva, como cuando se hallaban condensadas y en germen, en sus músculos, en su voluntad y en su cerebro. El mundo puede pasarse ahora sin ese hombre, mil veces mejor que entonces, cuando no era sino la encarnación de todas esas facultades; cuando se hallaba en los umbrales de la virilidad”. Ciertamente es así: como el arte puede carecer ahora de Rafael o de Miguel Ángel, con menor inconveniente que cuando eran de quince años, y guardaban en los tesoros de su genio adolescente las creaciones que hoy poseemos como su herencia, aun después que ellos dejaron de vivir hace siglos.

Es cierto, pues, lo que dice el mismo autor: que la juventud de la patria, esa juventud adolescente entre los quince y los veinte años, guarda el porvenir de la inmensa legión de los que todavía están por nacer, mejor que los millones de padres de familia, en torno de cuyas rodillas juegan y triscan los niños inocentes de nuestro tiempo. Porque esos jóvenes guardan la posteridad dentro de sus mismas venas, dentro de sus facultades vitales; y con su conducta en ese período, decisivo de su porvenir y del porvenir de la patria, están moldeando el carácter, dando la medida del éxito, determinando la capacidad mental y moral de las generaciones futuras.

Semejantes a mágicos artífices, están esos jóvenes plasmando las formas, inspirando los ademanes, añadiendo graciosas curvas al perfil, y brillo a los ojos y rosados colores a las mejillas de las generaciones que de ellos han de nacer. ¡Todo cuanto hacen ahora los padres y los educadores, para mejorar los destinos de nuestros niños y jóvenes, es de poca importancia, comparado con lo que puede hacer nuestra juventud adolescente, preparando y elaborando, en sí misma, la vida que habrá de transmitir en su día para continuar la historia de la patria!

La educación puede cultivar las facultades físicas, intelectuales y morales, que *existen* en los niños y adolescentes; pero no puede *infundirles* facultades nuevas. Por el contrario: la juventud está, con su conducta, preparando la sangre, el organismo, las facultades, que ha de infundir en otra juventud que de ella nacerá.

La prosperidad o la ruina, el progreso o la decadencia de nuestra patria y de nuestra raza, dependen de vosotros, ¡oh jóvenes!; y especialmente en esa crítica edad de quince a veinte años, vosotros sois los que habéis de decidir de los futuros destinos de nuestra Nación, con mayor eficacia de lo que podréis hacerlo más adelante, si la suerte os coloca al frente de su gobierno.

¡La patria tiene fijos en vosotros los ojos, y espera

de vuestra conducta, su gloria o su afrenta, su ventura o su infelicidad! ¡Qué tremenda responsabilidad, si perdéis en vanidades y liviandades ese tiempo precioso! Pero, ¡qué dicha, al propio tiempo, tener en vuestras manos los destinos de esa patria a quien amáis!

ARTÍCULO VII

Plan de batalla

Lo primero que necesita la juventud, para conducirse de manera que pueda dar buena cuenta de la enorme responsabilidad que le incumbe, para con Dios, para con la patria y para consigo misma, es el *conocimiento propio*; no sólo el conocimiento individual de sus actos internos y externos, sino, sobre todo, el conocimiento de los *estímulos* que más influjo tienen en la edad juvenil, a los cuales pudiera obedecer casi *inconscientemente*, tomándolos por voz de su naturaleza.

Mas entre esos móviles, propios de la juventud, y *peculiares* de los quince años, hay algunos generosos, los cuales puede seguir provechosamente, y los hay perniciosos, cuya seducción debe evitar. O si se quiere, todos los móviles que espolean a la juventud, son en el fondo buenos y generosos; pero la inexperiencia juvenil hace que fácilmente pueda errarse en la manera de seguir su impulso.

¡Oh jóvenes! En esos albores de la virilidad, se levantan en vuestro corazón tres voces poderosas y de suyo nobles; pero acontece con ellas como con las voces que se perciben en medio de una intrincada selva, que fácilmente se equivoca su dirección, creyendo que nos llaman hacia un lado, cuando en realidad pretenden dirigirnos hacia otro muy diferente; por donde acontece que, pensando seguir su llamamiento, para encontrar el seguro camino, es fácil caer en un abismo insondable, de donde ya no sea posible escapar.

Esas tres voces son, un generoso orgullo y deseo de alteza, un ansia inextinguible de saber, y un deseo insaciable de amar y ser amado. ¿Quién podrá ponderar bastantemente los efectos benéficos que pueden nacer de esas tres poderosas inclinaciones? ¿Quién medirá los tesoros de heroísmo que en esos impulsos vehementes halla la juventud? ¡Por eso es hacedero y fácil para vuestra edad, lo que es difícilísimo y casi imposible para las etapas ulteriores de la vida; como para vuestros miembros juveniles es ahora fácil y deleitoso el ejercicio de correr, saltar y ejecutar otros movimientos enérgicos, que serían de una dificultad y pesadez indecible para el hombre llegado ya al declive de la existencia!

Pero ¡ay de vosotros, si por culpa o inconsciencia, permitís que esos generosos impulsos se tuerzan! ¡Ay de vosotros, si en lugar de enderezarlos al heroísmo de la virtud, os dejáis arrastrar por ellos a las sendas extraviadas de la liviandad y del vicio!

Ese *orgullo generoso* es el resorte fortísimo que ha conducido a muchos de vuestros predecesores, en la edad juvenil, a las más altas cimas de la vida intelectual y moral, y a las más gloriosas empresas en todos los órdenes. ¿Qué móvil si no ése, condujo a D. Juan de Austria, joven de sólo veinticuatro años de edad, a destruir la potencia marítima de los turcos, en las aguas ensangrentadas de Lepanto; a aquel caballeroso monarca francés, Francisco I, a vencer a los veinte años en la memorable jornada de Marignano, que se llamó la *batalla de los gigantes*, en cuya comparación, los diez y ocho combates en que había tomado parte, parecían al anciano Trivulzio *juegos de muchachos*; al príncipe de Condé, a derrotar en Rocroy, a los veintitrés años, aquellos *tercios españoles* hasta entonces tenidos por invencibles, y cinco mil de cuyos soldados equivalían, según una frase célebre, a *cinco mil demonios*?

Aníbal juró, a los nueve años de su edad, *odio eterno* a los romanos, y a los veintiséis mandó como general

aquella expedición inolvidable, que puso a Roma, en Cannas, al borde del precipicio. Alejandro Magno ganó su primera batalla a los diez y ocho años, y a los treinta había sojuzgado el mundo oriental. Don Jaime *el Conquistador* era ya un gran rey a los quince años; Carlos I de España lo era a los diez y seis, y Luis XIV a los veintiuno. Napoleón I fué subteniente de Artillería a los diez y seis años, y su rival Pitt fué ministro de Inglaterra a los veintitrés. Wáshington mandaba un regimiento a los veintidós años; La Fayette ganó a los veintiuno la batalla de Monmouth; y así pudiéramos multiplicar indefinidamente los más brillantes ejemplos de precoces éxitos, inspirados por el generoso ardimiento de los años juveniles.

Y sin embargo, esa gallardía del espíritu juvenil, que dirigida a las empresas de la virtud y de la gloria produjo tantos héroes, cuando declina de su verdadero objeto, cuando se tuerce y se adultera, se convierte en el peor de aquellos tres monstruos que vió San Juan oprimiendo la tierra y llenándola toda de iniquidad: ¡la *soberbia*, el orgullo *necio*, la hinchazón *estúpida* de la rana, que revienta por igualar el volumen del buey; la *vanidad* ridícula, que se despepita por parecer bien, y mendiga la alabanza, verdadera o fingida, aun de los seres más abyectos y despreciables!

El *deseo de saber*, orientado en su verdadera dirección, es el alma de la juventud estudiosa y laboriosa; es la sed insaciable que ha producido, en una edad tan temprana, que asombra a los que prudentemente lo consideran, esas lumbreras de la Ciencia y del Arte que se llamaron Duns Escoto, muerto de solos treinta años; Tomás de Aquino, que terminó a los cuarenta y siete años una órbita digna de los siglos; Jaime Balmes, a quien la muerte pudo cortar la carrera a los treinta y ocho, pero no pudo arrebatárle una celebridad inmortal.

Rafael, encendido en ese deseo de saber, que le hizo estudiar la Antigüedad y las obras de Miguel Angel, y

todo cuanto podía servir para hacerle artista sumo, muere a los treinta y siete años, dejando creaciones que los siglos sucesivos todavía no han acabado de estudiar. Y aunque la muerte se apresuró a interrumpir el hilo de la vida de Garcilaso a los treinta y tres años, de Lucano a los veintisiete, de Jorge Manrique a los treinta y nueve, de Leopardi a los treinta y siete, y de Bellini a los treinta y tres, ¡ya llegó tarde para cortarles el camino de la inmortalidad!

Demóstenes era, a los veinticinco años, el mayor orador de Grecia, y Cicerón, antes de esa edad, era ya el primero de Roma, y por ventura del mundo. Lord Bacon inició su obra filosófica a los quince años; Galileo hizo a los diez y seis sus primeras observaciones sobre la ley del péndulo; Pascal descubrió la presión atmosférica a los veinticinco años; Newton formuló a los veintitrés la ley de la gravitación universal; Linneo preparaba ya a los veinte años su obra sobre las Plantas de la Biblia; Franklin comenzó a escribir para el público a los catorce; Faraday era notable químico a los veintidós; Gay-Lussac empezó sus investigaciones sobre la Física, siendo aún muchacho, y a los veintitrés años publicó su obra sobre la dilatación de los gases; Alejandro de Humboldt comenzó la publicación de las suyas a los veintiuno; Fulton proseguía, desde los catorce, los experimentos que le condujeron a inventar la navegación de vapor, y Tomás A. Edison — “hambriento y sin amigos ni dinero” — hacía, a los veintitrés años, su primer invento de telegrafía, llegando al poco tiempo a emplear muchos centenares de operarios en la construcción de los aparatos por él inventados.

El deseo de saber, el amor a una idea, el incansable afán de estudiar e investigar, condujo a éstos y otros mil que pudieran citarse, a los *éxitos* más halagüeños; mas, por el contrario, la *insana curiosidad*, que no es sino la dirección bastarda de ese mismo deseo, ha ocasionado la perdición de innumerables jóvenes.

Finalmente: ¿qué hazañas no ha inspirado a la juventud el amor honesto: el amor a sus padres, el amor a la patria, el amor de la Religión, el amor de Dios?

El amor filial hizo a Eneas tomar en hombros a su padre, para sacarlo de entre los enemigos y las llamas que destruían a Troya; y el mismo amor obligó a Coriolano a retirarse de los muros de Roma, sabiendo que había de perder la vida por ello a manos de los Volscos; y en Atys, hijo de Creso, siendo mudo, pudo tanto el amor a su padre, que viendo que iban a asesinarle, le restituyó el habla para clamar: *¡No hieras!*, según refiere Valerio Máximo. Pero más cierto que éste, es el caso del hijo de un platero toledano, a quien había condenado a muerte D. Pedro *el Cruel*; pues el piadoso hijo no paró en sus instancias, hasta que se le concedió morir en lugar de su padre.

El amor a la patria ha inspirado en todos tiempos las más heroicas hazañas: desde el legendario Codro, que se hizo matar para proporcionar a Atenas la victoria sobre sus enemigos, hasta Decio Mus, que se arrojó en el cráter abierto, para asegurar la eternidad de Roma, y Escévola, que se abrasó la mano para intimidar a Porsena, y Horacio Cocles, que defendió solo el puente sublicio, y tantos otros de quienes se glorían casi todas las naciones del mundo.

El amor a Dios y a su santa Religión ha inspirado a millones de mártires el desprecio de los más acerbos tormentos.

Mas fijándonos ya en el amor directamente contrario a los afectos que precipitan a la juventud en las bochorrosas caídas y las más criminales acciones, la Iglesia nos ofrece toda una galería de Santos, que subieron a los altares en su temprana edad, ilustres por el amor a la pureza, y la guarda de una inocencia virginal, enteramente inmaculada. ¡Ahí tenéis a San Luis Gonzaga, vástago de una familia de príncipes, a quien el mundo convidaba con los mayores halagos de la nobleza y la fortuna, en

una época de refinada corrupeión, y en un país abundante en las más embriagadoras seducciones; y con todo eso, él supo conservar su pureza con una perfección que le ha hecho modelo de toda la juventud moderna! ¡Ahí tenéis a San Estanislao, de no menos ilustre prosapia, y a quien su belleza y amabilidad angelical parecían haber hecho para los blandos y peligrosos afectos; pero el amor de otro más elevado orden de bienes, se los hizo tan aborrecibles, que desde su niñez desfallecía de horror a la sola mención de un objeto menos casto! ¡Ahí tenéis a San Juan Berchmans, joven de temperamento fogoso y de una energía acerada, el cual supo, con su severa modestia, emular la pureza de los espíritus celestiales!

Y no se ha de creer, que sólo los Santos que veneramos en los altares, nos dan perfecto ejemplo de la virtud angélica; antes se puede conjeturar, que no hubo ningún joven que lograra distinguirse con eminencia grande en las ciencias, en el carácter y en las nobles empresas, sin hallarse adornado de la virtud de la castidad. La dificultad está sólo en cerciorarse de esos secretos de la vida íntima de los grandes hombres; pero se conocen los de algunos, como, por ejemplo, de Mozart, célebre por su precocidad en el arte musical y por sus éxitos maravillosos en el mismo. Por una carta suya, dirigida a su padre en Diciembre de 1781, cuando ya contaba veintiséis años, consta que aquel distinguido artista supo conservar la preciosa virtud de la continencia juvenil hasta el tiempo del matrimonio. Y esto, aunque no se sabe por tan auténticos testimonios, puede asegurarse sin duda de muchos jóvenes esclarecidos.

Por el contrario, ¡cuán terribles ruinas no causa en los jóvenes el desorden del amor sensitivo, que los conduce a las pasiones sensuales! ¡Millares de floridos talentos quedan por tal causa frustrados para las ciencias, para las artes, para la familia y para la patria! ¡Millares de jóvenes caen, por ese vicio maldito, en una decrepitud prematura, y se acarrean una muerte temprana, o

arrastran una vida lánguida, más dolorosa y vergonzosa que la misma muerte! ¡Millares de ellos, después de haber labrado la desdicha irrevocable de otras personas, ponen violento fin, por medio del suicidio, a una cadena de pecados y amarguras! ¡Ved cómo unos mismos estímulos, pueden conducir a la juventud a términos totalmente opuestos, conforme a la buena o perversa dirección que se les dé; y esa dirección se les ha de dar ordinariamente en la edad crítica de los catorce o quince años, y muchas veces, aun algo antes!

Resumiendo estas consideraciones transcendentales, vemos delante de nosotros, nacidos de las mismas inclinaciones naturales de la juventud, tres enemigos terribles de ella, y otros tres aliados no menos poderosos. Los aliados son: el generoso deseo de ennoblecerse con rudas y difíciles empresas; el ansia de saber, que conduce a los estudios y trabajos científicos, y el amor ordenado, que destruye el egoísmo ruín y lleva a la juventud a sacrificarse generosamente, por su prójimo, por su patria y por su Dios!

Con estos tres aliados ha de vencer la juventud, sobre todo en esa edad peligrosa de los quince a los veinte, a sus tres encarnizados enemigos: la soberbia, la curiosidad malsana y los peligrosos ardores de la sensualidad juvenil, que con la misma pujanza de la edad se despiertan.

Conviene, pues, que comencemos por estudiar más de cerca a cada uno de estos adversarios, para que, con sus disfraces y artimañas, no logren coger desprevenida a la incauta juventud, ya se presenten con capa de bien o de cosas inocuas, o ya combinen entre sí sus fuerzas para obtener más fácilmente un triunfo, que sería la ruina del éxito, y por ventura de toda felicidad temporal y eterna.

ARTÍCULO VIII

¿No fuma usted?

La más elemental de las manifestaciones de ese orgullo generoso, y gallardía de espíritu, que hemos señalado como propios de la mocedad, consiste en el deseo de *ser hombre*. El adolescente, desde los quince a los veinte, no se halla todavía en la plenitud de la virilidad, sino en el camino de ella; y por consiguiente, nada hay más legítimo en él, que el deseo de llegar a ese término adonde la Naturaleza le dirige. Pero tal deseo, legítimo y natural, puede desviarse, y se desvía frecuentemente, confundiendo el *ser hombre*, con el *hacer el hombre*; y si lo primero es noble y deseable, lo segundo es ridículo y pernicioso, como es pernicioso y ridículo todo lo simulado y falso.

Ese deseo extraviado de *hacer el hombre*, se manifiesta, en muchos jovencuelos mal aconsejados, por una necia imitación de las exterioridades que observan en algunos de los hombres de mayor edad, o por ventura en la mayor parte de ellos.

¡Por ese deseo vanísimo y desorientado, comienzan algunos boquirrubios a usar palabras gruesas, que sólo sirven para poner en evidencia la tenuidad del bozo que cubre los labios, de donde tan estupendas palabrotas proceden!

Muchas veces, la precocidad en ciertos vicios, no obedece a otra causa sino a ese desatinado prurito, y a la grosera equivocación de los barbilindos, que imaginan *hacer el hombre*, cuando, en realidad, no hacen sino *el*

bruto, ¡que es lo más opuesto al *hombre*, que se halla en la envilecida Humanidad!

Pero una de las cosas en que con más frecuencia incurre la mocedad inexperta, llevada por esa comezón de hombrrear, es el uso, y aun abuso, del *tabaco*; por lo cual es menester que tratemos en primer lugar de tan comúnísima aberración.

“*Los hombres fuman; los niños no fuman*; luego no hay sino empezar a fumar, para salir de los andadores de la niñez y llegar a ser hombre”. ¡He aquí el disparatado raciocinio que se halla en el fondo de la conducta de muchos mozalbetes, que comienzan a fumar, venciendo, con mal empleada generosidad, las bascas y repugnancias que les producen los primeros cigarros!

Mucho pudiera ponderarse el absurdo de tal manera de discurrir; pues, en primer lugar, hay innumerables hombres que *no fuman* y los que lo hacen *no son hombres* porque fuman, sino *a pesar de ello*; como quiera que el fumar es para los más un verdadero *vicio*, y ¡el entregarse a cualquier vicio o costumbre *irracional*, es ser *menos hombre*! Por otra parte, no faltan países donde las madres, ignorantes o mal avisadas, destetan a los niños de pecho poniéndoles en la boca el cigarro. Por consiguiente, bajo ningún aspecto que se considere, tiene que ver el fumar con la virilidad.

Pero como es ésta una preocupación tan arraigada; como son tantos los que se sienten atarugados, en cuanto un amiguito petulante les alarga el cigarrillo, con la pregunta socarrona o intencionada: “¿*No fuma usted?*”, tenemos poca confianza de apartar de esa debilidad a los adolescentes, con sólo argumentos lógicos, y preferimos exponerles, sencilla y lealmente, qué cosa sea el fumar y el *tabaco*, para que, conocido el peligro, sepan cuánto arriesgan, con esa fea costumbre, el éxito de sus laudables afanes.

El *tabaco* pertenece al número de las substancias que contienen *alcaloides*, y se emplean para producir una

excitación, la cual se hace agradable a los avezados a ella, en fuerza de la misma costumbre. De este género son (por orden de inocuidad o malicia) el té, el café, el tabaco y el opio. El té es el más inocuo; el opio el más nocivo; pero como, por fortuna, no se ha generalizado en Europa su uso, que tantos estragos produce en Oriente, contribuyendo poderosamente a embrutecer aquellas razas degradadas, o por lo menos, estacionarias en el camino de la civilización, resulta que el *tabaco* es el más nocivo de los excitantes alcaloides que conspiran contra el hombre occidental.

El alcaloide contenido en el tabaco es la *nicotina*, la cual, en estado puro, es un aceite pesado e incoloro, de penetrante olor de tabaco. La *nicotina* se halla en diferente cantidad en los diversos tabacos, según su clase y grado de fermentación, y se volatiliza al quemarse los cigarros, penetrando con el humo en la garganta y organismo del fumador. En el tabaco preparado, la proporción de nicotina contenida oscila entre 0'8 y 2'5 por 100 de su peso; bien que no toda es absorbida por el que fuma. Una parte considerable queda reunida en la *colilla* (¡de donde se colige que, los que fuman colillas, se administran una dosis de nicotina concentrada!), y parece que sólo 1/3 de la contenida en el tabaco que se quema, penetra en la boca del fumador.

Además de la nicotina, se originan en la quemazón del tabaco otras substancias nada provechosas, a saber: amoníaco, cianógeno, óxido de carbono, ácido sulfhídrico y otros productos de la imperfecta combustión, como petrolina, lutidina, parvolina y colidina.

La *nicotina* es un *veneno* activo, y su uso puede producir una intoxicación aguda o crónica, cuyos síntomas son: náuseas, mareo, dolores de cabeza, vómitos, debilidad y temblor de los miembros. La intoxicación aguda muestra más claramente esos síntomas (como los han experimentado gran número de jovencitos, al fumar los primeros cigarros); pero, por lo mismo, es menos peligrosa.

Los cazadores hacen que los perros de caza traguen un cartucho de pólvora, cuando se comen o maltratan una pieza; con lo cual les producen una buena vomitina y les quitan la mala costumbre. ¡Ojalá que los vómitos y mareos que producen a muchos los primeros cigarros, les causaran este saludable escarmiento!; pero, ¡vergüenza causa decirlo! muchos de esos mequetrefes que pretenden *hacer el hombre*, se muestran menos razonables que los perros de caza, y, pasado el mareo y las baseas, ¡vuelven a chupar su pitillo!

¡Lo más terrible es, que no siempre se manifiesta como efecto del tabaco, la intoxicación momentánea y aguda, con lo cual, vanamente lisonjeado el fumador, da lugar a la intoxicación lenta y crónica, cuyos efectos van apareciendo gradualmente, por ventura sin atribuirse al tabaco, y acaban muchas veces por estragar la salud, y con ella privan al joven de los medios de luchar por la existencia, y le cierran las perspectivas del *éxito*! Volvamos a oír a los médicos y especialistas que se han dedicado al estudio científico de esos estragos (1).

Sólo 15 miligramos de nicotina, diluídos en agua y tomados en media hora, producen malestar, y los conocidos síntomas del fumar excesivo o desacostumbrado; pero un cigarro de cuatro gramos introduce de siete a diez miligramos de nicotina en el espacio de media hora a tres cuartos. La piridina, lutidina y demás sustancias tóxicas del tabaco, no producen tan sensibles efectos; y el no producirlos tan perniciosos el fumar, depende de que no se traga sino una pequeña parte del humo; de donde se sigue, que los que tragan éste, sufren las consecuencias más temibles.

El efecto inmediato del tabaco es un rebajamiento de la sensibilidad. Por eso, los buenos observadores, notan

(1) Puede verse el trabajo de K. B. Lehmann, *Untersuchungen über das Tabakrauchen (Investigaciones sobre el fumar del tabaco)*. Münchener medicin. Wochenschrift, 1908, núm. 14.

que el fumar los aquieta; porque embota los nervios motores. De ahí resulta lo muy favorable que es el fumar, para la inacción y la holgazanería: es el mejor medio de matar el tiempo sin hacer nada de provecho. Mas la juventud que mata el tiempo, ¿qué hace sino matar sus esperanzas?

El *abuso* del tabaco, en toda edad, y su simple *uso* en la adolescencia, producen frecuentemente un efecto desastroso sobre los nervios y el corazón, que llaman los médicos *nicotinismo crónico*. Los fumadores activan con exceso las palpitaciones del corazón, produciendo la *taquicardia*, la irregularidad del pulso (*pulsus intermittens*), el insomnio, la pérdida del apetito, y finalmente, dolor de cabeza, desvanecimiento, turbación de la vista (*ambliopía nicotínica*), embotamiento del oído y debilitación de la memoria. ¡Sólo el abandono del cigarro puede contener estos daños; pero rara vez se vuelve al primer estado totalmente normal!

Verdad es que tales efectos dependen en gran parte de la *cantidad* y *calidad* del tabaco; pero, sobre todo, lo que más influye en ellos es la *edad* del fumador, y todos los higienistas convienen en que es un gran disparate comenzar a fumar antes de los diez y ocho años; y entre esta edad y la de veintidós, sólo consienten un uso del tabaco sumamente moderado.

La razón es común a todos los alcaloides; pero con más gravedad se aplica al tabaco que al té y al café (¡ya hemos dicho que no tratamos del funestísimo uso del opio!). La edad de la adolescencia es la del *desarrollo corporal*, cuando se necesita más el apetito para comer bien y la entereza de las fuerzas digestivas, todo lo cual se menoscaba con el uso del tabaco. Los fumadores *entretienen el hambre* con el cigarro. ¿Qué demuestra ésto, sino que el fumar embota el hambre, y por ende, entorpece la digestión?

La nicotina es, indudablemente, un veneno para el corazón y el sistema nervioso central, los cuales necesi-

tan estar del todo vigorosos y normalizados, en los años del crecimiento y de los rudos trabajos intelectuales. La adolescencia necesita la *plenitud de sus fuerzas*, para plantear y resolver el problema de la vida, y llegar a la cumbre del éxito. ¡Qué locura, cercenar esas fuerzas, únicas que han de elevarla hasta la perfecta *virilidad* física, intelectual y moral, por el necio prurito de *hacer el hombre!* ¡*Hacer el hombre*, oh jóvenes, es el más seguro camino para no llegar a serlo! ¡Quédese el cigarro para los hombres gastados, que necesitan un excitante; quedese para los hombres abrumados por el peso de sus quebrantos individuales y sociales! La juventud que aspira a los *éxitos brillantes*, no necesita otra excitación que su sangre rica y su imaginación fogosa; ¡pero necesita, en cambio, *todas las energías* de su naturaleza, que el tabaco no hará sino quebrantar!

ARTÍCULO IX

¿Otro cigarrito?...

Dícese que, en tiempos antiguos, había en la Corte de Francia una extraña costumbre, para conciliar el respeto debido a los príncipes, con la necesidad de escarmiento, común a todos los niños, de cualquiera clase social que sean. A cada príncipe de sangre real le señalaban, durante el tiempo de su educación, un niño de su misma edad, que fuera su compañero; y cuando el príncipe cometía alguna falta, o hacía alguna travesura digna de azotes, dábanse éstos al compañero, en presencia del príncipe, para que, viendo el rigor del castigo, y oyendo los lastimeros ayes del azotado, entrara en sí, y cayera en la cuenta de la gravedad de su falta.

Cualquiera que sea el juicio que mis jóvenes lectores formen de este procedimiento, a mí me parece que tenía su filosofía; y así, quiero imitarlo para hacer entrar dentro de sí a algún incipiente fumador; a alguno de esos bobalicones, que imaginan tendrán de hombre todo lo que tuvieren de chimenea, y se dan tono e importancia echando humo por la boca ¡y hasta por las narices (que es hazaña suma entre los fumadores de nuevo cuño)!

En estos últimos tiempos, en que la Ciencia se mete en todo, aun en las más vulgares acciones de la vida, les ha dado a algunos hombres científicos, especialmente norteamericanos, por estudiar y catalogar los efectos del tabaco; han formado cuadros, publicado estadísticas, y sacado a luz tales horrores, que, al extractar algo de lo que dicen, no podemos menos de descargar en ellos nues-

tra conciencia, remitiéndonos a su veracidad. En todo caso, si a alguno le pareciera no ser comunes los peligros que nos señalan, no estará de más que se prevenga, armándose con aquella sensata cautela popular: *¡Vale más un por si acaso, que un pensé que!*

“Los perniciosos efectos del tabaco, dice Conwell, son profundos y seguros; lo cual es particularmente cierto, cuando los que lo usan son jóvenes. El vigor y utilidad de los jóvenes, estriba en el pleno y perfecto desarrollo de sus cualidades físicas, intelectuales y morales; pero ninguna cosa estorba más ciertamente ese desarrollo, que el uso del tabaco. Como acontece con todos los demás *narcóticos* (pues la nicotina es uno de ellos), su empleo tiene un efecto destructor sobre el sentido moral, especialmente en las personas jóvenes.

”Entre todos los malos hábitos, que se encuentran practicados en las naciones cristianas, el uso del tabaco tiene, seguramente, el primer lugar por sus terribles consecuencias. Los licores son el único agente, cuyos estragos pueden ponerse en parangón con los suyos, y aun esto puede discutirse seriamente. Después de mucha observación y cuidadoso estudio de la materia, he llegado a formar la opinión, de que el tabaco es uno de los mayores enemigos que tiene el género humano en los tiempos actuales (en particular en Occidente, donde, por fortuna, es casi desconocido el uso embrutecedor del opio). ¡La sutilidad de su halago, lo insidioso de su acción, la casi universal extensión de su uso, y los profundos y duraderos efectos, que seguramente le siguen, no pueden compararse con los de otro agente alguno en la historia del humano linaje!

“El uso del tabaco entorpece la inteligencia, excita los nervios, amengua las nobles aspiraciones, socava el vigor del cerebro, y estorba el crecimiento del cuerpo y el desarrollo de las facultades mentales, en los jóvenes que están en edad de crecer.

“El fumar despierta la sed y el apetito de bebidas

fuertes, y su excesivo uso se ha reconocido ser origen de dispepsia nerviosa, enfermedades del corazón, llagas en la garganta, cáncer en la boca, laringe y estómago, catarro nasal, mentecatez e imbecilidad, y minar los cimientos de la virtud y fuerza varonil.

"Ninguna cosa influye más seguramente en destruir el sentido del honor, y convertir a los muchachos y jóvenes en mentirosos y rateros, que el vicio del tabaco. Las estadísticas de una Audiencia criminal de los Estados Unidos muestran que, de 700 reos convictos, 600 lo habían sido por delitos cometidos bajo la influencia de la bebida, y 500 de estos 600 declararon, que el uso del tabaco fué quien les condujo al excesivo beber. Por eso se ha prohibido semejante uso en las Escuelas militares de Francia. Observaciones hechas en las Universidades americanas de Harvard, Yale y Princeton, demuestran de una manera persuasiva, que ningún estudiante que fuma, está jamás en el pleno uso de sus facultades físicas ni mentales.

"No he conocido más que un médico notable, que recomendase públicamente el uso del tabaco, y ése tuvo que pasar dos años de su vida recluso en un Asilo, por efecto de su disolución."

El honorable Cornelio Walford, autor de la *Insurance Cyclopedia*, y una de las mayores autoridades en la materia, dice: "Juzgo que el tabaco es un estimulante más insidioso que las bebidas alcohólicas; pues, es posible entregarse a su uso de una manera más constante, sin aparente degradación; y, sin embargo, socava seguramente las facultades mentales. Hasta que el género humano no se emancipe de su debilidad por la cerveza y el tabaco, nuestra raza continuará degradada, como está al presente, en el concepto físico, social y mental."

El eminente Dr. Willard Parker afirma: "El tabaco es la ruina de nuestras escuelas y colegios, criando enanos los cuerpos y los ánimos. El tabaco está haciendo en

el mundo mayor daño que el ron : ¡ está destruyendo nuestra raza !”

El profesor Spencer, del *Spencerian Business College*, el cual ha tenido bajo su inspección 50,000 escolares,



asegura, que los efectos del tabaco son : “Prematuro desparramo, debilitación de los nervios, flaqueza mental, menoscabo del crecimiento, y general degeneración física y moral.”

El Dr. Stowell, autor de *Essentials of health* (Cosas esenciales para la salud), dice : “La mentira parece haber

nacido compañera del muchacho con su cigarrillo. Jóvenes que por ningún motivo mentirían, o dirían una cosa por otra, en diferentes materias, pronto se acostumbran a mentir con facilidad acerca de este hábito."

En una Asamblea de los principales médicos de Filadelfia se declaró, que "el fumar cigarrillos es uno de los más viles y destructores daños que han caído jamás sobre la juventud de un país, y tiende directamente a deteriorar la raza."

El Dr. Seaver, del Colegio de Yale (una de las principales Universidades americanas), después de haber hecho cuidadosas observaciones, afirma: "Ningún joven puede fumar, sin inferirse a sí mismo un serio perjuicio."

El Dr. A. Arturo Reader, en su *Symposion Study and stimulants*, dice: "Es cosa notable que, de veinte hombres de ciencia observados, sólo dos fumaban, y uno de ellos, el profesor Huxley, no había comenzado a fumar hasta los cuarenta años." Por lo que mira al uso del tabaco por los jóvenes, añade: "Para ellos es perjudicial en cualquiera forma que lo hagan: envenena su sangre, detiene su crecimiento, debilita su ingenio y los hace perezosos."

El eminente autor J. D. Steele, doctor en Filosofía, dice: "El joven que usa el tabaco, disminuye deliberadamente la posible energía con que le sería dado acometer la empresa de su vida."

El profesor J. A. Kellogg da el siguiente testimonio: "Ningún vicio produce efectos que más seguramente se transmitan a la posteridad." Y continúa: "Los hijos de los fumadores, se ven despojados de su legítimo patrimonio, y entran en la vida con un organismo débil, con un sistema nervioso predispuesto a las dolencias, y destinados a un decaimiento prematuro."

Sobre este efecto hereditario del uso del tabaco, se ha hecho una observación muy notable en los pueblos indígenas de América. Aquellos pueblos (los indios o pieles rojas) estaban dotados por la Naturaleza de muy bue-

nas cualidades, y habitaban en un continente saludable y riquísimo. Todas las circunstancias eran a propósito para favorecer su progreso en la cultura, especialmente después que los europeos les llevaron, con el Evangelio, la antorcha de la civilización. Sin embargo, aquellos indios no han adelantado en la cultura; antes se hallan constituyendo una raza inferior y embrutecida, en casi todas las repúblicas americanas, entregados con pasión a la embriaguez, y vegetando en la miseria a que su indolencia y pereza los condena. Mas si se atiende a su historia, se encuentra, que ellos son el pueblo que más y más de antiguo fuma. De ellos aprendieron los europeos este maldito vicio, que socava nuestras energías, y no es improbable que haya sido la raíz del envilecimiento de aquellas razas infelices y refractarias a los progresos de la civilización. ¡Como acontece a los individuos particulares, ha sucedido en aquellos indígenas, que el exceso del fumar los ha llevado de la mano al exceso del beber, el cual constituye su más degradante miseria! Por el contrario, ni los griegos fumaron, ni los romanos tampoco; y lo cierto es que los primeros poseyeron el genio de las Artes, y los segundos el genio de la Política.

Queremos, antes de terminar, hacer una observación muy provechosa para los jóvenes. Al oír tan tremendas lecciones de la Ciencia, contra el uso del tabaco, fácilmente se les ocurrirán dos ideas: Sus padres, sus mayores, por ventura fuman, y tal vez lo hacen en grande escala. ¿Qué pensarán, por consiguiente, los jóvenes, de sus padres, entregados a ese funesto vicio? Y ¿cómo, si son tan perniciosos sus efectos, no se observan en esas personas mayores, fumadores empedernidos hace muchos años?

A la primera pregunta queremos contestar con una solución de Conwell, que nos parece muy bien: Hay millares de personas bonísimas, acostumbradas al uso del tabaco, en quienes la costumbre de fumar se ha convertido en función casi orgánica: por más que muchos de ellos deploran haberse esclavizado con tal hábito, y se esfuer-

zan por alejarlo de sus hijos. Para esas personas, el fumar casi no es *acto moral* (es decir, no es moralmente malo ni bueno), porque carece casi enteramente de libertad, en fuerza de la inveterada costumbre; pero para los jóvenes, a quienes se les da ahora más luz sobre este asunto, el imitarlos sería verdaderamente un delito. Cuando nuestros padres eran jóvenes, la Ciencia no había estudiado todavía los terribles efectos del tabaco, y así, ellos pudieron habituarse a fumar por ignorancia. Mas los jóvenes del día, que tienen delante tan graves escarmientos; si se acostumbran al maldito cigarro, cometen con ello un verdadero crimen contra su salud, contra la salud de sus futuras familias, y contra la raza y la patria, que necesita de sus energías.

Ni vale la duda que se contiene en la segunda pregunta; pues, en primer lugar, el que muchos escapen incólumes de una pestilencia, no quiere decir que la peste no sea mortal. El cólera y la fiebre amarilla dejan casi siempre vivos más de los que matan. ¿Quién sacará de ahí, que el cólera sea una enfermedad *benigna*?

Pero con el tabaco acontece otra cosa peor. Pasado el cólera, los que no murieron de él, no conservan ningún mal efecto; mientras que el tabaco que fumaron nuestros abuelos, restó fuerzas a nuestros padres, y el que fumaron nuestros padres, nos las disminuyó a nosotros; y si los jóvenes de ahora fuman, las restarán a sus hijos. Pues, ¿qué es esto, sino contribuir a la degeneración de la raza y a la debilidad de la patria?

Y si nos expusiéramos a ese peligro por un deleite de grande estima, aun hallaríamos en esto, si no excusa, alguna circunstancia atenuante de la culpa. Pero ¿qué locura será, sujetarse a tan perniciosos efectos, o, por lo menos, al peligro de ellos, sólo por *hacer el hombre*, por echar humo por la boca y nariz, o por experimentar una comezón agradable; para matar las horas en que debíamos fundar el porvenir de nuestra vida?

ARTÍCULO X

¡Copas son triunfo!

Ya hemos dicho que el fumar tiene conexión con el beber, por razón de la sed que excita, que no es sed de agua, sino de licores fuertes o bebidas alcohólicas. Pero además tienen estos dos vicios otra conexión, por cuanto brotan de una misma raíz, que es ese necio prurito de *hacer el hombre*. Ya es algo, para este fin, pasearse con el cigarro o el puro en la boca, y escupir por el colmillo; pero no se puede negar, que la *hombrada* sube de punto cuando se fuma junto a la mesa de un café, delante de unas copitas de coñac o de ajenjo, o ante un espumoso vaso de cerveza!

Desgraciadamente, es esto una cadena sin fin. El fumar da sed, y bebiendo se fuma más; y hablando y fumando se vuelve a secar el gáznate, y hay que remojarlo con nuevo licor; por donde sucede que, del beber por *fachenda*, se va pasando al beber por afición, y del bebedor aficionado, sale con frecuencia el *beodo*.

Sin embargo, la *embriaguez* es un vicio de suyo tan repugnante, y entre nosotros tan poco frecuente en personas de mediana educación, que no hablaríamos de las *copas*, ni las mentaríamos entre los estorbos que pueden ser tropiezo en el camino hacia el éxito, y hacer a la juventud caer en el fracaso; si no nos llamaran la atención las ponderaciones que se hacen, en los países sajones y germánicos (donde esto se ha estudiado más de propósito, acaso por sentirse más la necesidad), acerca de los inmensos peligros que ofrece para la Humanidad, y singu-

larísimamente para la juventud adolescente, no sólo el vicio abominable de la embriaguez, sino generalmente el *uso del alcohol*, o sea, de las bebidas espirituosas, aun tomadas en cantidad que, a primera vista, no parece inconveniente.

No queremos dejar de decir, por nuestra cuenta, que juzgamos excesiva y exagerada (por lo menos para las costumbres españolas) la teoría de muchos modernos, que quisieran desterrar totalmente el uso del vino y de toda bebida en que se forma o interviene el alcohol. Alguna experiencia nuestra nos ha demostrado, que una pequeña cantidad de vino, usado *en las comidas*, no sólo no es nociva, por lo menos para los adolescentes de la edad a que nos dirigimos, sino puede ser hasta necesaria para la salud; y en esto tenemos el precedente del apóstol San Pablo, quien permitía a su discípulo Timoteo un poco de vino, por causa de su estómago (I. Tim., 5, 23).

Determinar las circunstancias y la cantidad en que puede ser provechoso este uso moderado, más pertenece a los higienistas que a los moralistas, y el médico prudente es quien lo ha de fijar a las personas valetudinarias.

En general, hay que tener presente, que a los niños, hasta los ocho o diez años, les conviene una absoluta abstención. A los adolescentes, desde los doce a los diez y seis, no parece pueda dañarles un vasito de vino natural durante la comida, o con los póstres, para activar la digestión. En el campo, y andando en ejercicios activos, se puede tomar impunemente algo más; mientras que, al contrario, la vida sedentaria sufre muy poco vino. Y lo mismo se diga de la cerveza, donde no hay vino; pues beberla en España, donde puso Dios los mejores vinos del mundo, es manera de injuria contra la Naturaleza y el sentido común, como quiera que la cerveza no se haya introducido, en los países del norte, sino porque la tibieza de su sol no basta para madurar las uvas. Esto no obstante, el uso de la cerveza aumenta entre nosotros de año en año, por la imitación servil de las extranjeras costum-

bres, y no faltarán jovencuelos que consideren ejecutoria de su *virilidad*, el abrevarse con cerveza, sin pensar que es *hartarse* de cebada, en diferente forma que la usan las cabalgaduras en tierra de garbanzos.

Como quiera que sea, si el uso moderado del vino es



excusable y hasta provechoso, a cierta edad; y el más módico aún de la cerveza se puede conceder a los hombres, por aquello de que es difícil pasarse sin cometer alguna tontería; hay que llamar eficazmente la atención de la juventud sobre los gravísimos peligros del *alcoholismo*, que van anejos a todos los excesos del beber, aun aquellos que no llegan al grado embrutecedor de la embriaguez,

y que la inconsciencia juvenil suele mirar como inocuos o de poco momento.

Y en primer lugar, aunque no siempre se perciben los daños del uso de bebidas alcohólicas, no por eso hay que pensar que dejan de acarrear pérdida de otros mayores provechos, que sin ellas gozaría la juventud. Hay en Alemania una Asociación de Maestros abstinentes, o sea, que se comprometen a abstenerse de toda bebida inebriante, la cual ha practicado varias *informaciones* para averiguar el efecto que produce el uso del vino o la cerveza en los progresos escolares de los adolescentes. Uno de estos interrogatorios, hecho al Director escolar Bayr, de Viena, dió por resultado que, de los niños que no bebían, tuvieron:

38 por 100, sobresalientes;

12 por 100, notable;

de los niños que bebían, tuvieron:

26 por 100, sobresaliente;

15 por 100, notable;

y nótese, que se trataba del beber ordinariamente vino o cerveza en las comidas.

“La educación de la juventud, dice W. Bode, de Weimar, sufre en gran manera de que muchos niños toman bebidas alcohólicas, aun prescindiendo de los abusos lamentables que se observan en esta materia. Los niños no necesitan tales bebidas, ni las resisten; antes les producen desde luego un efecto mucho más pernicioso que a las personas mayores.” Este autor saca sus conclusiones de una colección de 70 dictámenes facultativos por él recogidos y publicados.

El profesor Dr. Thomas, director del Hospital de niños de Friburgo, dictamina, que “los adolescentes pierden, con el uso de bebidas espirituosas, la frescura del cuerpo y del ánimo; se desarrollan prematuramente, empobrecen la sangre, y aprenden de un modo poco satisfactorio. No raras veces se pervierte su carácter, y de dóciles

y apacibles que antes eran, se vuelven, por efecto del alcohol, irritables e indóciles. No hay remedio mejor que privarles del alcohol, lo cual sirve también contra los catarros de estómago e intestino, las perturbaciones leves del sistema nervioso, el gritar en sueños y despertar despavoridos, contra el baile de San Vito y la epilepsia.”

“Es cosa conocida, dice Bode, que muchos jóvenes se pierden, durante el tiempo de sus estudios, por aficionarse a la bebida. Hácense perezosos, dormilentos, descargados, tereos, faltan a la clase y contraen enfermedades crónicas.”

Conwell dice, que una moderada apreciación de los efectos producidos por la intemperancia en el beber, en los Estados Unidos, hace subir el número de aquéllos a quienes acarrea la muerte, a la cifra de cien millares cada año; y la mayoría de ese vasto ejército, que sucumbe a los tiros del alcohol, está compuesta de jóvenes, que representaban la parte más noble, brillante, amable, y llena de promesas y esperanzas, de la nación. “¿Qué es esto, exclama, sino un asesinato en masa, pública y deliberadamente cometido?”

Al uso de los licores atribuye el mismo médico una larga lista de enfermedades, que no sólo destruyen la vida, mas causan también en el pueblo indecibles miserias. Generalmente disminuye la resistencia física. Los alcohólicos no pueden resistir las operaciones quirúrgicas, cuando un accidente las hace necesarias. La fiebre tifoidea, pulmonía, reumatismo, disenteria, y otras enfermedades debilitantes, producen un inmenso estrago entre los acostumbrados a la bebida.

Directamente se originan de ésta, la apoplejía, la parálisis, el vértigo, el reblandecimiento del cerebro, el delirio, la demencia, la congestión de los pulmones, la degeneración adiposa, las enfermedades del corazón, de la sangre, del estómago e intestinos, la esclerosis del hígado, la diabetes, etc., etc.

Se ha observado que, en aquellos oficios que exponen

a la tentación de beber durante el trabajo (sobre todo los taberneros, bodegoneros, etc), la mortalidad es triple que en las clases agricultoras. La mortalidad de los jóvenes sobrios, entre catorce y veintiocho años, sólo es de 6 a 10 por 1,000; al paso que, entre los jóvenes que usan licores, asciende de 15 a 30 por 1,000. Hay quien llega a sostener, que el 8 ó 10 por 100 de las defunciones se deben, entre los hombres, al alcohol.

No son menos funestos los efectos que produce el alcohol en la descendencia. El profesor de Berna M. Dedme, director del Hospital Jenner para niños, promovió una investigación, de la cual se sacó, que 10 familias sobrias habían tenido en total 61 hijos, de los cuales cinco murieron en las primeras semanas, seis heredaron alguna dolencia, y 50 se desarrollaron de un modo enteramente normal. Por el contrario, examinadas 10 familias donde se bebía, se halló que habían tenido 57 hijos, de los que murieron en las primeras semanas 25; seis eran idiotas, cinco quedaron muy pequeños, cinco padecían epilepsia, cinco enfermedades hereditarias, y sólo diez alcanzaron un desarrollo satisfactorio.

P. J. Moebius, profesor de Medicina de Leipzig, escribe: ¡Téngase, si se quiere, por fábula, que los niños engendrados por fumadores enferman; que el mucho fumar deteriora los gérmenes generativos, no es fábula! Los hijos de los bebedores heredan el raquitismo y toda clase de deformidades, la debilidad, la locura y todo género de dolencias. ¡La mentecatez, la rudeza, las perturbaciones nerviosas de los hijos, son, más a menudo de lo que generalmente se cree, efecto del culto que los padres tributaron a Baco!

Pero dirá alguno: ¡Yo conozco muchas familias donde se bebe de firme y no aparecen tales efectos! En primer lugar, el que muchos escapen con vida, de las viruelas, no prueba que no sean una terrible peste. Pero sobre todo, ¿quién sabe lo que serían esos hijos, si sus padres hubieran sido sobrios? ¿Quién sabe los gérmenes de su degeneración que llevan en las venas?

ARTÍCULO XI

Por la boca...

...*muere el pez*, dice el refrán; y por este mismo conducto se les entra el fracaso a muchos peces bípedos de quince a veinte años; con sola la diferencia de que, a los peces los mata lo que tragan, y a los incautos a que nos referimos, les produce la ruina lo que escupen.

El prurito intempestivo de *hacer el hombre*, conduce a muchísimos jóvenes al cigarro y a los licores, cuyo uso y abuso les acarrea, en mayor o menor grado, las desdichas que en los artículos precedentes hemos expuesto. Pero son incomparablemente más numerosos, aquéllos a quienes esa misma comezón de hombrrear les pone en los labios el lenguaje más inconveniente, que suele ser indicio de su ruina moral, y causa de su fracaso en la sociedad.

No todos los que llegan a fumar acaban por envenenamiento de nicotina, ni todos los que copean mueren de alcoholismo; pero ¡cuán pocos de los mocitos que se entregan a esas costumbres, y andan en compañía de los que las practican, dejan de adquirir un lenguaje *soez, obsceno y fanfarrón!*

¡Es cosa verdaderamente absurda y repugnante que, jovencitos de buenas familias, en cuyas casas reinan las más distinguidas maneras, apenas salen del cascarón y comienzan a alternar con compañeros de su edad, fuera de la paterna vigilancia, en las Universidades o Escuelas especiales, contraen un lenguaje *soez*, que sobrepuja a veces, en grosería y descaro, al de los carreteros y rufia-

nes! ¡Cuanto mas sucias son las metáforas, cuanto más crudos los *tacos* que eructan los tales barbilindos, tanto se crecen más, y se imaginan ascender a las cumbres de la virilidad y el desparpajo!

Y como los progresos intelectuales y científicos no andan siempre a la par de esos adelantos tabernarios y burdelescos, ni, por consiguiente, se aumenta el caudal de las ideas en la proporción en que crece el caudal de las palabras soeces; los coloquios que tales *barbianes* mantienen entre sí, van con frecuencia más entreverados de esas palabrotas, que la conversación misma de los tahures y gente perdida.

Viajando yo en cierta ocasión, subieron al departamento contiguo dos mozalbetes de poca estampa, y entablaron una conversación en alta voz (que es otra de las maneras características de los tales), salpimentada con tantos ajos, retoños y otras hortalizas malolientes, que acabaron por cargar la paciencia de los pasajeros; uno de los cuales les preguntó al fin, con toda urbanidad, si no podrían cambiar sus ideas sin toda aquella *ortografía*, molesta para las personas de buen gusto que estaban presentes. Los aludidos se hallaron en un atarugamiento mayúsculo, y barbotearon algunas palabras impertinentes, cuya substancia era ¡que cada uno podía hablar *como le da la gana!* Confieso que me inspiraron verdadera lástima; porque sé que muchas veces no es ese lenguaje hediondo síntoma de profunda corrupción interior, sino puramente hábito funesto, contraído por esa manía de la petulancia juvenil, que hace imaginar a algunos mozalbetes, que serán tanto más *hombres* cuanto fueren más *groseros*. Pero ese origen de tan repugnante costumbre, no la hace menos perniciosa, como quiera que, quien la contrae en las conversaciones con sus compinches, no puede luego desposeerse de ella cuando más le haría al caso.

Uno de esos jóvenes tuvo, en cierta ocasión, que visitar a una persona de respeto, de quien esperaba una colocación ventajosa. Indicándole su presunto protector,

la necesidad de observar en ella un proceder enteramente correcto, "Ajo, ya estamos en eso!", contestó el joven con la mayor naturalidad; y como aquel señor se quedara mirándole con asombro y disgusto, cayendo el pretendiente en la cuenta del disparate que había cometido, "¡Hombre!" continuó todo turbado, "¡Perdone usted! ¡Esa *tiñetera* costumbre, que no me deja hablar como Dios manda! ¡Pero le aseguro a usted, *¡moño!* que no he tenido intención de ofenderle." Y como el entrecejo del interlocutor se fuera nublando más a cada momento, desesperado el joven, dió una gran patada en el suelo, exclamando: "¡*Me ca...* en este vicio *pijotero*, ¡*cascajo!*, que le sale a uno a la cara cuando menos era menester!" Un ademán que le señalaba la puerta, fué la única contestación, y el punto final de aquella desdichada entrevista, de la que salió el infeliz pateando, y maldiciendo a los granujas, sin vergüenza, canallas, que le habían acostumbrado a aquel lenguaje.

Otra de las *figuras del lenguaje* que se aprende en las mesas de café y en las reuniones de los imberbes fumadores, es la fanfarronada o *mentira jactanciosa*, que no me atreveré a asegurar sea contra el Precepto; pues está rodeada de tales circunstancias, que hay moral certidumbre de no haber de ser creída por nadie. Pero ¿quién no ve cuánto desdora a un joven el mentir, en cualquiera forma que lo haga?

Mentir es para todos ilícito; mas puede ser hasta cierto punto disculpable para las personas débiles, para los niños y mujeres, los cuales buscan en la mentira una trinchera para su debilidad. Pero en un joven salido ya de la flaqueza propia de la edad infantil; para un joven que se estima y ha adquirido la conciencia de su personalidad, que le hace ambicionar el título de *hombre*, y por ventura el de *caballero*; la mentira es una de las cosas más afrentosas y bochornosas, en términos que, el dar a uno de los tales un *mentís*, se ha considerado como man-

cha de la honra, que las leyes de la Caballería tenían por digna de lavarse con la sangre del injuriador.

No digo yo que un *mentís* sea injuria merecedora de muerte; pero alego esa bárbara apreciación, para demostrar, cuán denigrado queda el honor del que se ve acusado y convicto de mentira. A pesar de lo cual, entre los boquirrubios que pretenden *echárselas de hombre*, ninguna cosa hay más frecuente que la *mentira jactanciosa*, y ¡quiera Dios que, en algunos casos, no llegue a *calumniosa*, cuando se indican de tal manera las circunstancias de los soñados casos, en que se pretende haber obtenido ciertos *trunfos*, que pueda alguien sospechar de personas determinadas!

También en este punto, hemos de advertir lo que en el anterior. Esas baladronadas son a menudo tan inverosímiles, que casi no hay peligro remoto de que nadie las crea. Pero ¿quién no ve, que esto sirve sólo para acrecentar la ridiculez de tales embusteras jactancias?

En los trenes, en los cafés, y en otros sitios donde se entabla conversación entre personas que no se conocen de antemano, es frecuente trabarse un verdadero certamen sobre *quién miente más*, particularmente cuando intervienen jovenzuelos de éstos que se despepitan por hombrear, sin caer en la cuenta de que la *sensatez* es la única ejecutoria de virilidad para un adolescente a quien apenas le sombrea el bozo.

Y no es caso infrecuente, que en tales porfías intervenga algún socarrón, el cual, contando hazañas totalmente absurdas por lo exageradas, ponga de manifiesto la mentira, de todo lo que allí se ha dicho, y que, puestos a mentir, se han contentado con poco los preopinantes.

Mas si esta costumbre de mentir por jactancia, sobre ser ridícula, es perniciosa, por cuanto enflaquece el hábito de la veracidad, tan hermoso y necesario en los jóvenes; es mil veces peor el otro vicio que, como la polilla en la ropa, suele engendrarse en las conversaciones de los mozalbetes que se las echan *de punto*, como dicen ellos.

Este es el vicio de la *obscenidad* en las palabras, la cual, aunque rara vez va separada de la impureza de las costumbres, todavía le toma en muchos casos la delantera, por lo menos en la crudeza y exceso de sus manifestaciones.

Rudo es el combate que todos los jóvenes han de sostener contra la impureza, en esa peligrosa edad de los quince a los veinte; pero como el fuego se hace más impetuoso y se propaga más irresistiblemente, si los leños se empapan en aceite, así las dificultades inherentes a la castidad juvenil crecen hasta un grado increíble, por esa petulantísima aberración, que hace a muchos jóvenes frecuentar las conversaciones obscenas con sus iguales, creyendo que con esto acreditan haber salido finalmente de la niñez. ¡De la *inocencia* de la niñez, habrán salido ciertamente; pero no habrán salido de su *debilidad*, si no es por ventura para caer en otras flaquezas mayores!

Las palabras *soeces*, *obscenas* y *fanfarronas* son una verdadera plaga para la juventud, en la edad a que nos dirigimos; plaga tanto más aborrecible, cuanto que no tiene fundamento ninguno en los estímulos de la naturaleza, sino estriba sólo en esa insana imaginación de *hacer el hombre*. Y hemos de decirlo con verdadera pena: si el vicio del beber no hace en los jóvenes españoles tantos estragos como causa en los países de raza sajona y germánica; en cambio, esos vicios de la lengua producen en nuestra juventud una verdadera *razzia*, conspirando poderosamente contra su moralidad y el temple varonil de su carácter. Nuestros jóvenes son más inclinados a la *jactancia* verbosa, que los de otras razas donde se habla menos, y donde la grosería se manifiesta más en los hechos que en las palabras. ¡Tanto mayor razón para que, entre nosotros, donde son más urbanas las maneras de las personas sensatas, se destierre de la mocedad ese abominable vicio, que tan funesto puede ser a sus víctimas, poniendo en peligro su porvenir moral y social!

“La profanidad y obscenidad del lenguaje, dice Con-

well, son los *primogénitos* entre los vicios, y su influjo es vil y bastardo. Ya podrá ser que algunas personas de semejante lenguaje conserven la moralidad; pero ésas serán pocas. La profanidad y obscenidad son las primeras lecciones que se enseñan en la escuela del diablo, y son, para muchos, los primeros pasos en la vía de su perdición. Son vicios que no producen a sus víctimas, ni placer, ni satisfacción, ni provecho material. Los jóvenes que se entregan a tales hábitos, muestran un verdadero *espíritu de sacrificio*, trabajando de balde para el demonio.

"Ninguna cosa hay más universalmente condenada que esos vicios, los cuales manchan, no sólo la inteligencia, sino también el carácter y la vida. En breve tiempo se convierten en hábitos permanentes, y son de los más difíciles de vencer del todo."

Tales vicios despojan a los jóvenes del respeto de sí mismos, arrojan de sus corazones a Dios, que no puede habitar entre tanta inmundicia, y abren la puerta a toda clase de males.

El joven que se deja poseer de la grosería de ese lenguaje soez, acaba por huir de la buena y honesta sociedad, donde se siente extraño; y separado de los buenos, ¿qué otro porvenir le queda, sino buscar la compañía de las personas, cuyas costumbres están en armonía con su manera de hablar? De esa suerte, los que por petulancia comenzaron a hablar como los truhanes, acaban por hacerse semejantes a ellos en sus costumbres y en su condición social.

¡Con lágrimas recordamos a los jóvenes de familias honestísimas y de buena posición, que habiendo empezado por imitar ese lenguaje de los garitos o burdeles, han acabado por pasarse a vivir en ellos, separados por una infranqueable barrera de sus parientes y de la sociedad culta y decente donde nacieron!

Y esa enfermedad de los labios, es una de las más contagiosas. "Un joven saturado de profanidad y obsce-

nidad en el lenguaje, dice Conwell, lleva consigo más contagio que si estuviera inficionado de viruelas. ¡En un tiempo increíblemente corto, es suficiente para infestar toda una vecindad! Un joven de éstos hace más daño que una docena de rateros y que una banda de ladrones; y el que tales vicios se arraiguen en la vida de una nación, es una de sus más lamentables desdichas.”

¡Es cierto; pues ellos son bastantes para socavar su moralidad y desdorar sus más acrisoladas glorias!

ARTÍCULO XII

El Banderín de los siete Valientes

En los artículos precedentes hemos estudiado a uno de los tres enemigos que salen al encuentro de la juventud, para disputarle el camino del éxito; el cual toma sus armas del natural deseo que tienen los adolescentes de llegar al término de su desarrollo, esto es, a ser *hombres*. Toda la malicia de dicho enemigo consiste, como hemos descubierto, en hacer imaginar la *virilidad* en cosas que nada tienen que ver con ella, como el fumar, beber o echar tacos y palabras gruesas. No se fundan los engaños de ese enemigo en el *placer*, pues el hablar tabernario no puede producir deleite ninguno; el fumar causa al principio verdaderos sinsabores, y el beber, aunque pueda halagar al sentido del gusto, sería poco tentador para los jóvenes, si no se le uniera esa imaginación de *hacer el hombre*.

Esto supuesto, para librarse de ese primer grupo de enemigos, basta a la juventud sensata un poco de reflexión, antes de entrar por los senderos tortuosos adonde la invitan. Y decimos *antes de entrar*; pues, una vez se ha entrado, la *costumbre*, que es una *segunda naturaleza*, y el *respeto humano*, que retrae de todo lo que tiene aspecto de *conversión*, fácilmente consiguen que se continúe en el mal camino, conduciendo inevitablemente a la desmoralización y a la ruina.

Lo que debe pensar la juventud acerca de semejantes cosas es, pues, que *el ser hombre — la virilidad —* consiste esencialmente en *la fuerza*, y que la fuerza que

se necesita para *resistir* un cigarro, tragándose el humo, o para *ingurgitar* una botella de *champagne*, es verdadera *niñería*, en comparación de la *fuerza* necesaria para contrarrestar la corriente de los *nechos* (cuyo número era *infinito* ya en los tiempos de Salomón, y se ha multiplicado de entonces acá en proporción estupenda), y desafiar al *mundo*, haciendo lo contrario de lo que él acostumbra e impone a sus *gregarios borregos*. ¡No queráis ser, oh jóvenes que me leáis! caballos de escuadrón, que no saben andar sino en filas y moviéndose al compás de los otros! ¡Sed como potros generosos, que se encabritan y echan de la silla a todo otro que no sea su único dueño! ¡Y vuestro único dueño es Dios, y el único que puede daros leyes es Cristo, su divino Hijo!

Inspirados en tales ideas, siete jóvenes suizos del cantón de San Gall, determinaron rebelarse contra la fatal costumbre de beber, que tenía esclavizados a la mayoría de sus compañeros, y constituyeron una sociedad de templanza con el título sugestivo de *El Banderín de los siete Valientes*. No les faltaron contradicciones, como era natural; pues, el mundo no consiente que impunemente se violen sus costumbres; pero aquellos *valientes* no se arredraron, y a los que intentaban burlarse de su empresa, les provocaron a un formal duelo, diciéndoles: “¡Ea, valientes; veamos si sois para tanto, que nos hacéis competencia en vencer vuestra *sed de cerveza* (¡la sed de agua no es muy común en aquellos países poco soleados!) con el heroísmo que nosotros la vencemos!”

Este *reto* produjo dos efectos, a cual más plausible. Porque los *cobardes*, los que no se sintieron con ánimos para vencerse a sí mismos, se retiraron llenos de confusión; y muchos valientes, que hasta entonces habían bebido, por pensar que consistía en eso el coraje varonil, aceptaron el desafío y, venciéndose generosamente, acabaron por agregarse al *Banderín de los siete Valientes*.

Y no penséis que haya sido éste un caso aislado, ¡no! En todos los países civilizados, la juventud va cayendo

en la cuenta del engaño de esas *valentías* absurdas, que hasta ahora han extraviado a tantos; y por todas partes se forman Sociedades de *Templanza* o de *Abstinencia*. Bueno será que tengamos alguna noticia de ellas, para animarnos a emular sus victorias.

En los Estados Unidos hay una Asociación de abstinencia, llamada Guttemple, que cuenta con 40,000 niños asociados. En el Canadá y en las Colonias inglesas existen asociaciones semejantes.

En Inglaterra hay agrupaciones de jóvenes, que llevan un nombre por extremo apropiado. Se llaman *Bands of Hope*, Compañías de Esperanza; pues, realmente, las esperanzas de la juventud, y las esperanzas que en ella tiene cifradas la patria, estriban en su sobriedad y templanza. Esas Compañías de jóvenes abstinentes, de las que algunas llevan ya *medio siglo* de fecha, ascendían en 1901 al número de 29,000, con 3.536,000 individuos. Hay además en Inglaterra la Orden de Guttemple, la de los Jóvenes Rechabitas, la de los Hijos de Fénix, etc. ¡Y es de notar, que los niños ingleses, por su educación y carácter, son los más libres entre todos los de Europa!

En Bélgica hay Asociaciones donde se admiten los niños desde los once años, y se obligan *por su honor* a no beber licores hasta los veinte, y usar con moderación el vino y la cerveza. En 1899, 2,720 escuelas tenían una de estas Asociaciones, con un total de 50,642 afiliados. Desde que comenzó esta cruzada, habían emitido la promesa de abstinencia 142,622 escolares de primera enseñanza. Esta obra se ha extendido a los Seminarios y Gimnasios (Institutos de segunda enseñanza), y a los establecimientos de Beneficencia y corrección, y publica un periódico para los niños, en alemán y en francés, titulado *Estrella de la mañana* (*Morgenstern — Etoile du matin*).

En Francia se fundó en 1896 una Sociedad contra el uso de bebidas espirituosas, la cual, en 1900, tenía ya

700 secciones de escolares, para las cuales se publica una hoja especial.

En Suiza hay Asociaciones de abstinencia en las Uni-



versidades y Gimnasios, y en 1900, su unión *Helvetia* contaba 110 miembros en 11 secciones. La Orden de Guttemple trabaja entre los niños, y cuenta con 300 abstinentes. En la Suiza francesa, hay una particular Asociación de jóvenes abstinentes — *L'Espoir*, — fundada

en 1892 *por un estudiante*, y que en 1897 contaba ya 80 secciones con 2,800 miembros.

En Alemania se fundó la primera de estas asociaciones para niños, en 1843, por el capellán Seling, de Osnabrück, el cual, en 1845, había reunido ya 30,000 socios. En las pláticas que con este fin se hacían en las escuelas, aconteció con frecuencia, que los niños, entusiasmados, levantando las manos, hicieran la promesa de abstenerse de licores. Pero... ¡véase cómo se necesita valor para esto! la mayor parte no cumplieron su compromiso.

Desde 1884 se ha promovido un nuevo movimiento en favor de la abstinencia de licores. Las Asociaciones de estudiantes católicos de las Universidades alemanas favorecen esta tendencia, los maestros de escuela le dedican sus exhortaciones, y en muchos Estados se ha hecho obligatoria la instrucción especial contra el alcohol.

Contra los desórdenes públicos de los jóvenes, en particular contra la obscenidad y profanidad de lenguaje, se ha procurado reaccionar en Alemania por medio de las Asociaciones escolares en las Universidades y establecimientos de segunda enseñanza. Los miembros de cada Asociación están obligados a usar una gorra de determinado color, y en ciertas solemnidades escolares, un pintoresco uniforme antiguo, con botas altas, grandes puños y espada. Para diario no usan sino la gorra, y una especie de banda estrecha que aparece por la abertura del chaleco. Con esto, cada estudiante lleva en la calle, no sólo su honra, sino el honor de la Asociación a que pertenece; y todos los miembros de ella prestan su concurso para velar por que ese honor no se empañe, expulsando de la Asociación a los que perjudican a su crédito con su conducta escandalosa o incorrecta.

Para los alumnos de segunda enseñanza, que se extiende allí hasta los diez y ocho o diez y nueve años, el Gobierno mismo (por lo menos en Prusia) ha prescrito ciertas gorras de color, con que se distinguen por la ca-

lle los alumnos de cada uno de los cursos; lo cual ayuda para comunicarles espíritu de solidaridad, y procurar que todos observen la conducta debida.

En España no parecen tan necesarias las Asociaciones de templanza entre los estudiantes, por no ser comunes, en las clases acomodadas, los excesos de la bebida. Alguna vez hemos pensado si sería conveniente, que las Congregaciones Marianas o de San Luis, y otras agrupaciones semejantes de jóvenes, adoptaran la gorra de color para su uso diario, que sin duda alguna ayuda para mantenerlos en la corrección de su conducta pública. Pero acaso sería esto, dado nuestro carácter y circunstancias, origen de divisiones perniciosas; por lo cual, no nos atrevemos a dar nuestro consejo en esta materia.

Lo que sí deseamos con toda nuestra alma es, que muchos de nuestros jóvenes lectores se animen a formar *Asociaciones de no fumadores*, que se pudieran denominar *Compañías de fortaleza o de esperanza*, y producirían, sin duda, efectos beneficiosísimos.

Cuando yo era estudiante (de los quince a los veinte, venes de la mejor sociedad barcelonesa, la idea de que el lo fuí en Barcelona), se había introducido entre los jóvenes fumar era *cursi y de mal gusto*, y el no fumar, por el contrario, *de buen tono*. Esta consideración, sin duda muy razonable, hizo que muchos se abstuvieran del cigarro, ¡aun entre los que en otras cosas distaban bastante de ser modelos de virtud!

Ahora bien; de los que terminaron conmigo la carrera de abogado, *y no fumaban*, son actualmente: dos notarios de Barcelona (colocación, social y económicamente, muy apetecida y disputada), uno senador del Reino, otro diputado a Cortes, y otro murió en una buena notaría. El que esto escribe, que era *el más malo* de aquellos buenos muchachos, llegó a la Compañía de Jesús sin haberse habituado a fumar, con lo cual tuvo *una dificultad menos* para seguir la vocación divina.

¡Ea, pues, mis queridos jóvenes! ¡Arrojad de vos-

otros esas imaginarias *hombradas*, para que lleguéis a ser, a su tiempo, *hombres de veras, hombres de pelo en pecho* (no de cigarro en boca, ni de copa en mano)! Ayudaos mutuamente, formando *Sociedades de no fumadores*; absteneos de la bebida superflua y de las palabras soeces, y con esto mereceréis pertenecer al *Banderín de los siete Valientes*, y os contaréis sin duda, algún día, entre los favorecidos por el *éxito*, que es una deidad más discreta y constante de lo que suele pregonar la fama.

ARTÍCULO XIII

El tiempo es oro,

dicen los ingleses; pero ésta es muy pobre comparación, por lo menos si se considera el tiempo de la mocedad: esos preciosos *cinco años* — de los quince a los veinte —, de que depende, para la mayor parte de los mortales, el *éxito* de su vida. ¿Con qué oro se pueden pagar esos preciosos años? Mas, ¿qué digo, años? ¿Con qué oro se puede compensar cada uno de esos preciosos *días*?

¡Cinco años son, no más que mil ochocientos veinticinco días, en los cuales un joven ha de *crear* su porvenir! Y ¿os parece ésa floja incumbencia, para desempeñarla en mil ochocientos veinticinco días? Calculando en un *mínimum* de 4,000 pesetas, lo que una modestísima familia necesita para vivir, representan el interés de un capital de 20,000 duros (al 4 por 100). Por consiguiente, en esos mil ochocientos veinticinco días es menester amontonar ese capital, o *algo equivalente* a ese capital. ¡Ya veis, pues, que os sale a más de diez duros diarios, lo que habéis de ganar en esos años; y consiguientemente, cada vez que *perdéis un día*, perdéis, por lo menos, *diez duros*, de una manera irreparable, pues forman parte de ese capital de que habréis de vivir el resto de vuestra vida!

De esta consideración se deducen dos consecuencias: una consoladora y otra estimulante. Aun cuando seas ahora un estudiantito que anda al fin de su bachillerato o en otros estudios semejantes, vgr., de comercio o industria; aun cuando seas no más que un *meritorio*, a quien se paga con una docena de duros al mes; cada día que

has cumplido con tus obligaciones, puedes pensar, al irte a la cama: ¡Gracias a Dios, he ganado hoy ¡diez duros o más! que se han agregado al capital que ha de constituir mi fortuna! Verdad es que ahora no puedo disponer todavía de ellos; ¡pero a su tiempo me pagarán los intereses!

Por el contrario: el día que has holgazaneado; el día que no has aprendido tus lecciones o cumplido con tus deberes, has de meditar al acostarte: ¡Hoy he perdido diez duros o más; ciertamente, $\frac{1}{1825}$ del capital que ha de constituir mi fortuna y la de mi futura familia! De 1825 probabilidades, que Dios me había concedido para alcanzar un éxito feliz, he perdido hoy una probabilidad; y si esas pérdidas se fueran sumando, ¡poco a poco vendría a perder toda mi fortuna, y todo el caudal de mis fundadas esperanzas!

¡Ves, pues, que efectivamente, *el tiempo es oro*: cada hora de un joven vale un peso duro, y si la pierde miserablemente, se queda sin el duro y con el peso; con el peso del remordimiento, y con el peso intolerable de una vida desorientada, después de una juventud perdida!

Ahora bien: en tu misma naturaleza hallas un estímulo, que te empuja a aprovechar ese precioso tiempo; estímulo que si se desvía puede ser él mismo causa de que lo pierdas, y con él pierdas todas tus esperanzas de alcanzar el éxito. Ese estímulo es la *curiosidad*.

La Naturaleza, o Dios, Autor de ella, ha puesto en nuestro mismo ingenio la *curiosidad*, para que nos sirva de espuela que nos incite continuamente a *aprender*; pero nadie siente más vivo el aguijón de este estímulo, que la juventud; porque, en efecto, a ella le es más necesario que a las ulteriores edades, *aprender* lo mucho que necesita saber para orientarse en la vida.

El niño, no sólo viene a este mundo desnudito en el cuerpo, sino también desnudo en el espíritu, con una inteligencia enteramente desprovista de conocimientos; sin

juicio de las cosas, sin experiencia, sin habilidad para nada; y aunque desde el instante que ha nacido, comienza a aprender algo, por las percepciones de los sentidos; pero lo que aprende en la niñez es de poca monta, pues, en esa primera edad, su trabajo se encamina principalmente a la formación de sus mismas facultades cognitivas.

Si reflexionas sobre lo que te ha pasado en tus primeros años, observarás, que al principio percibías las cosas de un modo enteramente maquinal, y así, ni siquiera te acuerdas ahora de lo que en los tres o cuatro primeros años percibiste. Luego comenzó en ti un poquito más de reflexión, refiriendo los efectos a sus causas, y notando la conveniencia o inconveniencia de las acciones. Por ahí fuiste cayendo en la cuenta de las nociones morales de lo *bueno* y lo *malo*, lo que se ha de hacer y lo que se debe evitar. Y al mismo tiempo, por la diligencia de tus padres y maestros, fuiste aprendiendo muchas cosas. Pero ¡cuán imperfectamente!

De mí confieso que, hasta los catorce o quince años, no comencé a estudiar por el interés de las mismas cosas que aprendía. Hasta entonces estudiaba, para sacar premios o buenas notas, y tener contentos a mis padres y merecer sus recompensas. Pero como no tenía interés por aquello mismo que estudiaba, luego de aprendido lo volvía a olvidar, y nunca pensé en encaminarlo a ninguna finalidad práctica. Tal vez tú hayas sido más precoz de lo que yo fuí (que reconozco no lo fuí mucho); pero en todo caso, has de confesarme que, hasta los trece o catorce años, no habías pensado *seriamente* en la utilidad práctica que habrás de obtener de tus estudios, y cuánto depende, del provecho que ahora saques de ellos, el éxito de tu vida futura.

Todo esto lo dispone así sabiamente la divina Providencia; porque en aquellos primeros años, se necesita esa manera de *inconsciencia*, para que la naturaleza física se desarrolle y esponje sin el peso de los cuidados.

Aquella edad es el período de *preparar la tierra* del espíritu. Mas luego viene la adolescencia, en que ya el cuerpo y el ánimo han alcanzado un grado suficiente de desenvolvimiento, para que se piense en depositar en ellos las semillas de lo que habrán de producir en adelante. La adolescencia es la *época de la siembra*; y de ahí la transcendencia irreparable de ese *lustro fatal*; pues, cuando el labrador no siembra a su tiempo, se hace absolutamente imposible que luego coja frutos; ¡ni puede ya, invirtiendo las estaciones del año, sembrar en Agosto lo que debía haber sembrado en Enero!

Por esta razón, pues; por ser la adolescencia época de sembrar conocimientos y habilidades, que formen luego el caudal de toda la vida, Dios ha comunicado a esa edad particular aptitud para aprender muchas cosas, que nunca se aprenden bien si no se comienzan a ejercitar en ese período crítico, y asimismo, ha infundido en los adolescentes una curiosidad vivísima e inextinguible.

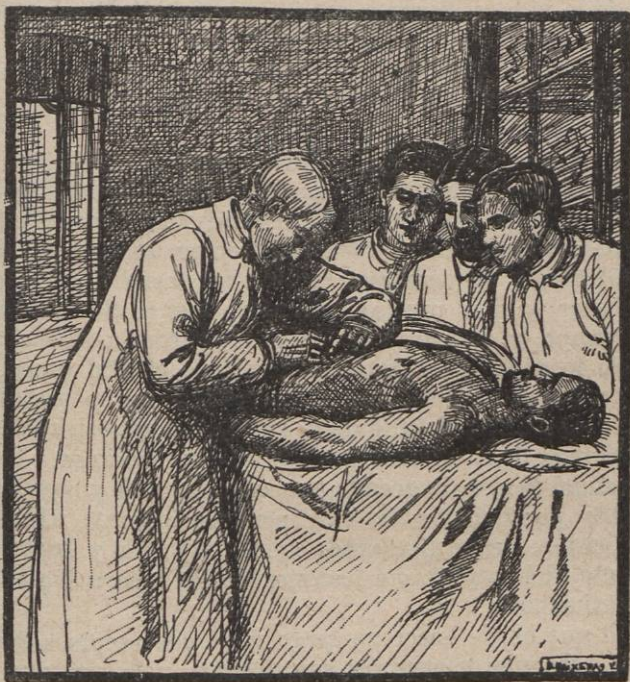
Pero he aquí que, como el natural anhelo de llegar a ser hombres puede torcer su camino, y conducir a los jóvenes a las tonterías y peligros, y finalmente, a las ruinas, que en los artículos anteriores hemos considerado; no menos puede extraviarse, y se extravía frecuentemente, el apetito de la *curiosidad*, y en lugar de servir de *alas* para volar por las regiones de la Ciencia y de las Artes, se convierte en *plomo* o *liga* que apesga y ata a los jóvenes, haciéndoles perder ese tesoro inestimable de su tiempo.

Cuán frecuentes sean los desórdenes de este apetito, se echa de ver en que, su mismo nombre, que de suyo designaba un honesto deseo de aprender y saber, ha llegado a envilecerse, empleándose comúnmente para designar, no ya el estímulo natural, sino el vicioso desorden de ese legítimo apetito.

Y llegan las cosas, en esta materia, hasta tal extremo, que la *curiosidad*, así como había sido destinada por la Naturaleza, para ser vehículo de todas las ciencias y habi-

lidades, ha venido a convertirse en puerta por donde entran en el alma juvenil todos los vicios.

De esa manera se entabla en el ánimo de los jóvenes una especie de lucha, cuyo inmediato objeto es *el empleo del tiempo*. El adolescente necesita el *tiempo*, para en-



tregarse a los estudios y trabajos educativos, a que, por otra parte, le estimula la curiosidad ordenada, o legítimo deseo de saber. Mas contra ese natural intento se opone la desordenada curiosidad, ocupando el tiempo y derrochándolo en cosas frívolas y perniciosas.

De ahí resulta que, por una parte, hay que reprimir la vana curiosidad, para sacar el debido provecho de ese

tiempo preciosísimo; y por otra parte, la *distribución* sensata y ordenada del tiempo, es uno de los más poderosos medios para poner coto a los excesos de la vana curiosidad.

Sea, por consiguiente, una de las primeras preocupaciones del joven que pretende triunfar de las dificultades de la vida, y llegar a obtener un éxito brillante, *distribuir el tiempo* de una manera prudente, y observar con toda exactitud esa distribución, con la cual habrá adquirido un aliado poderoso para vencer la curiosidad y evitar sus innumerables peligros.

Y cuantas veces, examinando vuestro modo de proceder (cosa que debéis hacer con frecuencia), halléis algún desorden, descubráis que la curiosidad o las distracciones inútiles y excesivas os *roban* el tiempo, os desvían del cumplimiento de vuestras obligaciones; acudid de nuevo a rehacer, y si es preciso, reformar, vuestra *distribución del tiempo*, y comenzad de nuevo a guardarla fielmente.

No lo olvidéis. Contamos, por todo capital (pues el dinero que puedan dejarnos nuestros padres, no bastaría para asegurarnos el éxito de la vida), con mil ochocientos veinticinco días, en esos cinco años preciosísimos. Con ese caudal hemos de granjear nuestra fortuna y asegurar nuestro porvenir. ¡No hay, por consiguiente, tiempo que perder: hemos de darnos cuenta, rigurosa y frecuentemente, del empleo que hacemos de ese tesoro limitado e inestimable!

El que ha de hacer un largo viaje con recursos limitados, echa una y otra vez sus cálculos, y cuenta una y otra vez el dinero que le queda, y los kilómetros que le separan del término de su jornada. ¡Hacedlo así, jóvenes que me leéis! Contad y recontad los días que habéis perdido, o aprovechado imperfectamente, y los que os quedan hasta esa edad en que ya es menester haber entablado, en alguna manera, vuestros negocios y los destinos de vuestra existencia. Y cuando veáis que lo perdido es ya mucho, espoleaos de nuevo a aprovechar lo

que os resta; no sea que, como dice el Salvador, os sorprenda la noche en el camino, cuando ya no podréis ver dónde ponéis los pies.

Vuestro tiempo es más precioso que el oro; y el hombre prudente sabe siempre qué cantidad de oro tiene en la bolsa, cuánto ha gastado, y cuántas atenciones le quedan que cubrir.

Y si, viviendo con esa advertencia, notareis con sobresalto, que os falta algo de lo que debíais tener, examinad si hay agujeros en vuestro bolsillo; porque, por ventura, por ellos se os pierde gran parte de vuestro tesoro, con risa y burla de los que van en pos de vosotros, siguiendo vuestros pasos con intento de ganaros la ventaja y arrebatáros el premio del certamen y la corona de la victoria.

Esos agujeros por donde se escapa el tiempo de muchísimos jóvenes, son lo que vamos a considerar en los siguientes artículos.

ARTÍCULO XIV.

Las lecturas

Una de las enfermedades más extendidas en nuestra época, es la *indigestión de papel impreso*, cuyos síntomas se van presentando tan alarmantes, que hacen dudar a algunos, si fué un *progreso* la invención de Gutenberg, y si no sería *menos malo* volver a aquellos tiempos de obscurantismo, en que los estudiantes se habían de ceñir, por necesidad, al estudio de los apuntes que podían hacer, y de los pocos libros que lograban copiar, en vez de perecer de pura sofocación, como estamos a riesgo de perecer los modernos vivientes, bajo las inmensas moles de papel impreso que a cada momento nos echa encima la Prensa.

El hombre tiene entrañas de carne, y la Prensa las tiene de acero; por lo cual, es muy de temer, que el acero oprima la carne, y convierta nuestras inteligencias, sometidas a su influjo, en una especie de embutidos o salchichas científicas y literarias, que no valgan más que para freir, y aun revienten en la misma sartén.

No creáis, ¡oh jóvenes lectores! que éstas sean metáforas descabelladas; pues, los conocimientos de muchos de nuestros contemporáneos, más tienen de *embutido* que de organismo y producto de lecciones bien digeridas; y si esto es común a todos los hombres que ahora vivimos, el riesgo de los adolescentes es mucho mayor, cuanto es menor el caudal de ideas propias que poseéis, y están más tiernas todavía vuestras facultades intelectuales.

Poco más de un siglo atrás, se detenía a los jóvenes, hasta los quince años, con la sola Gramática y un corto número de trozos escogidos de los autores clásicos.

Hoy, el desgraciado que llega en esa edad al grado de Bachiller en artes, lleva ya en el estómago veinte o más asignaturas, cada una de las cuales tiene su texto, muchas veces harto voluminoso, pocas veces verdaderamente claro y didáctico; ¡y todo ese pisto de Letras y Ciencias, de idiomas e historias, Matemáticas y Física, se ha *apisonado* en la mollera, desde los diez a los quince años! ¡Milagro será, pues, si habéis llegado a esa edad sin un tifus intelectual! ¡Y luego os aguarda otra indigestión de papel en la carrera!

Pero yo no he escogido esta coyuntura para *murmurar* con vosotros, contra la mala organización de la enseñanza en nuestro país. ¡Cuando seáis diputados a Cortes (que no dudo lo seréis muchos de los que me leyereis), ya os recordaré más por extenso estas cosas, para que ahorréis a los jóvenes futuros, los tormentos a que os ha sometido a vosotros, la *tremebunda ilustración* del siglo XIX, cuyos pecados estamos todavía pagando en el siglo XX!

Ahora me he de limitar a haceros una sencillísima consideración, nacida de este mismo estado de cosas. Siendo materialmente imposible, que un joven de vuestra edad *digiera* los veinte o *veinticinco* tomos de textos que le suministran sus profesores en la segunda enseñanza, y otros tantos que le recetan en la enseñanza superior, ¿qué pasará en ese cerebro, si la insana curiosidad juvenil añade a esa balumba, otra balumba no menor de *periódicos* y *novelas*?

Yo sé bien que, la *pasión del periodismo*, que consume el tiempo y esteriliza la inteligencia de muchos contemporáneos nuestros, no es de las que más estragos hace en la juventud de vuestra edad; pero no debo dejaros de advertir, que la lectura de periódicos, que sería moderada para personas que han terminado ya del todo su formación, y se hallan en posesión del destino que han de desempeñar en la vida; esa misma lectura, digo, sería excesiva e intolerable para vosotros, que habéis de dar lugar

en vuestra cabeza a tantas otras cosas más imprescindibles.

La edad adulta o caduca, busca en el periódico *la novedad*, que ya no puede ofrecerle la vida cotidiana; pero la adolescencia tiene todavía hartó que ver y aprender en ésta, para que necesite preocuparse por lo que pasa en la Bosnia y Herzegovina.

Estudiando griego un amigo mío, aconsejábanle se subscribiera a un periódico de Atenas, pues, con esto, le decían, tendría diariamente ocasión de leer y familiarizarse con aquella lengua. El reflexionó un poco, y cayó en la cuenta de que no era necesario gastar dinero en la subscripción, para tener cada día un *trozo nuevo* que leer; sino bastaba leer cada día dos páginas de Demóstenes, y hacerse cuenta que acababa de recibirlas de Atenas.

Así lo habéis de hacer todos vosotros. Cada día tenéis vuestro periódico, con *varias ediciones*; es a saber: la lección de Matemáticas, la de Física, la de Francés o de las asignaturas que estáis estudiando; y si queréis completar la ilusión, no tenéis sino escribir al principio de cada página la fecha en que la estudiáis: *Edición de la mañana, Edición de la tarde*.

Y aun os aconsejo que os proporcionéis, por el mismo dinero, un buen *Semanario*. ¿Qué hace el Semanario? No hace sino repetir, resumiéndolas, las noticias que se han ido publicando durante la semana. Pues vosotros podéis tener un Semanario provechosísimo y barato, *repasando* el domingo las lecciones que habéis estudiado durante la semana; con lo cual no las olvidaréis, ni os sucederá lo que a los malos estudiantes, para quienes el invierno comienza en primavera, ¡entristeciéndolos la vecindad de los exámenes, cuando toda la Naturaleza se regocija con las flores primaverales y los trinos de las avecillas!

Pero más peligrosas, sin comparación, que los periódicos, son para la juventud *las novelas*, sobre las cuales hay tanto que decir, que será menester ceñirnos a lo más

preciso. Por lo demás, los perjuicios de las novelas son tan evidentes, tratándose de jóvenes de vuestra edad, que no serán necesarios largos discursos.



Toda la fuerza de las novelas está en *excitar la fantasía*, para *matar el tiempo dulcemente*. Mas los adolescentes tenéis la fantasía sobradamente viva por naturaleza; por consiguiente, antes necesitáis *calmantes* que *excitantes*.

Y ¿qué diremos del otro efecto, el principal de las novelas? Con sola una novela de 300 páginas, podéis perder uno de aquellos mil ochocientos veinticinco días, que se os conceden para asegurar el éxito de vuestra juventud y de toda vuestra vida. Hay ahora muchas empresas que se dedican a propagar novelas *baratas*: ¡a *peseta*, a 50, a 25 céntimos! ¡Mentira! Cada novela que lee un joven de vuestra edad, le cuesta 10, 20, 30, duros; ¡todo aquello que, en ese tiempo que pierde, resta del capital de cuyos intereses habrá de vivir en su edad madura! Pero esta pérdida, con ser tan apreciable, todavía es la menor que acarrearán las novelas a los jóvenes.

¡Yo os desafío a que me halléis un solo joven que, después de haber leído una novela interesante, y aunque no haya leído sino unos capítulos de ella, se ponga con tranquilidad a resolver un problema de Matemáticas, o a aprender una lección de Medicina o Derecho! ¡No es posible! La imaginación, excitada por los lances novelescos, turba su estudio reflexivo. Por en medio de los senos y cosenos, y ecuaciones y logaritmos, andan saltando las imágenes bebidas en la novela, como aquellos duendes o diablos traviesos, que creían antiguamente procuraban estorbar a los ermitaños, cuando se ponían a hacer oración.

Pues si, con esa exaltación fantástica, la inteligencia se nubla, ¡todavía se inhabilita más la memoria! No hay manera de grabar en ella cosa de provecho, cuando la fantasía está agitada por esa danza de imágenes de mil colores. ¿Cómo estudiaría un músico una lección de violín, si las cuerdas del instrumento estuvieran llenas de vibraciones diversas, independientes de su voluntad y artificio; si, junto con la nota que les hace dar, dieran otras mil, producidas por sacudimientos diferentes? Mas eso es, para el estudiante, la imaginación agitada por la lectura de una novela: ¡es un *instrumento* lleno de caprichos, indómito y rebelde a la mano que lo quiere manejar!

Pues ¡qué tontería menoscabar de esta suerte nuestras facultades naturales! Si un dibujante, antes de ponerse a trabajar en un delicado trabajo de pluma, se estuviera jugando dos horas al *foot-ball*, ¿cómo le saldría el dibujo, con el pulso tembloroso por la violencia de aquel ejercicio? Si un torero, antes de ir a la corrida, empinara el codo y tomara una mediana *pítima*, ¿no sufriría, indudablemente, una cogida? Pues, una cosa parecida hace el estudiante, que se entrega a la lectura de novelas para entretener los ratos de descanso que le dejan sus lecciones.

Las novelas son un verdadero *pasatiempo*; son libros hechos expreso para *matar las horas*; y yo concibo que la persona abrumada de quebraderos de cabeza; aquélla a quien se le hace insufrible la vida, por la carga pesada de los disgustos y penas, acuda a una novela *honest*a para distraerse, para echar de sí el mal humor y hacer llevadera la existencia. Pero para un joven en esa edad crítica, donde cada día trae envuelta una partecita de su porvenir, y un nuevo dato para resolver el difícil problema del *éxito*; para un joven como vosotros, digo, ¿qué es *matar el tiempo*, sino *matar sus esperanzas*? ¿Qué es adormecerse en la vana lectura de ficciones, sino dar lugar a sus competidores para que le ganen la ventaja? ¡Ah! ¡mientras tú lees novelas, otro joven está, por ventura, estudiando aquello con que el día de mañana te vencerá en unas oposiciones a la plaza que formaba el blanco de tus anhelos! Mientras tú pasas hojas y más hojas, para ver en qué paró la fortuna del héroe fingido, estás poniendo de tu parte los medios para que la historia de tu propia vida se desenlace en un terrible *fracaso*!

Las novelas, por otra parte, ¿qué otro efecto pueden producir en un joven, sino hacerle *novelero*? Y ¿qué es ser *novelero*, sino lo contrario diametralmente a ser *hombre práctico*? En las novelas, el autor arregla todas las cosas del modo que le place, para que el personaje novelesco, después de una vida de desórdenes, y por ventura

de crímenes, vea deshacerse delante de sí, como por encanto, todas las dificultades, y alcance el logro de sus deseos! Pero, ¡oh juego cruel y despiadado! el héroe entra en su soñada *felicidad*, y allí se acaba la novela; esto es, te da con la puerta en los ojos, dejándote sin participar de su dicha, después de haberte conmovido con sus afanes; ¡y al entrar él en los alcázares del *éxito*, te deja a ti, ¡bobo lector! en camino de tu fracaso!

Y cuenta que todo esto que he dicho, se refiere a las novelas *honestas, morales, hasta pías*; todas las cuales producen por lo menos ese efecto calamitoso de robarte el tiempo de tu juventud, que es tu mayor tesoro. ¿Qué diré ahora, si ponemos los ojos en esos jóvenes que apacientan su fantasía y nutren su sensualidad con la lectura de novelas obscenas, llenas de amoríos insensatos o criminales? Esos hacen como un bombero de incendios que, habiendo de meterse entre las llamas para salvar a los que están en peligro, se untara todo el cuerpo de aceite o petróleo, ¡para que más fácilmente prendiera en él el fuego!

¡Harto difícil es para la juventud el combate contra la concupiscencia, aun cuando aleje de sí todos esos incitantes! ¡Harto harás, ¡oh joven querido! si logras, con todo género de cautelas, salir ileso de ese horno de Babilonia por donde has de atravesar, para llegar al éxito anhelado de tu vida! ¡No cometas, por tanto, la locura de echar aceite al fuego, con la lectura de libros obscenos, de escenas eróticas, con la vista de láminas pornográficas; con esas tarjetas postales, esos semanarios, esas fotografías clandestinas, que todo hombre honrado debería perseguir como gérmenes de una enfermedad contagiosa, que amenaza perder en el tiempo a la juventud, y en la eternidad a las almas!...

ARTÍCULO XV

¡Carambola... y palos!

Las lecturas inútiles, y para la juventud perjudiciales, de periódicos y novelas, son enemigos del tiempo, nacidos directamente de la insana curiosidad. Otro pasatiempo o *matatiempo* hay, que tiene por raíz, parte la curiosidad, parte otras muchas pasiones del ánimo, como la vanidad, el deseo de vencer, la codicia de adquirir dinero sin trabajo, etc.; todas las cuales, más o menos, intervienen en el *juego*. Por esta razón trataremos aquí de los juegos, así por lo que tienen de enemigos del tiempo, como por lo que en la pasión del juego influye la curiosidad, que en él poderosamente se excita.

Los juegos se dividen en muchas clases: unos son *corporales*, y consisten en ciertas pruebas de fuerza, ligereza o destreza; otros son puramente *aleatorios* o de *suerte*; otros *intelectuales*, de cálculo o de habilidad combinatoria, y otros, finalmente, son *mixtos* de habilidad y suerte.

Entre todos estos géneros, el más pernicioso, por ser el menos *racional* y el que más fomenta la *pasión del juego*, es el de los juegos *aleatorios* o de suerte; y el estímulo que irrita dicha pasión, es precisamente la *curiosidad*, excitada hasta un grado increíble por los lances del juego. En los *dados*, verbigracia, no interviene para nada la habilidad y el cálculo. Si no se hacen trampas, no hay más sino agitar el cubilete y arrojar los dados para ver qué números salen. Otro tanto sucede en la *lotería*. Y con todo eso, la curiosidad por conocer las

caprichosas combinaciones del ciego *acaso*, mantiene encadenada la atención de los jugadores, y sus nervios en tensión violenta, sobre todo cuando al estímulo de la curiosidad se añade la codicia de la ganancia.

En los *juegos de baraja* tiene asimismo gran parte la *suerte*, aunque interviene también la habilidad; pues, unas mismas cartas repartidas por la fortuna, pueden jugarse bien o mal, y lo propio acontece con el *dominó*.

Otros juegos hay, que dependen exclusivamente de la *habilidad* o del *cálculo*, cuales son el *ajedrez*, las *damas* y, generalmente, los juegos de tablero; pues en ellos se dan las mismas ventajas o elementos de juego a los dos contendientes, y solamente de su destreza depende el éxito del juego. No es, pues, la curiosidad lo que constituye el aliciente de esos juegos, sino la *vanidad* o apetito de la victoria, en que vemos un testimonio de nuestra *superioridad*.

Muy semejante a los juegos de tablero es, en este concepto, el *billar*, aunque en él más importa la habilidad manual, el *pulso*, que el cálculo; por lo cual se le puede poner en el número de los juegos corporales; bien que, entre todos ellos, es, por ventura, el que exige menos ejercicio corporal.

El *denominador común* de todos los juegos consiste, en contener un ejercicio *libre* y no ordenado directamente a la *utilidad*; y en esto se diferencia el *juego del trabajo*. En el juego hay, como en el trabajo, una actividad mental o corporal, un ejercicio de habilidad, con frecuencia una fatiga; pero la diferencia consiste, en que el *trabajo* tiene por fin directo una *utilidad*, al paso que el juego no tiene más fin directo que el *entretenimiento*; por eso también, el que trabaja tiene necesidad de sujetarse a ciertas condiciones del trabajo: el agricultor no puede hacer las operaciones agrícolas que se le antojan, sino las que reclaman las necesidades de la cosecha que pretende y espera; y lo mismo sucede en los demás trabajos. Por el contrario, el juego es esencialmente *libre*;

pues, aunque en muchos juegos se han establecido *leyes*, éstas no nacen de la naturaleza de las cosas, sino de la *libre aceptación* de los jugadores, como se ve claramente en los que llaman juegos al *ganapierde*, donde las leyes del juego se vuelven del revés.

Esa *libertad* es también uno de los elementos que producen el placer del juego. El joven que juega al ajedrez, con un compañero que sabe algo más que él, tiene que resolver problemas más difíciles que cuando estudia una lección de Matemáticas elementales, verbigracia; sin embargo, es probable que la lección le fastidie y el juego le deleite, de lo cual no hay otra causa, en el fondo, sino ser el juego una actividad *libre*, y la lección una actividad *impuesta* o necesaria.

Pero para los jóvenes, a quienes ahora nos dirigimos, tienen también los juegos otro denominador común, que los hace sumamente peligrosos y casi siempre perniciosos; es a saber: el traer consigo una enorme *pérdida de tiempo* y desgaste inútil de las fuerzas, que se necesitan para los trabajos de la formación juvenil.

No negaremos que el *ajedrez* sea un juego noble, y que personas maduras, que no necesitan una actividad mental muy enérgica en el ejercicio de su profesión, pueden lícitamente buscar una distracción en el tablero, con tanto mayor motivo, cuanto el ajedrez se juega casi siempre sin otro interés que el de la victoria. Un médico, por ejemplo, pasa el día en tomar el pulso, mirar la lengua, recetar específicos y dirigir a los enfermos palabras de aliento, para que el mal humor y la impaciencia no acrecienten la enfermedad. Con esto y subir a muchos pisos terceros y cuartos, llega a la noche fatigado, y apetece un rato de distracción en el seno de su familia o en el círculo de sus amigos. Y lo mismo puede acontecer al abogado, que ha estado todo el día oyendo imper tinencias de sus clientes y redactando escritos *de cajón*; y a otros muchos hombres de carrera, cuya profesión no les obliga comúnmente a consumir todas sus actividades

intelectuales. Todos éstos pueden lícitamente dedicar *un rato* al ajedrez o a otro juego de tablero.

Pero ¿es éste el caso del estudiante, del joven de quince a veinte años, que necesita *todas*, absolutamente *todas* sus fuerzas mentales, para llevar con desahogo la carga de sus estudios? ¿Es prudente que ese joven, todavía en la edad del desarrollo, después de un día o una semana pasada en las clases, en las oficinas, etc., se pase la velada o el domingo, sentado frente al tablero de ajedrez o la mesa de dominó, pendiente de los lances del juego, con la respiración contenida por el interés, y la cabeza abrasada por los cálculos, ordenados a vencer en esa lid fútil?

Bueno es que, en tiempo de paz, se ejerciten los soldados en ejercicios violentos para endurecerse, y adiestrarse para la guerra. Pero ¿os parecería bien que, en la víspera de una batalla, se fatigase a los soldados mandándoles hacer el ejercicio? ¡Harto ejercicio tendrán que hacer al día siguiente, batiendo el cobre, dando tajos y mandobles y parando los de los enemigos!

¡De suerte que, no todo lo que es lícito y honesto para los varones adultos, lo es asimismo para los adolescentes; porque os halláis en ese crítico período, donde no hay día que perder ni fuerzas que malgastar! No os olvidéis de las cuentas que hemos echado antes. Aunque no apostéis dinero, si perdéis un día jugando, habéis perdido lo menos *diez duros* irrecobrables. Ved cómo en los pueblos agrícolas se suelen celebrar las fiestas mayores *después de la cosecha*, allá por el mes de Agosto o Septiembre. Entonces danzan los labriegos al son de la gaita y la dulzaina, y se regocijan alegremente; pero en el tiempo de la siembra, ya es otra cosa. ¡Si entonces holgaran y cantaran, como la cigarra en tiempo de la recolección, habrían de bailar en el tiempo del hambre, según justamente dijo la industriosa hormiga!

¡Ese *lustró* irreparable, ese período crítico de los quince a los veinte, no es tiempo de danzar, sino tiempo

de sembrar; y si ahora perdéis el tiempo jugando, luego habréis de lamentarlo llorando, cuando veáis que ha pasado la ocasión del éxito, sin hallaros preparados para asirla por su único copete!

Y si esto hay que decir de los juegos más nobles y



menos peligrosos, ¿qué diremos de los juegos de azar, de los juegos de pura suerte, que encadenan de tan increíble manera los ánimos de los que se les aficianan? En esos juegos conspiran de consuno todos los alicientes del interés: la curiosidad de los lances, el atractivo de la sorpresa, la ganancia que en ellos se cruza; ¡y así se ve comúnmente a los jugadores, inclinado el pecho y exten-

dido el cuello sobre la mesa, con los ojos azorados, el corazón palpitante, la respiración contenida, y todos los sentidos y potencias sobre el maldito *tapete verde*!

¿Qué se puede esperar de un joven que llegue a apasionarse por el juego? A éste hay que darle ya definitivamente por perdido, por muerto para todas las empresas dignas de su edad. ¡Ese ya no es un joven; es un prematuro viejo, un hombre gastado, un cadáver moral!

¡No hemos de cansarnos, pues, en hablar a los *mue*rtos, que no pueden oírnos; pero sí hemos de prevenir a los vivos, que se aparten de ese hediondo contagio! No creo que ninguno de mis lectores vaya a exponerse jugando al monte o a la ruleta, o a otros juegos, no sólo prohibidos por la moral, sino aun por las leyes civiles. Pero sí he de llamar la atención de los jóvenes, sobre el peligro de dejarse arrastrar de la *curiosidad* para asistir como espectadores a alguna de esas sesiones diabólicas.

En más llana materia, he conocido muchos estudiantes, que comenzaron su perdición por acercarse como *mirones* a las salas de billar, a ver cómo un hábil jugador hacía una larga serie de *carambolas*. Después de perder horas y horas en ese espectáculo, vino la tentación de *probar*; y cogido el taco, entró el amor propio, y tal vez los primeros aciertos lisonjearon la vanidad, y el antiguo *mirón* se convirtió en jugador empedernido.

Frente a casi todos los establecimientos de enseñanza, se ven cafés y billares, y en ellos buen número de estudiantes, que entra allá para *esperar* la hora de clase. Pero suena la hora cuando están enzarzados en una partida, ¡y cualquiera deja el taco, para ir a escuchar la pesada explicación de aquel *buen señor*! Por ahí comienzan las faltas a clase; las lecciones, naturalmente, tampoco se estudian; luego se venden en un baratillo los libros de texto, o se juega de antemano el dinero enviado por los padres para comprarlos; y así comienzan esas frecuentísimas y largas historias de estudiantes de nombre, que pasan años y años sin aprobar una asignatura, o

aspirando a la aprobación *por antigüedad* (esto es, a que los profesores *se cansen* de suspenderlos), hasta que se agotan los recursos, o la paciencia de sus familias, y el hijo pródigo regresa al paterno hogar, no a recibir el abrazo del arrepentimiento, sino a empuñar la vara con que vaya a apacentar los puercos. Y si no llega a tanto, se ve condenado a vegetar en un obscuro empleílllo, como secretario de un Ayuntamiento o escribiente de un Juzgado, el que pudo ser juez y magistrado y gobernador, y... ¿quién sabe? Todo, ¡gracias a las carambolas dichasas!

¿No te parece que, quien así juega al billar, hace, sin duda, carambola y *palos*? ¡Pero palos que caen sobre sus costillas; palos donde quedan empaladas sus esperanzas, para afrenta suya y escarmiento de los demás!

ARTÍCULO XVI

“Sports”

Es lástima que hayamos de encabezar este artículo con una palabra extranjera; pero más lástima es todavía, que el asunto de que en él hemos de tratar no haya alcanzado aún carta de naturaleza entre nosotros, principalmente por lo que mira a la formación de los adolescentes.

Justamente designamos con la palabra inglesa *sport*, una cosa genuinamente inglesa también, cuyas ventajas van reconociendo ya todas las otras naciones, y se apresuran a estudiar e imitar; es a saber: los *juegos corporales* o *gimnásticos*, no menos encaminados a recrear el ánimo (y por eso se llaman propiamente *deportes*), que a desarrollar el cuerpo, resarciéndole de la quietud y encogimiento que le imponen los trabajos científicos.

Todo lo que tienen de inconveniente para la juventud estudiosa los otros juegos, de que acabamos de hablar, así porque ponen en peligro sus costumbres, como porque la inutilizan para los trabajos intelectuales, tienen de ventajoso los *sports* o ejercicios gimnásticos; no hechos con la acompasada gravedad de una sala de gimnasia o de esgrima, o de un picadero de equitación, sino acompañados del alborozo propio de los juegos, que sirve para descargar el cerebro y reparar sus fuerzas, no menos que los ejercicios musculares para activar la nutrición de los miembros del cuerpo.

El estudio prolongado, a que los jóvenes necesitan sujetarse, para *sembrar*, en ese decisivo período, lo que

ha de constituir su sustento el resto de la vida, puede fácilmente perjudicar a su salud y desenvolvimiento corporal.

Hemos conocido centenares de hombres, particularmente en España, los cuales, durante el tiempo que han cultivado su inteligencia, han estropeado su estómago o sus pulmones; y mientras adquirían una desahogada posición social, se acarreaban detrimentos en su salud, que no habían de permitirles el goce cumplido de sus éxitos.

Bien sabemos que, en muchos casos, contribuye poderosamente a producir esos resultados, la estrechez, originada de pobreza, con que buen número de jóvenes se ven obligados a cursar su carrera. ¡Esos jóvenes son dignos de nuestras más vivas simpatías e interés, y los quebrantos de su salud, que se muestran luego en el ejercicio de sus profesiones, nos producen el mismo efecto que las honrosas cicatrices de un soldado, que ha tenido que desafiar el fuego del enemigo para tomar por asalto una trinchera, aun a costa de perder algún miembro! Pero otras dolencias, parecidas en la índole física, y muy desemejantes en el origen moral, más bien deben considerarse como vergonzosas, y en todo caso, dignas de prevenirse y evitarse; y el medio más eficaz para ello, creemos se halla en esos *sports* de que estamos tratando.

Las horas largas que un joven necesita permanecer sentado delante de un pupitre de estudio, inclinado sobre el tablero de dibujo, quieto en las clases y bibliotecas, o encerrado en los laboratorios, hacen que poco a poco se le encoja la respiración, disminuya la circulación de su sangre, y por ende, la nutrición de sus nervios, y se debilita su sistema cerebral. ¿Qué remedio se habrá de oponer a ese daño? ¿Por ventura las distracciones sedentarias, las visitas o conversaciones inútiles, las sesiones de ajedrez o de baraja, o las estancias largas en la atmósfera viciada de un café o billar público, saturada de nicotina por el humo del tabaco, y de miasmas orgá-

nicos que exhalan los animales bimanos que allí se amontonan? ;Basta tener ojos, para ver que tales distracciones no alivian el daño, sino antes lo agravan!

Contraria contrariis curantur; un contrario se remedia con el otro contrario. La quietud de las clases, con los paseos rápidos; la falta de oxígeno de las bibliotecas, con el aire puro y fragante de las mañanas en los campos; la congestión de los pulmones, con el ejercicio al aire libre, que distiende el pecho y dilata hasta las últimas vesículas de los bronquios, haciendo circular por ellos alientos de vida; el empobrecimiento del cerebro, con el descanso intelectual y la variedad de imágenes e impresiones alegres, la risa franca, la charla en alta voz, los gritos y el bullicio del juego. Todo esto restablece la energía de la nutrición, aviva la circulación, la inervación de los vasos, la expulsión de los *detritus*, que impurifican la sangre y enturbian las operaciones vitales. Y todo eso se encuentra en una expedición campestre, o en una partida de pelota o de *foot-ball*.

No he de ocultaros que, las ventajas de esos ejercicios, se llevan a la exageración por algunos autores modernos, especialmente ingleses y norteamericanos; pero sus exageraciones son poco peligrosas para los españoles, que estamos, salvo casos aislados, bajo el influjo de una exageración contraria, injerta en nuestras costumbres.

Un escritor angloamericano, contrario a la educación clásica de la inteligencia, llega al extremo de decir, que los *males* (?) que produciría en los ingleses el estudio de las lenguas clásicas, en que pasan su juventud, quedan contrarrestados y compensados por el juego del *foot-ball*, el cual es, en Inglaterra, casi una *institución* escolar. "Lo que hace *hombres* a los ingleses, dice, es el juego gimnástico. Este es el que les da eficacia para pelear las batallas de su país, para extender su comercio por toda la tierra, para legislar, en provecho propio, sobre los pueblos inferiores, para descubrir y desarrollar nuevas naciones".

Ciertamente, esto no pasa de una *andaluzada yankee*; pero lo que no se puede negar es, que los jóvenes ingleses deben al *cricket* y al *foot-ball* gran parte de los colores que hermocean sus rubicundos carrillos, y parte no pequeña de las energías que los hacen aptos para llevar al



cabo empresas industriales, mercantiles y políticas, en provecho propio y para grandeza de su nación. Y esto es lo que han entendido otros pueblos, y lo que quisiéramos nosotros que entendiera pronto la juventud española.

¡No basta tener desarrollados los brazos y las piernas para ser un *hombre*; hay muchos seres bípedos sin

plumas, que a fuerza de jugar a los juegos atléticos, no pasan de ser *hermosos animales!* Cabe también en esto el exceso; pero, como ya he dicho, antes de poder caer en el extremo contrario, es necesario que nuestros jóvenes lleguen al justo medio; que procuren asegurar con sus juegos atléticos el *cuerpo sano*, al paso que con la educación moral e intelectual procuran la *mente sana*, en cuya junta consiste la perfecta formación de la juventud.

No todos los juegos son igualmente a propósito para todos los países ni para todas las estaciones del año, y por eso no se ha de propender a la imitación servil e indiscreta de los juegos extranjeros.

En España tenemos el juego de la pelota, y el menos usado (fuera de algunas provincias del Norte) de la barra, que son muy a propósito para invierno, lo propio que el juego que llaman *de rescate*, el cual tiene la ventaja de admitir partidos donde muchos pueden tomar parte.

Para las regiones menos frías y para tiempo de calor, son muy buenos los juegos de bolos, birlos y tejos, que proporcionan un ejercicio moderado. Mas para que sean higiénicos, deben jugarse siempre al aire libre.

Asimismo se deben contar en el número de los *sports* las excursiones campestres, ascensiones a montes (de que es nuestro país abundantísimo), el ejercicio de remar en botes, la natación, la equitación, las carreras, etc. Por el contrario, deberían suprimirse del todo los juegos peligrosos, sobre todo las *novilladas*, a que son tan aficionados nuestros jóvenes en algunas provincias.

En esos juegos de *sport* está muy bien empleado, para un estudiante, el día de vacación semanal, y una o dos horas más los días de hacienda. En lugar de leer periódicos o novelas, en vez de estarse con la boca abierta mirando jugar carambolas, o hacer centinela en una esquina, hasta ver si alguien se asoma a un balcón, o se coge una pulmonía; sería muy bueno emplear, por lo menos una hora diaria, en jugar a la pelota, a los bolos, etc.,

o dar un paseo por el campo, o por las anchas calles pobladas de árboles de nuestras ciudades modernas.

Y nótese que, si estos paseos son más distraídos cuando se hacen en compañía de uno o dos amigos de inclinaciones semejantes, no carecen de grande utilidad para el que se ve reducido a pasear a solas. Entonces es más fácil aumentar el ejercicio corporal andando a buen paso, y se puede ventajosamente emplear una parte de ese tiempo en recapacitar sobre las lecciones aprendidas durante el día. Los más de los jóvenes adelantan poco en los estudios, por atragantamiento y falta de digestión intelectual; y para ésta es una de las mejores coyunturas el apacible paseo solitario por el campo.

También es de mucho provecho, siempre que las condiciones locales lo permitan, estudiar algunas horas paseando, ya sea en el campo, o en los jardines públicos. Esta manera de estudiar hace que el suave movimiento del cuerpo contrarreste la absorción paralizadora del ánimo sumergido en el estudio, y cuando no se trata de cuestiones muy difíciles, que necesitan entera quietud y sosiego, o ayudarse de escribir o dibujar, lejos de estorbar la asimilación, parece que la ayuda.

De esta suerte, un joven prudente y que no se deja dominar por los afectos desordenados, puede ejecutar una considerable cantidad de trabajo mental, sin detrimento de las fuerzas del cuerpo, ni de su salud y buen humor; lo cual importa no poco para el medro científico y moral, y para llegar con las fuerzas íntegras a la suspirada meta del *éxito*.

ARTÍCULO XVII

Amistades

Dijimos arriba que, el tercero de los móviles que poderosamente estimulan a la juventud adolescente, es *el deseo de amar y ser amado*. Mientras dura la niñez, las necesidades perentorias de la naturaleza imperfecta del niño le hacen esencialmente *egoísta*. El niño desea ser amado, porque necesita ser auxiliado en todas sus debilidades, y sólo ama a las personas de quienes recibe favores o regalos.

Por el contrario, luego que la naturaleza juvenil ha alcanzado el suficiente desarrollo para bastarse, hasta cierto punto, a sí misma, brota en ella un natural deseo de *comunicarse*; un impulso *altruísta*, como dicen ahora; y por eso la adolescencia es la edad de las amistades íntimas y fieles, y el tiempo en que comienza a ejercer su señorío en el alma la pasión del amor.

La *amistad* es el más bello ornato, el más dulce contento, y el más sólido apoyo de la juventud.

¡Oh jóvenes, si conocierais, en esa edad de las comunicaciones ingenuas, cuánto os importa haceros con buenos amigos! Porque en ese tiempo es cuando se traban las amistades verdaderas, las amistades cordiales y desinteresadas. Más adelante, el corazón del hombre se va replegando en sí mismo y en el circuito de su familia propia, y las amistades son más bien *alianzas* entre aquéllos que tienen comunidad de intereses, que no lazos del alma anudados por la conjunción de aspiraciones e ideales.

Pero todo lo que tiene de ventajoso hallar en la mocedad un amigo fiel y *unánime*, tiene de peligroso enlazarse con amigos disolutos, o por lo menos imperfectos, por el influjo, para muchos jóvenes irresistible, que ejercen las simpatías de la amistad.

Las amistades que traban los hombres adultos, suelen ser de mediana importancia, por lo mismo que, como acabamos de decir, son menos amistades del corazón, que *alianzas* de intereses entre las personas a quienes ponen en contacto las circunstancias de la vida. Se ve a cada paso, que se tratan con esa familiaridad, y se consideran ordinariamente como amigos, hombres de sentimientos, opiniones y creencias totalmente distintas. Se reúnen con sus familias en ciertas ocasiones, comen juntos, van juntos al campo, emprenden negocios comunes; pero debajo de esto, cada uno lleva su vida íntima por caminos enteramente independientes y por ventura contrarios.

En los adolescentes no sucede así. La amistad se arraiga entre ellos en el corazón, en la fuente misma de la vida; y el amigo ejerce un influjo poderoso, a veces ilimitado, en las ideas, en las aficiones, en todas las acciones morales... ¡o inmorales! Por eso, antes de trabar amistad, habéis de examinar cuidadosamente las cualidades de la persona a quien vais a abrir vuestra alma, admitiéndole en la intimidad de vuestros afectos.

Y en esta parte, tened por principio inconcuso, que nadie puede ser buen amigo, si no comienza por ser *buena persona*. Esto se puede demostrar *a priori*, pues la amistad no es otra cosa sino el amor de *benevolencia*, el cual consiste en *querer el bien* de nuestro amigo, y *procurárselo* con todas nuestras fuerzas. Ahora bien: el que no es *honesto*, el que no posee esa *bondad racional*, que consideramos en un hombre cuando afirmamos de él que es una *buena persona*; o yerra en el juicio de lo que es bueno, o no tiene fuerza de voluntad para procurarlo eficazmente.

Esta es una verdad de evidencia palmaria. Ese jo-

ven que se os junta a menudo y en quien descubris malas costumbres; que veis que juega, bebe, habla con obscenidad, anda en malos pasos, o sencillamente descuida sus más elementales obligaciones de estudiante, o del oficio que ejercita, una de dos: o hace eso por defecto de la inteligencia, o por vicio de la voluntad: esto es: o cree que su manera de proceder o de vivir es *la que conviene a un joven*, porque *tiempo habrá* más adelante para trabajar, y es menester *dar a la juventud lo suyo*, etc., etc.; o conociendo que su camino es torcido y lleva a la ruina, carece, sin embargo, de fuerza de voluntad para apartarse de él: ve lo que conviene y es bueno, pero no se siente con energías morales para abrazarlo.

Pues bien: digo que, ni en uno ni en otro caso, es capaz de ser verdadero *amigo*.

La demostración es muy sencilla; pues, si tiene erradas ideas morales, creyendo que os procura el bien, os procurará en realidad el mal. O si no tiene fuerza de voluntad para procurar el bien verdadero en sí mismo, ¿cómo se puede imaginar que la tendrá para procurarlo en otros? Pues la amistad es una especie de *comunicación* del amor que nos tenemos a nosotros mismos; por lo cual, el que no se ama suficientemente a sí mismo, para procurarse lo que le conviene, menos se puede esperar que amará a su amigo para buscar eficazmente su bien. De suerte que, o por erróneo juicio, o por flaqueza de voluntad, el que es malo *para sí*, no podrá ser bueno *para ti*. Mas hemos visto que la *amistad* consiste en desear y obrar *el bien del amigo*; luego claro está que esos infelices jóvenes, que viven alejados de toda virtud y honestidad, no pueden ser amigos verdaderos.

Esta es una reflexión que necesitan tener muy presente los adolescentes, pues, su corazón, tierno e inexperto, fácilmente los inclina a *simpatías* que no se fundan en *razón*, y, por consiguiente, no merecerán jamás el nombre de amistades.

Conocéis por ventura muchos jóvenes de vuestra edad,

dotados de cualidades atractivas. La misma juventud es amable, y por ventura se halla enriquecida en ellos con muchas gracias de hermosura, gentileza, ingenio, humor alegre y comunicativo. Bien veis que su conducta es por extremo desordenada; que desatienden todo lo que deberían atender, y pasan la vida en frivolidades: “¡Son *calaverillas*, decís, pero *tienen un corazón de oro!*” ¡Mejor dijerais de oropel; pues debajo de esos dorados, no hay sino vanidad y miseria, cuando no podredumbre y hediondez!

¡Oh jóvenes, no os dejéis deslumbrar por las apariencias! ¡El hombre que no observa las leyes de la honestidad y de la virtud, no puede tener corazón de oro, sino, cuando mucho, de *carne* corruptible, y ya por ventura corrompida! La inconsideración de la juventud no os deja penetrar en todos los misterios de iniquidad que se esconden debajo esas vidas frívolas y risueñas; pero cuando entréis más adentro en el secreto de la vida, os persuadiréis, que esos jóvenes, que corrían por el mundo como por una senda de flores, con la boca llena de risa y los ojos llenos de provocaciones, ¡iban sembrando miles de lágrimas y de dolores insanables! Si lo hacían sin darse cuenta, eran unos *insensatos*; si lo hacían conscientemente, eran unos *infames*; pero en uno y otro caso, eran una verdadera *calamidad social* y un peligro para los incautos que se les acercaban.

Sea, pues, la primera condición de la amistad, y vuestro propósito firmísimo al escoger vuestros amigos, aquella sentencia de la sabiduría popular: *Júntate con los buenos, y serás uno de ellos*; y estad seguros que, fuera del daño inmenso que os hará, en vuestra propia moralidad, el trato con jóvenes disolutos, os será gran tropezco en la carrera social; pues la sociedad, adoctrinada por la experiencia, tiene por criterio aquello otro: *Dime con quién andas, y decirte he quién eres*.

Si las personas graves, de quienes puede depender en gran parte vuestro porvenir, os ven andar en compañía

de jóvenes frívolos y lascivos, formarán contra vosotros un *prejuicio* que no podréis vencer sin un verdadero lujo de virtudes, ¡difícil de esperar en aquéllos que andan en la compañía de los calaveras y se divierten con ella!

Pero después que hubiereis escogido vuestros amigos con esta regla de prudencia divina, sea siempre la *ley fundamental* de vuestro trato amistoso, aquélla que expresaron los antiguos diciendo: *Amicus usque ad aras!* Hay que seguir al amigo, ¡pero sólo *hasta el altar!* esto es, hasta donde se nos ponga delante la *voluntad de Dios*. la ley de la virtud, la regla de la moralidad.

¡El que hace una cosa mala *por amistad*, por el mismo caso quebranta la amistad y la adultera; pues, consistiendo, como hemos dicho, en desear y procurar el bien del amigo, conspira con él para el mutuo daño! Así, pues, como hemos de tener en cuenta nuestro provecho moral, al elegir nuestros amigos; luego que los tenemos, hemos de ser celadores inexorables del bien suyo y nuestro, y hemos de considerar como primera prerrogativa de la amistad, la *verdadera franqueza*, con que hemos de advertir a nuestros amigos, qué cosas no debemos o no podemos hacer, ni aun para darles gusto; pues, consentir el daño de uno, para evitarle un pequeño desabrimiento, es muestra de ceguedad o de maldad, y no en manera alguna de amistad leal.

Y ¡si supierais cuán caros se hacen a sus amigos, aquellos jóvenes que tienen por regla de conducta, no transigir nunca con lo que es mal moral, y, consiguientemente, daño pernicioso del amigo! ¡Ya podrá ser que, en un momento de pasión, os veáis rechazado! Pero en cuanto la pasión se hubiere desvanecido, vuestro amigo os volverá a buscar para daros las gracias por vuestra leal franqueza; reconocerá que habéis sido su *ángel bueno*, que, o le ha tenido para que no cayera, o le ha ayudado para que se levantara de su caída; y en uno y otro caso estrechará su amistad con vosotros y se dispondrá a devolveros el mismo servicio en el día de vuestra ceguedad.

Las ventajas de tener un amigo con quien nos unen estos lazos del amor virtuoso, no se pueden ponderar bastante con palabras humanas, y es menester acudir a las divinas de la Sagrada Escritura. *Bienaventurado el que halla un amigo verdadero*, dice el libro del Eclesiástico (25, 12); y en otro lugar: *Pierde tu dinero por tu hermano y tu amigo* (29, 13); como si dijera, porque vale más que cualquier tesoro. En los Proverbios se dice: “El que desprecia a su amigo es hombre sin corazón” (11, 12); y luego: “Aquél es justo, que no teme sufrir pérdidas en su hacienda por su amigo” (12, 26). Pero el mismo libro dice: “El varón inicuo *lisonjea* a su amigo y le lleva por malos caminos” (16, 29).

ARTÍCULO XVIII

Caballería y quijotismo

La *caballería* es por ventura la institución histórica en que mejor se concretaron las aspiraciones del corazón juvenil, informado por el espíritu del Cristianismo. En ella se encuentra la exaltación del *valor personal*, que no retrocede ante dificultad alguna, y es propia de aquel orgullo generoso, que señalábamos como uno de los estímulos del adolescente; se halla asimismo la noble aspiración a toda *justicia y bondad*, en la aserción de todos los derechos, y defensa de los oprimidos; y junto con esas manifestaciones de *fortaleza*, se hallan también las demostraciones de la más respetuosa *ternura*, que rinde la altivez del caballero, intrépido ante todos los peligros, a los pies del amor y de la belleza.

La *caballería* es una institución histórica que pasó; pero al desaparecer de la tierra, dejó en ella, como inmortal recuerdo de su existencia, la noble condición de la *caballerosidad*. En nuestros días no hay ya *caballeros* de aquéllos que, fiando en el valor de su invencible brazo, salían a la defensa de los inocentes oprimidos, en el terreno de las armas. Pero el ideal y el nombre de la *caballerosidad* designa aún, y seguirá designando mientras queden en la tierra corazones nobles, esa forma de *altruísmo*, a un mismo tiempo fuerte y amoroso, dispuesto a sacrificar los viles intereses de la utilidad y los brutales instintos de la pasión, en obsequio de lo bello, de lo justo y de lo *débil*.

Ese altruísmo generoso se despierta con cierta natu-

ral espontaneidad en el joven cristiano, cabalmente en la edad en que comienzan a levantar cabeza, en su parte inferior y *animal*, los más bajos e imperiosos apetitos de la carne. La adolescencia trae consigo el despertar de las pasiones sensuales. Y ¿qué sería de la juventud, si no se despertaran al propio tiempo en su pecho los sentimientos de *caballerosidad*, que le infunden un respeto casi religioso hacia el sexo que se llama a la vez *débil y bello*? La belleza es capaz de excitar en la juventud las más bajas pasiones; pero ¡para el joven cristiano, viene en auxilio de la belleza la *debilidad*, que le incita a la *defensa* de aquello mismo que los apetitos brutales le moverían a ofender!

¡Oh jóvenes amados ! ¡No se puede negar (y hay que confesarlo con gran vergüenza), que los sentimientos de *caballerosidad* han decaído mucho en esta última época de materialismo; y que, a medida que se entibian en las inteligencias y en los corazones, las creencias y los sentimientos cristianos, la *caballerosidad* desfallece y da lugar con harta frecuencia a la *brutalidad* descarada y sin entrañas, que no se avergüenza de abusar de la debilidad ajena, en busca de los propios deleites animales! ¡Cuán envilecida queda la juventud con esa pérdida! ¡Es tanto como despojarla de la flor de la racionalidad, y entregarla a las fuerzas bestiales que en su parte inferior se despiertan ferozmente! ¡Los hombres que caen en esa degradación, debían deponer el traje de personas civilizadas; debían ceñirse los lomos y la cabeza con plumas de guacamayo, y pintarrajarse el cuerpo con almagre, al estilo de los caribes!

¡Es necesario que la juventud vuelva a alimentar esa generosidad de sentimientos, tan propia de su edad y de la fe cristiana que profesamos; es necesario que se revista de ese religioso respeto a la mujer, que tanto ennoblecía a nuestros antepasados, para quienes el ultraje inferido al sexo débil era más deshonoroso que todas las afrentas imaginables y peor que mil muertes!

Para recobrar esas ideas y sentimientos, desgraciadamente entibiados en nuestra juventud, ayudará la lectura de nuestra literatura clásica, donde resplandece aquella alteza de sentimientos caballerosos; pero, sobre todo, ayudará a los adolescentes, acostumbrarse a respetar con religiosa veneración y ternura a tres mujeres, cuya imagen han de ver en todas las demás: ¡a su *madre*, a su *hermana* (si Dios se la dió), y a la que un día ha de ser la guardadora de su felicidad y de su honra! ¡Y en todas ellas han de mirar, levantando todavía más los ojos, un reflejo de aquella *Mujer divina* que es Madre nuestra, porque es Madre de Dios; cuya belleza, pureza y santidad, reverbera, en cierto modo, sobre todo su sexo, por ella enaltecido!

El joven que pierde el respeto a la mujer, el que se rebaja hasta buscar en la humillación de una mujer el logro de bestiales apetitos, ultraja a su madre, pierde el respeto a su hermana, quebranta la fidelidad, que ya desde ahora debe a su futura compañera, y, sobre todo, ofende, a la *bendita entre las mujeres* y celadora de la virtud de la pureza.

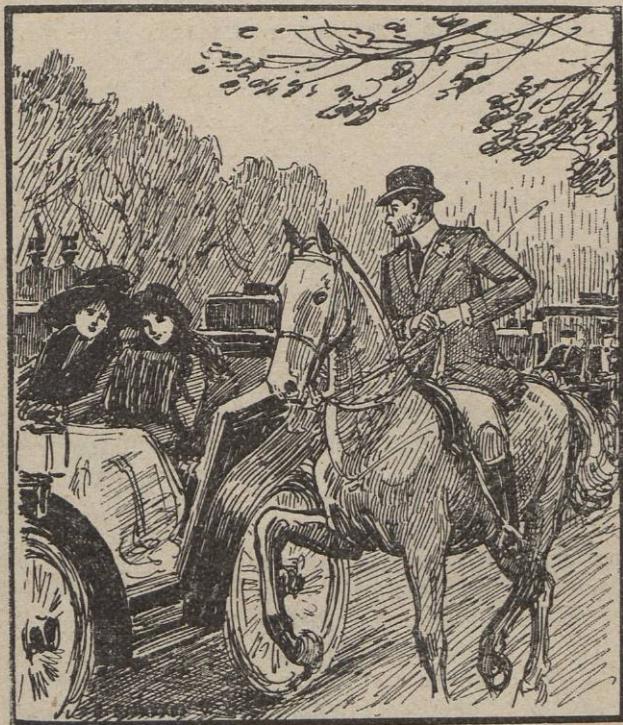
El que abusa, para un vil provecho suyo, de la debilidad de su prójimo, es un *infame* , un *criminal* ; y si bien lo consideráis, en todas las faltas que se cometen contra el sexo débil va envuelta esa manera de criminal infamia.

Pero si el joven formal y honrado ha de huir de esos abominables delitos, no menos se ha de guardar del extremo contrario, de incurrir en un ridículo *quijotismo* .

El *quijotismo* es la parodia de la *caballeridad* . Don Quijote, con el designio de imitar todas las *hazañas* de los antiguos andantes caballeros, se cree en la *necesidad* de buscar una *dama* de quien enamorarse; "porque el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma." ¡Así andan por esos mundos infinidad de muchachos, casi con la leche en los labios, enredados con *noviajos* , de quien están enamorados hasta los

tuéтанos, tan auténticamente como el ingenioso hidalgo de la sin par *Dulcinea del Toboso*.

Esto parece cosa de risa, y frecuentemente lo es; pero no por ello son pequeños los inconvenientes que de ta-



les prematuros, o presuntos, enamoramientos se siguen.

El primero, y no el menor, de esos inconvenientes, está en la enorme pérdida de tiempo; porque es de rigor que los tales caballeretes han de pasar buena parte del día o de la tarde, en *hacer el oso* (una de las frases más acertadas que se hallan en nuestro lenguaje familiar). Es menester acudir a los paseos, trotar las horas muertas

por la calle, o plantarse en una esquina, haciendo el oficio de guardacantón; con todo lo cual, ¡fácil cosa es el imaginar el detrimento que habrá de seguirse a los estudios y ocupaciones precisas de esa edad decisiva!

A los tales enamorados donceles, les quiero yo poner un dilema que no tiene escape. Andando detrás de esas chiquillas, tan casquivanas, si te hacen caso, como tú mismo, una de dos: o te enamoras de veras o no. Si no estás de veras enamorado, y haces todas las boberías que sólo puede excusar el amor, ¡te tengo cogido, en *quijotismo fulminante*, y ya no te falta más sino ponerte a la cabeza una bacía de barbero, y empuñar un lanzón, y salir por esos caminos a detener a los arrieros, para hacerles confesar, mal que les pese, que *Dulcinea del Toboso* es la más hermosa doncella que se lava la cara debajo del sol!

¡Pero si tienes la *verdadera desgracia* de enamorarte tan prematuramente, ya te puedes despedir de hacer en este mundo cosa de provecho! Pues, la pasión amorosa tiene la condición de embargar las ideas todas y sorber los sesos de aquél de quien se apodera, en términos que, estudiante enamorado, equivale a estudiante holgazán, a estudiante que no sabe sus lecciones, y lleva a fin de curso unas orondas calabazas, que poder ofrecer, en lugar de gigantes vencidos, a la *señora de sus pensamientos*.

¡No, querido mío, no! *Distingue tempora et concordabis jura!* No te exijo yo, para abrirte las puertas del éxito, que te hagas ermitaño. Sólo te pido, no yo, sino la sociedad exigente en que has de vivir, que *distingas los tiempos*. Si quieres algún día tener una posición social que ofrecer a la joven que entonces eligieres para compañera de tu vida, es preciso, indispensable, que difieras todas esas caballerías amatorias, por lo menos hasta el fin de ese lustro fatal; ese período crítico y perentorio, en el cual, si no llegas a las cumbres del éxito, pasarlo has muy mal, desprovisto luego de los instrumentos necesarios para desafiar y vencer las contingencias de la

vida y los empeños de la concurrencia, con que en nuestra edad se disputan todos los puestos que valen la pena de ser apetecidos.

Si eres amoroso y sientes la ternura propia de tu edad hacia el otro sexo, piensa que, cuanto más anticipes el principio, más difieres el logro de tus ansias, pues, entras en la senda de esa muchedumbre innumerable de desgraciados que, por no haber aprovechado ese tiempo de la siembra, tienen luego que *sembrar tardanías*, como dicen los labriegos; tienen que sembrar cosechas de rastrojo, sin haber cosechado de antemano el trigo de que se hace sabroso pan. Dejando las metáforas: por haber comenzado el noviazgo a los quince o diez y seis años, no puede formarse un hogar hasta los treinta o treinta y cinco, ¡cuando hubiera sido mucho mejor para ellos y para su futura familia, que se hubieran hallado en situación de constituirlo a los veinticinco!

¡*Distingue los tiempos!* Ese tiempo en que ahora estás, no es el de coronarse de amapolas y pámpanos. Esto vendrá luego, al tiempo de la siega. Ahora es tiempo de labrar la tierra cubierta de escarchas, para esconder en ella los fecundos granos de que brotarán más tarde las rubias espigas. ¡Pero si pasas esta sazón de sembrar, cantando como cigarra, al pie de la reja; ¡ay! temo que esa misma *Dulcinea* a quien cantas, te mandará *a bailar*, cuando vea, en el verano, que no has cosechado sino ilusiones y amorosos desvelos.

Además, aunque es verdad que en esto no hay leyes absolutas, es cierto que la felicidad del hogar exige, de ordinario, que la mujer sea notablemente más joven que el varón. Aristóteles, atendiendo a las condiciones físicas, requería *veinte años* de diferencia. Nosotros hemos visto los matrimonios más felices, entre cónyuges que se llevan *diez años* de edad; y en general, no vacilamos en exigir, por lo menos, *cinco años* más en el varón, para asegurar la paz prolongada del matrimonio.

Ahora bien: teniendo tú actualmente quince años, *tu*

media naranja no ha de tener al presente más de cinco a diez, y si te atiendes a la opinión de Aristóteles, ¡todavía tardará cinco años en nacer! ¡No lo tomes a guasa! Es muy probable si atiendes a la disposición suave de la Divina Providencia, que la joven que puede hacer un día tu dicha, es ahora una niña insubstancial, de quien no harías caso ninguno, y que, de todas maneras, no estaría en disposición de estimar tus caballerescos merecimientos.

De donde se sigue que, si desde ahora andas en pasacalles y amoríos *imaginarios* (pues hágote saber, que apenas están enamorados *auténticamente* el 5 por 100 de los que lo imaginan), estás perdiendo miserablemente el tiempo que necesitabas para labrar tu porvenir; lo estás haciendo perder a esa *desesperada* que hace caso de tal mequetrefe como tú, y te expones a contraer compromisos con una joven que no te conviene, entre otras cosas, por ser de edad para ti excesiva. De donde resultará que, las más de las veces, todo eso parará en agua de borrajas, con detrimento de ambos; pues tú habrás perdido el tiempo de tus estudios, y esa joven la ocasión de colocarse con quien Dios le destinaba (que seguramente no eras tú); y si no viniere a tiempo este desengaño, estáis ambos a pique de haceros irremediamente infelices, con un matrimonio prematuro, desigual e inconsiderado.

¡Líbrate, pues, de todos esos daños, riéndote de los innumerables quijotillos que andan por ahí a caza de un catarro, y guardando tu corazón para mayores aventuras, luego que hayas alcanzado el éxito de tu juventud, que es lo único que por ahora te urge!

ARTÍCULO XIX

El gusano roedor

En las comedias antiguas, todo galán solía llevar su escudero o lacayo, y toda señora su indispensable doncella; y mientras los señores se hacían el amor por lo fino, con todas aquellas metafísicas de la galantería clásica, los criados se requiebaban con la grosería aneja a su rusticidad o mala crianza.

Algo parecido acontece en las amorosas pretensiones de los jóvenes, en las que, si el alma se pierde en el platonismo más vaporoso, el cuerpo, que no pasa de ser un grosero lacayo; la carne, que no es más que una vil fregona, suelen sacar para sí excitaciones inmundas, que conducen a menudo a los más abominables pecados.

Y ésta ha de ser otra poderosa razón, por qué los jóvenes de poca edad, y generalmente los que no se hallan en estado de poder contraer próximamente los sagrados vínculos del matrimonio, deben alejarse de todas las ocasiones que pueden servir para irritar su sensualidad, que harto se despierta con el solo influjo de los juveniles años.

Este peligro he dejado para el último lugar, al recorrer algunos de los muchos que pueden conducir a los jóvenes de vuestra edad al fracaso, y no me detendré en señalarlo sino brevísimamente, porque enseña la prudencia, por boca de los maestros de la vida cristiana, que hemos de huir de todo lo que pertenece a la liviandad, con tal diligencia, que ni para condenar sus excesos nos es lícito detenernos en ella.

Por la misma razón, debe la juventud evitar cuidado-

samente las conversaciones con los compañeros acerca de tan resbaladizas materias, en las cuales todos los jóvenes son *inexpertos* o *mal experimentados*; y asimismo se debe huir de la lectura de ciertos libros *híbridos*, de que se han escrito recientemente buen número en idiomas extranjeros, y se han traducido al castellano algunos; parte *desaprobados* por nuestra Santa Madre la Iglesia, y *ninguno*, que sepamos, aconsejado por quien tiene competente autoridad para hacerlo.

De estos asuntos sólo pueden tratar, con ventaja y sin peligro, los moralistas y los médicos; y los jóvenes, en vez de leer semejantes libros, deben buscar el consejo de sus padres y directores espirituales, y, si en algún caso fuere necesario, el de un facultativo de reconocida competencia, y *virtud*; pues, no faltan galenos de poca ciencia y menos conciencia, que den en esta materia consejos abominables y verdaderamente criminales.

En resolución, *pocas ideas* bastan a los jóvenes de vuestra edad para combatir con un enemigo, con quien nadie, de cualquiera edad o condiciones que sea, puede pelear seguramente sino huyendo; pues, es de tan sutil y pegajosa naturaleza, que, quien se traba con él para derribarlo, difícilmente dejará de quedar por lo menos tizado, si no queda totalmente vencido.

Lo que importa mucho es penetrarse bien de la *suma necesidad* que tiene la juventud de evitar los asaltos de este peligroso enemigo, y acerca de eso vamos a indicar brevemente algunas ideas principales.

El vicio sensual se ha llamado con gran exactitud, el *gusano roedor* de la adolescencia, y aun podemos aplicarle con particular propiedad este calificativo, cuando consideramos a la juventud dirigiéndose animosa a la conquista de los *éxitos* sociales.

Ya lo hemos dicho antes, y conviene repetirlo a menudo: el *éxito* es una cuestión de *fuerza*; de fuerza *física*, porque sin salud y vigor corporal, es muy difícil llevar hasta el cabo los trabajos necesarios para conquistar una

posición en la empeñada lucha que caracteriza nuestras sociedades modernas; de fuerza *intelectual*, porque es menester agudeza de entendimiento para competir con tantos y tan despiertos rivales; y de *fuerza moral*, sobre todo, porque ésta es la que en definitiva rinde la fuerza física y prevalece sobre la inteligencia, cuando se hallan destituídas de la constancia, propia sólo de la virtud.

Pues bien: el vicio sensual roe las fibras todas de la fortaleza juvenil; por eso es, con toda verdad, el gusano roedor de sus éxitos.

Y comenzando por la *fuerza moral*, ¿qué energías ha de tener para el trabajo, para la lucha y la victoria, la voluntad envilecida con la costumbre cotidiana de las derrotas más vergonzosas? Suele acontecer en la guerra, que, cuando un ejército ha experimentado una serie de reveses, se apodera el desaliento aun de los más robustos y esforzados, y el estampido de los primeros disparos enemigos infunde un pánico irresistible, que decide la derrota aun antes del combate. Lo propio acontece a la voluntad acostumbrada a sucumbir, la cual pierde sus aceros, y se hace incapaz de los generosos arranques.

Sobre todo, que el joven sensual sucumbe vergonzosamente ante un enemigo vil y despreciable; ante un enemigo que no le puede prometer sino un deleite grosero, momentáneo, vergonzoso, que hay que ocultar a los ojos de Dios!

Quien un instante considera toda la bajeza e infamia que va envuelta en esos pecados; el odio de Dios, el desprecio y asco de los hombres, que obliga a esconderse, aun a los más desenfrenados, para perpetrar esas ignominias; quien esto considera, y piensa al mismo tiempo, que el sensual se rinde cotidianamente, por costumbre, a tan mezquino tirano; no podrá dejar de maravillarse, con desprecio y lástima, del extremo de debilidad en que ha tenido que caer la voluntad de quien así se arrastra por el lodo. Pues de esa voluntad, ¿podremos prometernos esfuerzos generosos? De quien no sabe privarse de un de-

leite tan bajo, ¿podremos esperar que se someta a esfuerzos penosos para disputar la palma a sus adversarios, que se afanan en el trabajo? ¡Crear esto, valdría tanto como imaginar que las cañas y los juncos, que se doblegan a la más leve brisa, iban a sostener el empuje de los huracanes, que tronchan los pinos y hacen estremecer los robles!

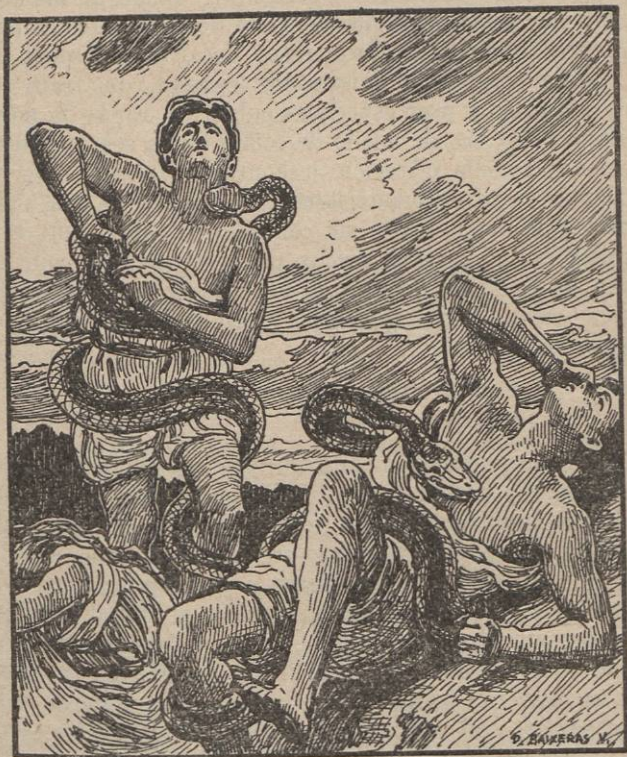
¡No; rendirse a la sensualidad es rendirse a la tiranía más envilecedora de los apetitos bestiales; y de quien se ha sujetado a tal servidumbre, es tontería esperar ningún esfuerzo generoso! Por eso los moralistas que tratan de la redención de la juventud caída en tales miserias, dan como único remedio para salir de ellas, la fuerte *gimnasia de la voluntad*; pues, el efecto de esas caídas es enflaquecerla, y si no se la robustece con ejercicios fuertes, es imposible habilitarla para la práctica de la virtud.

Pero no menos que las de la voluntad, roe este gusano las fibras de *la inteligencia*, y esto hace de dos maneras. En primer lugar, porque es un hecho reconocido, que el vicio sensual tiene por efecto debilitar la memoria y quitar su brillo a la inteligencia; y, por otra parte, llena la imaginación de fantasías torpes, e infunde pereza y disgusto por todo lo que no sean sus bestiales placeres.

Los médicos enseñan que, por esos vicios abominables, se despoja al cuerpo impuro de las sustancias que más directamente contribuyen a la nutrición y reparación del cerebro; y así se explican los dos efectos indicados: que quien desperdicia esas sustancias vitales en el vicio, se sienta sin estímulo para las funciones enérgicas del entendimiento; y que, a la larga, por la falta de nutrición cerebral, se venga a perder la misma aptitud para el estudio, sobre todo la tenacidad de la memoria; pues la memoria es una facultad orgánica, y cuando el órgano está mal nutrido, no puede menos de resentirse en sus operaciones.

Finalmente: además de minar rápidamente la salud

y fuerzas físicas del cuerpo, el vicio sensual lo expone a casi inevitables y funestísimas enfermedades. Aquí quisiera yo poner a los ojos de la mal aconsejada juventud, que corre tras los momentáneos deleites de la impureza,



los tumores hediondos, las llagas purulentas que consumen los miembros de tantos infelices contagiados por esa peste deshonrosa, que hizo Dios, en justo castigo, suerte ordinaria de los lujuriosos. ¡No les reserva Dios todo el infierno para la vida futura, sino dales ya en ésta una anticipación de sus tormentos y afrentas, para que les

sirva a ellos de estímulo para arrepentirse, o, por lo menos, sirva de saludable escarmiento a los demás!

¡Ah! Yo he visto a alguno de los jóvenes que habían sido mis compañeros y mis discípulos, a quienes había conocido con la salud más floreciente y llenos de las más halagüeñas esperanzas, los he visto después infectos con esa lepra de maldición, asquerosos, decalvados y sobre todo, desterrados, como miserables leprosos, del trato social, obligados a usar especiales cubiertos, ropas de mesa y alhajas de casa, de miedo de comunicar a sus parientes y criados aquella infección deshonrosa. Los he visto en la flor de su juventud, tristemente destinados a una vida solitaria de sufrimientos sin consuelo, y, sobre todo, torturados por el *gusano roedor* de la conciencia, que les ponía de continuo delante de los ojos la *necia y bestial* imprudencia con que se habían precipitado en aquel abismo de males...

¡Por un grano de trigo!

¡Oh, cara golosina!

Pero no paremos en esto nuestra consideración, sino extendámosla un poco más allá. Extendámosla a las enormes responsabilidades que pesan sobre la conciencia de los tales, por el daño inmenso que hicieron a sus cómplices; por el escándalo que dieron a sus compañeros; por la herencia fatal que legan a sus hijos, si el mal no toma tales caracteres que les impide a tiempo formarse una familia, condenándolos a un celibato vergonzoso, ¡a ellos, que no tuvieron bastante continencia para esperar a la edad adulta, y al tiempo en que un santo enlace les diera las únicas satisfacciones legítimas de la naturaleza y de la familia!

¡Escarmentad en éstos ¡oh jóvenes! para que no tengan que escarmentar otros en vuestras desdichas!

PARTE SEGUNDA

ARTÍCULO XX

Orientaciones

En los artículos precedentes no hemos hecho más que señalar a los jóvenes, por cuyo porvenir nos interesamos, los *desvíos* que pudieran apartarles del *éxito* de sus afanes y de sus esperanzas. Esos desvíos pueden nacer, como hemos ido viendo, del torcimiento de sus propios naturales impulsos.

La misma fuerza del vapor, que conduce rápidamente un tren hacia su destino, es la que le hace descarrilar, y despeñarse en los mayores abismos. ¿Qué diferencia hay, entre un tren que va aceleradamente a su término, y el que descarrila y se despeña? ¿Está, por ventura, esa diferencia, en la cantidad de vapor y de energía de la máquina? ¡No, por cierto, sino en seguir o no seguir la dirección que le marcan los rieles! Así acontece a la juventud.

Casi todos los jóvenes, por lo menos en ese período, a un mismo tiempo crítico y feliz, de los quince a los veinte años, lleváis en el corazón *vapor suficiente* para conducirnos al término de vuestros anhelos: al puerto del *éxito*. ¿Por qué no llegan, tantos y tantos hombres, a ese puerto deseado? No suele ser por falta de energía, sino por falta de *orientación*; porque sus energías toman una dirección torcida, empleándose en cosas fútiles o perjudiciales.

Esas energías, ese *vapor* con que habéis de hacer vuestro camino, son aquellos mismos estímulos naturales, cuyos desvíos hemos considerado. ¡El mismo orgullo generoso, que hace desear la *virilidad*, y que tantos necios tuercen empleándolo en *hacer el hombre*, en lugar de esforzarse por llegar a serlo verdaderamente; la misma sed de saber, de que tantos abusan en los objetos de una vana curiosidad; las ansias de amar y ser amados, que a tantos precipitan en pavorosos despeñaderos; esos estímulos, decimos, son las energías, *el vapor* que, bien dirigido, os ha de dar impulso para llegar al término feliz de vuestras aspiraciones!

Ese generoso orgullo os ha de hacer levantar la mira de vuestros designios, no precisamente (como arriba dijimos) para aspirar a los pináculos de la sociedad, pero sí para impulsaros a elevar la *función social*, que os haya cabido en suerte, al más alto grado de perfección y ennoblecimiento posible. Ese anhelo de saber ha de ser el *instrumento* de que os valgáis para habilitaros al desempeño de todas vuestras obligaciones e incumbencias; y ese deseo de amor os ha de mover a buscar la felicidad de vuestra familia: de la que poseéis, y de la que en su día os habréis de formar, para ofrecerle las ventajas y las dichas que de antemano habréis conquistado para ella. ¡Veis ahí, cómo los mismos estímulos que arrastran a tantos jóvenes al precipicio del fracaso, han de ser las alas que os eleven a vosotros hasta las cumbres soleadas del éxito! Pero para esto necesitáis, ante todo, *orientación*, como el tren necesita rieles por donde deslizarse rápidamente, sin peligro de choques ni descarrilamientos.

Lo primero, pues, que hace falta a la juventud de vuestra edad; el primer problema que ha de resolver en ese período verdaderamente crítico de la vida, es *orientarse* hacia un fin particular. No solamente hacia aquel *fin humano* a que hemos hecho antes referencia, el cual ha de ser uno mismo para todos, y el Catecismo de la Doctrina cristiana nos dice cuál ha de ser: *amar y servir a*

Dios en esta vida, para poseerle y gozarle en la otra; sino dentro de este fin humano, es menester que se oriente la juventud hacia su *fin social*; que busque y halle el lugar en que ha de servir a Dios en esta vida; la *función social* en que ha de ser de provecho para sí y para los demás; para expresarnos con una frase familiar: ¡*el pito* que ha de tocar en esta orquesta de la Humanidad!

“¿*Qué pito toca* ese individuo?”, decimos vulgaramente, para expresar nuestras dudas acerca de la utilidad social de un hijo de Adán. Esa es la pregunta que yo te debo dirigir ahora a ti, amado lector: ¿*Qué pito tocas* en esta charanga de la milicia humana? O ¿es que hasta ahora no has pensado que hayas de tocar instrumento ninguno, y te has limitado a correr delante de la música, como hacen los niños callejeros cuando pasa la tropa; o te has estado parado, mirando a los que tocan, y a los que marchan al compás de las charangas militares? ¡Oh amigo mío! ¡Los que se están parados mirando el paso de un ejército que marcha al son de sus bélicos himnos, éstos no van a la victoria ni podrán reclamar parte alguna en el botín de la batalla! Hay que ponerse, por lo tanto, en fila ¡y *tocar algún pito!* Por consiguiente, hemos de comenzar por escoger ese instrumento que nos está bien y más nos hace al caso.

Este es el gran problema de la *elección de estado*, que se propone al joven al llegar a la edad en que te hallas ahora. Hasta ahora no eras más que un niño, y la única incumbencia del niño es irse despojando poco a poco de los pañales con que le tiene atado la niñez. Ahora has alcanzado ya la primera etapa del desenvolvimiento varonil: posees las fuerzas corporales e intelectuales para comenzar tu trabajo en orden al desempeño de una función social. ¡Es necesario, pues, que determines sin tardanza, qué función va a ser ésa!

¡Problema difícil para la juventud contemporánea, cual no lo había sido en el mundo para los jóvenes de ninguna otra época histórica! Por una parte, ya lo he-

mos dicho, hoy no existen en la sociedad barreras infranqueables, ha desaparecido todo vestigio de castas y aun de clases hereditarias. Todos los puestos, todas las funciones sociales están patentes al talento, a las aptitudes y a la constancia. No que todos sean para cada uno, ni que cada uno sea para todos; pero es cierto, que ninguno se veda a quien tenga las dotes de la naturaleza que le hacen excelente para su desempeño.

Sin embargo, en medio de esa constitución, *en principio* totalmente democrática, de nuestras modernas sociedades, no deja de haber *circunstancias* exteriores e independientes de la voluntad del individuo, que, si no le *destinan*, le hacen más indicado para unas profesiones que para otras. Tal es, en primer lugar, la *profesión paterna*.

Sea lo que quiera del *influjo hereditario* que puedan transmitir a los hijos los ejercicios y cualidades adquiridas en su profesión por los padres, hay, por lo menos, la que en otro lugar (1) hemos llamado *preeducación*, que dispone con alguna especialidad a un joven para dedicarse a la profesión que ha visto practicada en su casa, con cuyos objetos se halla familiarizado desde la más tierna infancia, en cuya práctica le pueden instruir sus padres mejor que en otra alguna.

Los padres son los *educadores natos* de sus hijos, y la enseñanza de una profesión es de suyo parte de la educación paterna. Ahora bien: los padres no pueden de ordinario enseñar a sus hijos otra profesión sino la que practican. En ésta pueden darles, no ya una instrucción teórica, sino lo que vale mil veces más, una introducción práctica, enseñándoles a vencer todas las dificultades que la experiencia de cualquiera profesión ofrece, particularmente transmitiéndoles sus secretos, o, por lo menos; su *tradición profesional*; y dejándoles al morir, o cesar en el trabajo, *los instrumentos* de él; y de ahí nace otra ra-

(1) *La Educación moral*, núm. 5, sig.

zón que persuade a los hijos, por regla general, a adoptar la misma profesión de sus padres, y que puede ser casi decisiva en determinados casos.

En medio de la *competencia* ruda con que la juventud se disputa actualmente todos los puestos de la sociedad, desde el más humilde hasta el más empinado, tiene inmensa ventaja el joven que se encuentra, digámoslo así, *hecho el nido*; se encuentra con un taller montado y acreditado, con una tienda puesta y provista de artículos y parroquianos, con un *nombre* profesional conocido en más o menos extenso círculo. Todas esas son ventajas que no pueden alcanzarse sin gran consumo de energías, y, por consiguiente, no se deben abandonar sin mucha consideración, cuando Dios nos las ha deparado.

Esto no quiere decir, que hayamos de volver al antiguo sistema, y que, sin más elección, el hijo del carpintero haya de ser forzosamente carpintero, y el del sastre, sastre, etc. En primer lugar, actualmente hay muy poca estabilidad, aun dentro del ejercicio de las profesiones; y si el hijo tiene menos aptitud que su padre, a pesar de heredar su nombre y su oficio, es probable que vendrá a menos, por la lucha incesante en que le empeña la concurrencia de otros aptos. Por otra parte, hallándose todos los caminos abiertos, no hay ahora la antigua razón para que, *sin elegir*, se siga el camino que nos trazaron nuestros padres. Si el hijo del herrero puede llegar a ser un músico como Mozart o Beethoven, sería absurdo hacerle renunciar a la batuta y tomar el martillo, por la sola razón de ser éste y no aquél el instrumento paterno.

Pero aunque hemos de tener en cuenta estas condiciones, no hay que perder de vista lo que enseñó a los antiguos la misma naturaleza de las cosas, y *ceteris paribus* — en igualdad de las otras condiciones —, el que tiene padres que pueden dejarle un taller o una tienda, u otro negocio *entablado*, ha de considerarlo mucho, antes de abandonarlo para emprender otro camino, el cual no

siempre dirigirá a un término más alto, aunque sea en sus principios más cuesta arriba.

En esto apenas se puede insistir bastante, en particular por lo que mira a los hijos de artesanos que han hecho alguna fortuna. No basta que el albañil o el zapatero haya economizado lo suficiente para dar a su hijo la carrera de abogado, pongo por caso; pues, las más de las veces, ese abogado zapateril se quedará sin pleitos y sin zapatos.

De suyo, y salvo circunstancias extraordinarias, de que nos haremos cargo más adelante, el hijo de un artesano afortunado puede aspirar con grandes ventajas a ser *industrial* de ramo parecido, para lo cual le ayudará, no sólo el caudal, sino, sobre todo, la *experiencia* de su padre y los mismos conocimientos en el oficio paterno, que convendrá aprenda en su niñez. Y con esto se evitará también, que el *legisperito* se empache por ventura cuando en el círculo de sus relaciones curialistas se muestren las manos paternas, encallecidas en el honrado trabajo del becerro y la suela.

¡Gran cosa es la *evolución*; pero todas las *revoluciones* van acompañadas de desastres, y la Naturaleza nos enseña el *progreso*, pero no el *salto*! ¡Aspiremos, pues, a mejorar nuestro porvenir, pero sin romper con nuestro pasado; pues esta *continuidad* de nuestro desenvolvimiento, será prenda de doméstica felicidad y garantía sólida del éxito!

ARTÍCULO XXI

Poderoso caballero

...es *Don Dinero*, y en medio de las ruinas de todas las antiguas instituciones, sólo este señor ha conservado incólumes sus privilegios, y aun los ha aumentado, por efecto de la supresión de todos los demás. Por consiguiente, a pesar de los grandes alardes igualitarios y democráticos de la sociedad en que vivimos, no es posible todavía (ni lleva trazas de serlo en mucho tiempo) perder de vista las consideraciones que reclama esta potencia social contemporánea.

En el artículo anterior nos hemos fijado ya en una circunstancia de las que se deben tomar en cuenta para elegir la profesión de los jóvenes, la cual pertenece en parte a este capítulo de la fortuna paterna. Un taller, un comercio, un negocio entablado, *es dinero*; pero dinero inamovible, o sea, una forma de capital que no es posible emplear arbitrariamente, sino ha de utilizarse en la única posible forma, que es la *continuación* del oficio o negocio de la familia.

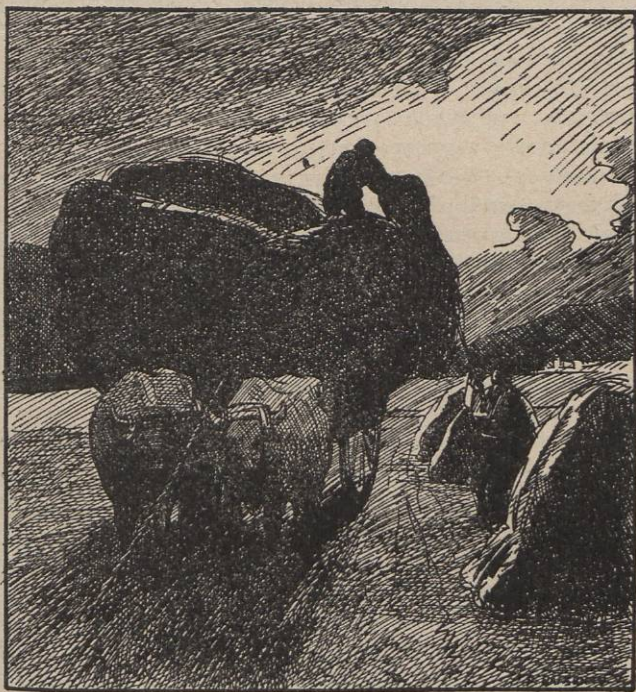
En condiciones algo semejantes se hallan los hijos de los hacendados o poseedores de propiedad agrícola, cuando ésta no es muy extensa. Aun los propietarios territoriales dueños de grandes fincas, de cuyas rentas viven sin tener necesidad de atender por sí mismos a su cultivo, deberían dedicar a uno o más de sus hijos, no contradiciendo otra vocación determinada de ellos, a la Agricultura (y dígase lo mismo de la Ganadería, industrias agrícolas: Vinicultura, elaboración de aceites, con-

servas, etc). De esta manera de proceder se seguirían varios provechos. El primero, la prosperidad de las familias, y por ende, del país, estando sus negocios mejor dirigidos; con lo cual, la Agricultura y las artes con ella relacionadas, progresarían mucho más, recibiendo el impulso de una juventud ilustrada con superior formación, cual podría procurársela el hijo de un rico propietario. Y por otra parte, esos mismos jóvenes fundarían con más seguridad un porvenir feliz, para sí y sus futuras familias, teniendo esa base, en vez de lanzarse al inseguro pié-lago de las nuevas orientaciones y a la concurrencia general de la vida económica.

Por ejemplo: tengo yo un amigo, hijo de un propietario rico, que en su juventud se distinguió bastante en los estudios especulativos. Aquel joven pudo, sin duda, ser un buen abogado, un buen matemático, o seguir, a su arbitrio, otra cualquiera de las carreras facultativas. Pero no lo hizo así; antes bien, luego de haber terminado unos cuantos años de estudios científicos, se retiró a su casa para vivir al lado de su padre; estudió la elaboración de los vinos, a que éste había comenzado a dedicarse; fué una temporada al extranjero para aprender lo que allí se hacía, y por este camino llegó a establecer una de las principales industrias vinícolas de nuestro país. ¿No es más seguro, tranquilo y ventajoso este camino, que haber emprendido, verbigracia, la carrera diplomática o la de Medicina?

Una de las causas del atraso en que se hallan en nuestra nación las industrias, particularmente las que versan sobre la elaboración de los productos naturales, en que nuestro país es tan rico, es no haber seguido estas orientaciones los hijos de los propietarios rurales. Al contrario: han querido ser abogados; se han alejado para eso de sus fincas, y con frecuencia han hecho que se alejaran de ellas sus familias, que han preferido acompañarlos a la capital, a dejarlos en las incomodidades y peligros de una casa de huéspedes; luego han venido a aficionar-

se a la vida ciudadana los padres y los hijos; de donde han nacido dos daños incalculables: el de llenar nuestras capitales de familias que no tienen otra cosa que hacer allí sino comer las rentas de sus fincas; y el de dejar éstas a merced de ignorantes colonos o arrendatarios, con



perjuicio de la Agricultura (que ha seguido en sus rieles rutinarios), y atraso de las industrias agrícolas, que no han obtenido el desarrollo que se podía esperar de dueños inteligentes.

¡Jóvenes que me leéis! a vosotros os he de dirigir aquella frase de Virgilio: “¡Oh afortunados, si conocieran sus bienes, los agricultores!” ¡Cuán felices podríais

ser, ya que la Fortuna benigna os favoreció dándoos en herencia un pedazo de esa tierra, empapada con los sudores de nuestros antepasados! ¡Si la trabajarais con amor, si buscarais la manera de acrecentar su producción por medio de los adelantos de la Agricultura, de la Ganadería y, sobre todo, de las industrias que tienen por objeto la elaboración de los productos naturales (aceites, quesos, frutas, minerales, etc.), vosotros viviríais felices, lejos del choque violento de esa concurrencia de los desheredados, agravada por los herederos desorientados; veríais crecer y prosperar vuestras familias en el salúfero ambiente de los campos, y tendríais la satisfacción de haber contribuído con vuestros esfuerzos a la prosperidad de vuestro país natal y al esplendor de vuestra patria! ¡Si en vez de esto os vais a la ciudad; si corréis tras otras profesiones (fuera de casos singulares de vocaciones extraordinarias), cometéis una verdadera apostasía de vuestro país, y en el pecado llevaréis la penitencia, perdiendo por vuestra sandez, la herencia de ventura que os estaba destinada!

Con eso no queremos decir que no deban estudiar los hijos de los propietarios rurales; que no deban salir una temporada de su pueblo, y aun de España, para ensanchar sus ideas y aprender los adelantos que hallarán en otras partes. Pueden seguir una carrera facultativa, por ejemplo, la de ingenieros agrónomos o industriales, etc. Pero ¡basta ya de esa estólida rutina de hacer *abogados*, sin vistas al ejercicio de la abogacía, a todos los que tienen renta para vivir sin trabajar! Ya sé que en eso influyen dos razones, poderosas para los tontos: una es la *facilidad* de esa carrera; pues, naturalmente, *lo que poco vale, poco cuesta*; ¡pero todavía se pierde la diferencia! La otra es la bambolla insensata de decir que el hijo del agricultor es *un joven de carrera*. ¡Qué carrera ni qué calabazas! (¡Y puede que también las haya habido en la *carrera*!) La *carrera* de un hombre es su *desenvolvimiento intelectual y social*, no un título vano, un papel

mojado, que nada representa, ni para nada sirve al feliz poseedor de viñas y olivares.

El *valor* del hombre está en la cantidad de energía moral, intelectual y física, que encierra en su pecho, no en uno o varios títulos académicos, que no representan *efectividad* ninguna, como quiera que el que los tiene, o nunca supo lo que ellos indican, o si lo supo y no lo ejercitó, vino a olvidarlo completamente. Pero ¿vale la pena de pasar los más floridos años de la juventud en los claustros de las Universidades, para adquirir ese papel inútil? Cuya adquisición ¡quisiera Dios que no importara sino la pérdida del tiempo y el dinero! pues lo más ordinario es que esos *malos estudiantes* pierden, al propio tiempo, los hábitos del trabajo, el amor a la vida del pueblo, y tras eso la moralidad y las buenas costumbres.

Lo mismo que decimos de los hijos de propietarios rurales, se debe extender a los que pueden esperar de sus padres un capital más o menos cuantioso, o una industria establecida, una fábrica, etc. Todos éstos conviene que, al elegir su profesión, procuren armonizarla con los elementos que Dios les ha deparado, para sacar de ellos el mayor partido posible, en bien suyo, de la sociedad y de la patria.

Pero después de haber considerado esta determinación, que puede proporeionar a la vocación de muchos jóvenes el *dinero que se posee*, hemos de decir algo del efecto que ha de producir, en la elección profesional de otros muchos, el *dinero de que se carece*.

Hay en nuestro país un número verdaderamente enorme de jóvenes, que comienzan carreras facultativas, enteramente destituídos de bienes de fortuna. Sobre todo, si sus padres viven en una ciudad donde pueden hacer los estudios sin notable dispendio, o si tienen algunas economías que les permiten sostener a sus hijos en la Universidad el tiempo necesario, creen muchos hijos y padres, que el camino mejor es el de las carreras científicas. Esta consideración puede tener alguna parte de

verdad; pero lleva también envuelto un peligro, que puede ser origen de la miseria extrema de esos hijos, en cuyo favor hicieron sus padres sacrificios penosísimos.

Es verdad que las carreras facultativas son un medio con que los jóvenes destituidos de fortuna pueden abrirse camino a los puestos elevados o decorosos de la sociedad; pero para ello es necesario, o que tengan talentos verdaderamente extraordinarios, o que cuenten con algún desahogo para poder continuar su carrera, *después* de terminados sus estudios.

Por no tener en cuenta estas consideraciones, hay un número increíble de jóvenes, que ni pueden llevar adelante la profesión científica que eligieron, ni están ya a tiempo para volver atrás y abrazarse con un oficio mecánico. He aquí lo que acontece:

Un labrador, o un artesano, emplea todos sus ahorros (los labradores llegan con frecuencia a empeñarse) para proporcionar a uno o dos de sus hijos una *carrera*. Pero en el punto en que la carrera se ha terminado, quedan asimismo agotados los recursos paternos para continuar sosteniendo al hijo. ¿Qué hace éste entonces? Tiene que meter en un cajón el título de abogado o de licenciado en Letras o Ciencias, y buscar una colocación donde ganar el pan que su padre no puede ya seguir suministrándole. Esta es una de las razones, por que se hallan tantos abogados en las Secretarías de Ayuntamientos rurales, como simples escribientes en las oficinas, en las oposiciones a Correos o Telégrafos, y en otras muchas profesiones aún más humildes, para cuyo ejercicio, ni es necesario, ni se ve qué utilidad haya de tener el quinquenio o sexenio pasado en la Universidad, gastando los pocos recursos que podía ofrecerle la familia, y que, por este modo, vienen a resultar totalmente perdidos.

Yo sé bien que, la mayor parte de las veces, los doctores o licenciados que ejercen los más ínfimos empleos, *no sirven para más*, gracias a la holgazanería o falta de talento con que cursaron ciertas facultades, donde todo

el mundo llega al grado, por muy zoquete o desaplicado que sea. Pero hay otros muchos casos, de jóvenes de regular talento y aplicación, cuyo fracaso estriba en que se les acabó *el carbón* antes de llegar al término de su viaje. ¿Cuánto mejor no les hubiera sido a éstos, escoger una profesión más en armonía con sus recursos? En vez de ser abogados sin pleitos, pudieran ser, verbigracia, peritos industriales o mercantiles; o ya que se hubieran quedado en un oficio, pudieran con ese mezquino capital, que se gastó inútilmente en matrículas y libros, establecer una pequeña industria, una tienda, etc.

Cuando se trata de talentos verdaderamente extraordinarios, ya es cosa de pensarlo más; pues, no deja de haber algunos medios para que los tales se den a conocer pronto, y consigan los recursos necesarios para llegar a la profesión a que Dios claramente los destina. Antiguamente la Iglesia tenía solicitud de esos jóvenes, fundando innumerables becas, pensiones y colegios para pobres. Mas aunque, desde que se le usurparon los bienes, no puede hacer otro tanto en favor de la estudiosa juventud, no faltan, y es de esperar que cada día habrá más, medios para dar carrera a un joven, de talento verdaderamente distinguido.

Fuera de esos casos raros, en los cuales no debe el interesado ser juez en causa propia, sino fiarse del consejo de personas prudentes, ¡creedme, padres y jóvenes!: *vale más pájaro en mano que buitre volando*; vale más una profesión más modesta, en armonía con los recursos de la familia, que *comenzar a edificar lo que no se pueda terminar*; pues, en una choza se puede vivir, pero no al arrimo de un paredón, que se comenzó sobre el plano de un extenso palacio.

Y hay además otra cosa, con que queremos terminar este artículo, y es, que gran número de jóvenes que estudian con excesiva estrechez, sucumben de antemano, perdiendo la salud a los rigores de la pobreza y el trabajo demasiado, y ¡*vale más un perro vivo, que un león muerto!*

ARTÍCULO XXII

La verdadera nobleza

En los dos artículos anteriores, hemos considerado las circunstancias *de familia*, que pueden influir notablemente en la profesión que a un joven le convenga. Pero antes de entrar en el examen de otro orden de condiciones particularmente decisivo, no podemos dejar de lanzar una mirada de compasión, y una sonrisa de menosprecio, sobre otras *condiciones familiares*, que no se refieren a la fortuna, ni a los talentos, ni a los empleos de los padres, sino al *rango*, al *abolengo*, a la *sangre*, a los *pergaminos*, y a no sé cuántas otras cosas anticuadas, ¡no tanto por la evolución social de las instituciones y de las costumbres, cuanto por la *decadencia* de los mismos *linajes*, los cuales se agarran desesperadamente a un *pasado* de que no quedan sino vanas *memorias*!

Todas las noblezas verdaderas se fundan en el *valor personal* que tuvieron en algún tiempo los que las alcanzaron; sea valor militar, en las guerras de conquista o independencia; sea valor cívico, en la administración de los públicos intereses; o sea talento en las ciencias o las artes, en la industria o en el comercio, con que los antepasados granjearon su nombre y sus caudales. Pero cuando los caudales han desaparecido, y los talentos han degenerado, no queda de la nobleza sino un *nombre vano*, inútil para la vida práctica, y *perjudicial* para aquéllos que se niegan a hacerse cargo de las mudanzas de los tiempos.

Por estas aprensiones, intrínsecamente *vanas*, y *ridí-*

culas en cuanto salen al exterior, hemos conocido a muchos hijos de familias antiguas, que, en lugar de aprender un oficio mecánico, único para que Dios les concedió fuerzas corporales y espirituales, prefieren vegetar en *hidalgas miserias*, privándose hasta de los goces que pudiera producirles el formarse una familia, de los cuales no carece, más venturosa en esto, la clase proletaria.

¡A esos proletarios de *sangre azul* quisiéramos persuadir que, lejos de desdorarlos el ejercicio de las artes útiles, lo único que los pone en evidencia y en ridículo, es el vano orgullo con que se aferran a una historia que pasó para no volver! No es que pretendamos negar el respeto que se debe a los nombres ilustres o simplemente honrados; pero entendemos que, la única manera como el pobre puede conservar su honra, es defendiéndola con el honesto trabajo. Un simple artesano que se llamara Fivaller o Fernández de Córdoba, sería para nosotros un *monumento*, como la antigua ventana ajimezada que ha ido a empotrarse en la modesta pared de una casa de labranza. ¡Pero un Girón o un Moncada, que vegeta en la mísera holganza de una inacción soberbia, no es a los ojos del mundo moderno un monumento, sino una caediza *ruína!*

Por encima de esos dones del *nacimiento*, hay que atender, en la elección de estado, a los dones de la *naturaleza*; al elemento *personal*, que fué en todo tiempo principio de todas las noblezas y prosperidades, y ha de ser la *razón principal* en la elección de las profesiones.

Tres son las cosas que en esta parte se han de considerar, antes de proceder a una elección con garantías de acierto: las dotes *intelectuales*, las cualidades *físicas*, y las inclinaciones o *aficiones*, y sobre cada uno de estos puntos vamos a dar las indicaciones que nos parecen suficientes para servir como *tema de meditación* a la juventud.

Para abrazar una carrera científica, no basta aplicación al estudio, ni mucho menos abundancia de recursos

pecuniarios con que mantenerse muchos años en la Universidad. Lo primero, se requiere, naturalmente, *talento*, y no cualquiera talento, sino el talento particular propio de la materia científica que ha de cultivarse. Por eso, lo primero a que debe aplicarse la juventud es, a conocer con exactitud sus propias cualidades naturales; y sin este conocimiento, no se ha de proceder a elegir la profesión.

Lo que se llama de ordinario *diversidad de talentos*, no es sino la diferente proporción del desarrollo que alcanza, en cada individuo, cada una de las facultades intelectuales. Por consiguiente, es necesario tener idea clara de éstas, para proceder al *análisis cualitativo y cuantitativo* de los talentos.

Las facultades mentales pueden reducirse a tres: el *entendimiento*, la *memoria* y la *fantasía*. El entendimiento recibe diferentes nombres, según la diversidad de sus funciones. Llámase propiamente *inteligencia*, la facultad de *intuición* espiritual, con que alcanzamos *ideas* claras de los objetos, y podemos fácilmente proceder a su *análisis*. Este es el talento de los matemáticos y de los filósofos; bien que los matemáticos necesitan además una imaginación bastante capaz, sobre todo para lo que se refiere a la Geometría. No es fácil conocer hasta qué grado posea un joven esta facultad intelectual, sino después de haberse ejercitado algún tiempo en el estudio de las Matemáticas y de la Filosofía, bajo la dirección de un hábil profesor.

El entendimiento, cuando no se limita a la inteligencia de las ideas, sino procede por inducción y deducción, sacando del conocimiento de unas cosas, conclusiones acerca de las mismas o de otras (relaciones de causa a efecto, de conexión o exclusión, etc.), toma el nombre de *razón*, que a su vez puede ser *especulativa* y *práctica*. La *razón especulativa* se muestra en la facilidad de sacar deducciones científicas; la *razón práctica*, en la de discurrir recatemente acerca de las cosas morales o humanas. La pri-

mera hace los *teóricos*, y la segunda los hombres *prácticos*, en el más elevado sentido de esta palabra.

El grado de desenvolvimiento de la *razón práctica* se echa de ver fácilmente, en la solidez con que un joven discurre sobre los negocios comunes de la vida; y todavía se conoce con más facilidad la *falta* de ese talento, el más precioso para todos los negocios humanos. Así, por ejemplo, veréis a un joven que estudia la Facultad de Derecho, y lleva siempre nota de sobresaliente en sus exámenes; pero si le proponéis un caso práctico de abogacía, descubre luego su torpeza en aplicar sus conocimientos a su acertada resolución. Otro lo resuelve sólo atendiendo a las normas eternas de la justicia, pero sin tener cuenta con buscar el medio por dónde se evitarán mayores gastos o inconvenientes prácticos. Estos tendrán todo el talento teórico que queráis; pero manifiestan tener poco desarrollada la razón práctica.

No hace muchos días, un joven de los que no han aprovechado el *lustro crítico*, como deseo que vosotros lo aprovechéis, me consultaba sobre la manera de emplear sus talentos y deseos de trabajar. Como tenía el título de maestro, discurría dónde podría enseñar, y me vino a proponer, si me parecía conveniente, atendida la dificultad de hallar una buena colocación en España, que se fuera a Francia para ejercer el magisterio.

—Pero ¿en qué lengua piensa usted enseñar en Francia?

—¡Naturalmente, en francés!

—Y ¿cree usted saber el francés con la perfección necesaria para enseñarlo a los franceses?

—¡Oh — dice —, en un par de años, estoy seguro que lo aprenderé!

Esta salida me bastó para graduar a mi hombre de *totalmente desprovisto de talento práctico*, aunque no le falta una capacidad regular para otras cosas. ¿A quién se le ocurre, pensar que hallará más fácilmente colocación, como maestro, en un país cuya lengua sabe mal, que

en el suyo propio? Y ¿cómo, ni en dos años ni en veinte, va a aprender un español el francés para enseñarlo a los franceses? En vez de esto le encontré una colocación en el extranjero para enseñar allí el español; pero me quedé con la espina de que no hará carrera en ninguna parte; porque ¡la falta de *sentido común* es inconveniente en todos los ramos!

La *memoria* es la facultad de retener las ideas e impresiones adquiridas, y puede ser locomotriz, óptica, auditiva o acústica, imaginativa e intelectual; y del diferente grado o proporción con que se combinan estos elementos de la memoria, resultan memorias muy diversas en los diferentes jóvenes. Además, unos tienen la memoria fácil y otros tenaz; los primeros aprenden pronto y olvidan luego; a los segundos les cuesta más aprender, pero retienen lo aprendido más tiempo. Todo eso se ha de tener presente para graduar la propia memoria, sobre lo cual no me alargo aquí más, por haberlo explicado largamente en otro libro sobre la *Educación intelectual*.

Hay jóvenes que tienen gran facilidad para recordar hechos históricos, y poca para retener palabras, y otros, al contrario. Naturalmente, los primeros sirven para la Historia, y los segundos son más aptos para los idiomas.

En la facultad que hemos designado con el nombre de *fantasía*, comprendemos la facilidad para imaginar lo que una vez hemos visto (*imaginación* propiamente dicha), la facultad de combinar las impresiones antes recogidas, que se llama propiamente *fantasía*; la de *inventar* nuevos procedimientos u objetos, mediante esta misma combinación, etc.

Además de estas facultades mentales, hay otras muchas *sensitivas*, cuya combinación constituye las que llamamos vulgarmente *habilidades*. Hay personas que aprenden fácilmente a manejar un instrumento musical, otras que tienen facilidad para hallar el dibujo o el colorido, otras que aprenden luego los ejercicios manuales. Unos tienen bueno y otros mal oído; unos buenas, y otros ma-

las *manos*, etc., etc. Y hay profesiones que requieren la agudeza de determinados sentidos, como el olfato y el gusto se requieren y se educan en ciertas industrias, y el tacto fino en otras muchas.

Por el contrario, hay defectos corporales que son impedimento para unas profesiones y no lo son para otras. Un joven muy míope podrá ser buen abogado o músico, pero hallará dificultad en ciertas operaciones de las carreras de ingeniería y aun en la Medicina. Por el contrario, una afección crónica en la garganta no estorbará mucho a un ingeniero, y será inconveniente para el abogado. Cierta cortedad en el trato social, perjudicará en gran manera al médico, y no será inconveniente para el químico o naturalista, etc., etc.

En resolución, así como, para hacer un instrumento, hay que escoger las maderas o metales que son a propósito, haciendo de latón, verbigracia, lo que ha de andar en contacto con el agua, y, por el contrario, de hierro lo que ha de untarse ordinariamente con grasa; pues, con la grasa, el latón formaría cardenillo, y el agua oxidaría y destruiría el hierro; así hay que atender ante todo, en la elección de profesión, a la madera o metal del sujeto que la ha de ejercitar; pues, si por una parte, no hay nadie inútil para todo, no se halla apenas uno que sirva para todo igualmente.

Para esta elección ha de preceder, por consiguiente, el *conocimiento propio*, y a alcanzarlo se ordenan en parte *los estudios previos*, en que consiste la educación general, que se suele dar a los jóvenes en la primera y segunda enseñanza. Si, pues, habéis aprovechado esa educación, y reflexionáis sobre vosotros mismos, a los quince o diez y seis años ya podréis generalmente determinar con suficiente seguridad, cuáles son las profesiones para las que servís, y cuáles para las que sois inútiles.

Pero además de las cualidades intelectuales, hay que tener en cuenta otras consideraciones.

ARTÍCULO XXIII

Inclinaciones y aptitudes

Además de las dotes de inteligencia y habilidad, son muy importantes, para elegir la vocación profesional, las *inclinaciones* o aficiones que experimenta en sí mismo cada individuo, y hablan en él a manera de cierta voz de la Naturaleza que le señala sus caminos. Pero al lado de esas inclinaciones *naturales* atendibles, hay otras aficiones *vanas*, que desgraciadamente determinan muchas veces la elección profesional, con irreparable perjuicio de los así descaminados.

¿Cómo podremos conocer, con alguna seguridad, si las aficiones que inclinan a un joven a determinada profesión, son voz de la Naturaleza que le lleva a ella, o puramente clamores de la vanidad o el capricho, que le extravían? A nuestro juicio, puede servir de criterio en esta materia, una teoría de los pedagogos modernos, que llaman del *interés mediato e inmediato*.

El *interés* de que tratamos aquí, es lo contrario de la *indiferencia* respecto de los objetos o ejercicios de una determinada profesión. Así, para poner un ejemplo vulgar, hay personas que se interesan sumamente por la pesca, dedican a ella los tiempos que sus ocupaciones les dejan libres, y hablan u oyen hablar con gusto de todo lo que a la misma pertenece; al paso que a muchos otros, los asuntos de pesca nos importan un bledo, o a lo más, nos interesan en el momento de sentarnos a la mesa y hallar en ella un hermoso salmón, o un plato de ostras o langostinos.

Pero el *interés* que experimentamos por una cosa o ejercicio, puede ser *inmediato* o *mediato*. Es *inmediato* el interés, cuando las cosas nos interesan por sí mismas; vgr., en el caso propuesto de la pesca, los aficionados a ella sienten un interés inmediato. Toda su delicia está en pasarse las horas o los días pescando, siquiera no les produzca otra utilidad, sino el deleite que en ello disfrutan. Al contrario, el interés es *mediato* cuando no nos atraen las cosas por sí, sino por alguna utilidad que nos reportan; por ejemplo, si uno tiene afición al comercio, por creer que es el más breve camino para alcanzar grandes caudales; o si se inclina a ser confitero porque le gustan mucho los dulces.

El *interés inmediato* es una de las señales más seguras de la vocación a una profesión; pero no es señal *única*, pues, juntamente con él, hay que atender a la *capacidad* intelectual y física, y a las otras circunstancias sociales que hemos indicado. También hay que tener cuenta con no tomar por interés una transitoria veleidad. Mas el que siente, de una manera constante, inclinación y amor a determinado género de ejercicios; el que siente una connatural *aplicación* a ellos, de suerte que, en esas cosas, el trabajo se le hace leve o agradable, al paso que en otras se le hace penoso; ése tiene un indicio grande de su vocación profesional.

Por ejemplo: un joven ha estudiado a remolque todas las materias del Bachillerato, y al llegar a las Ciencias Naturales, siente en ellas particular afición a la Anatomía y Fisiología humanas, y se halla como en su propio terreno en todo lo que mira a la Medicina. Ese tiene, sin duda, un poderoso indicio de su vocación para ser médico. Otro, al contrario, siente aversión irresistible a las clínicas, y se halla a su sabor en las Matemáticas y la Física, etc. Este podrá examinar si tiene vocación para las carreras de ingeniería. Otro se inclina sobre todo a las labores de los campos, o al cuidado del ganado; otro, por el contrario, siente afición a todo lo que se roza

con las discusiones jurídicas. Estos podrán hallar, en tales inclinaciones, indicio de su vocación para agricultor, abogado, etc.

Sólo hemos de observar, en lo que mira a las *artes bellas*, que hay cierto placer anejo a su ejercicio, y más todavía a su contemplación, que no es prueba de vocación artística. La belleza de las Artes es de suyo apta para deleitar a todo el que tiene sentido estético; pero la verdadera vocación artística se conoce más bien en el *apetito* de producir, en la esfera de cada una de las Artes, acompañado de habilidad o talento para ellas. Y en esta parte hemos de hacer además otra indicación, dirigida a los jóvenes de clases elevadas, y es: que, en las Bellas Artes, sólo pueden medrar como *artistas*, los que están dotados de cualidades excepcionales, debiendo los demás consagrarse, si no quieren ser inútiles y fracasados, a las *artes industriales o decorativas*, descendiendo de la categoría de artistas a la de *artesanos*.

La mayor dificultad en todo esto, es no ser fácil que se despierten las verdaderas *aficiones*, o sea, el interés *inmediato*, si no se cultiva hasta cierto punto el ramo de que se trata; por lo cual, no se debe precipitar la definitiva elección, hasta haber recorrido suficientemente la serie de las materias que están a nuestro alcance.

A un grande amigo mío le aconteció *elegir* (muy prematuramente) en su niñez la profesión de abogado. La verdad es que, por aquella fecha, todavía no había sentido verdaderamente interés — *interés inmediato* — por ningún género particular de estudios. Luego (a los quince años), al estudiar la Física y la Química, sintió por vez primera una inclinación semejante. Si su elección no hubiera ya estado *hecha*, indudablemente hubiera abrazado una carrera de ingeniería (con tanto mayor razón, cuanto que era la de su padre). Pero por una tenacidad inexplicable en su primer propósito, comenzó a la vez las Facultades de Derecho y de Ciencias Físicas. Más adelante sintió una irresistible afición a la pintura, y

empleó en su cultivo una parte no despreciable de su juventud, y estuvo a pique de dejar por ella el ejercicio de la carrera que estaba ya terminando.

Referimos este ejemplo conocido, como escarmiento para nuestros jóvenes lectores; pues, estas vacilaciones en la vocación de nuestro amigo, si no le llevaron al fracaso, gracias a cierta flexibilidad de que Dios le había dotado, le hicieron sin duda perder mucho tiempo, y estorbaron que alcanzara, en la profesión a que por fin se dedicó, el grado de excelencia a que, por sus talentos pudiera haber aspirado.

Su primer error (ahora inconcebible para él) fué fijarse en la carrera de Derecho, antes de tener razón ninguna sólida para ello. Sus estudios ulteriores le han demostrado, por el contrario, que a ningunas materias tenía menos inclinación que a las jurídicas y otras semejantes. Otra equivocación fué el consagrar a la pintura más tiempo del que convenía para un mero entretenimiento. Y por ventura la equivocación mayor consistió, en haber dejado las Ciencias de la Naturaleza, a que le llevaba su decidida vocación, según lo mostró el interés vivísimo y constante que le inspiraron. A él le sacó Dios de todos estos yerros, llamándole a otra vocación más alta, en la Compañía de Jesús; pero aún en ésta, hubiera sido acaso de más provecho, si su juventud hubiese andado mejor orientada.

Es, pues, necesario que vosotros ¡oh jóvenes! al acercaros al término de vuestros estudios generales (segunda enseñanza), reflexionéis mucho acerca del interés que os han inspirado sus diferentes ramos, y no despreciéis fácilmente esa indicación de la Naturaleza; aunque tampoco se la ha de seguir a ciegas, sino atendiendo a las otras circunstancias que antes dijimos, y a las que diremos todavía más adelante.

El interés *mediato* tiene mucho menos valor en esta materia. A veces es totalmente vano, y con no poca frecuencia descarría a los jóvenes irreflexivos. ¡Cuántos

no se aficianan a la carrera militar, por el brillo del uniforme! ¡A cuántos más no extravía actualmente la ambición de *ganar dinero*, sin pensar que la felicidad se halla mejor en la vocación a que destina a cada uno el Autor de la Naturaleza, y que esos empleos *lucrativos* no son, para muchos, sino camino de la ruina moral y social!

Por consiguiente, hay que analizar muy bien cuáles son *los móviles* que nos inducen a emprender una carrera o profesión, y si son vanos, hay que desecharlos desde luego, sin determinarse por ellos; ¡pues, hacerlo de otro modo, sería imitar a los negros bozales, que vendían su libertad por un collar de cuentas de vidrio!

Pero puede haber *intereses mediatos* muy atendibles, sobre todo cuando no se experimenta otra muy decidida vocación, indicada por un interés inmediato casi irresistible. Fuera de esas vocaciones claramente naturales, queda mucho margen para *calcular*, y este cálculo se ha de hacer con todo sosiego y formalidad, para que no queden fuera de la cuenta ningunos elementos importantes.

Póngase, por consiguiente, ante los ojos, el que ha de elegir, de una parte, sus aficiones; de la otra, sus circunstancias sociales, de familia, etc.; de otra parte, sus aptitudes; y estos tres factores le darán ya una resultante, que será, las más de las veces, indicación segura de lo que puede prudentemente elegir.

Pero no se olvide, al computar las *facultades*, de tomar también en cuenta las *fuerzas físicas*: la *cantidad* y *calidad de salud* que Dios le concede; pues aunque, hablando en general, todas las profesiones requieren *trabajo*, y todo trabajo exige *salud*, hay muy diferentes clases de salud, y trabajos de muy diferente intensidad y naturaleza.

Personas hay, muy aptas y fuertes para la vida sedentaria, que no resistirían otros ejercicios rudos; al paso que las hay, que se hallan muy bien en los ejercicios de más fatiga corporal, y sucumbirían a seis horas diarias de trabajo de gabinete.

En resolución: *facultades mentales, fuerzas corporales, circunstancias de familia, y aficiones o inclinaciones*, han de ser los *puntos* sobre que hay que meditar mucho, y muy concienzudamente, combinándolos entre sí, antes de proceder a elegir la profesión.

Pero hay, finalmente, otras *circunstancias sociales* exteriores, que no se deben olvidar, y a las que consagramos un momento de atención.

ARTÍCULO XXIV

Concurrencia social

Además de las circunstancias de que hemos tratado en los artículos anteriores, ha de tener en cuenta, el que trata de elegir su profesión, las *circunstancias sociales* de ella; pues, en las profesiones, como en la Industria y el Comercio, rige la *ley de la oferta y la demanda*, y hay épocas en que una profesión ofrece buenas perspectivas, y otras en que, por el contrario, se halla *abarrota*da y no da esperanzas algunas de prosperidad.

Para hacerse cargo de estas circunstancias, es menester que la juventud eche una mirada a las diversas profesiones que su capacidad le hace accesibles, y se informe de las condiciones de *éxito* que, en el momento histórico en que vive, ofrecen a sus nuevos candidatos.

Las profesiones se dividen en *oficiales* y *libres*, y éstas, en *facultativas* e *industriales* (tomando aquí esta designación en su sentido más amplio).

Llamamos *profesiones oficiales*, todos los *empleos del Estado*, sea que pertenezcan a la defensa nacional, o a la gobernación y administración pública; y las circunstancias de esas profesiones varían notabilísimamente en diversas épocas, ofreciendo muy diferente porvenir. Pero acontece que, cuando una de esas profesiones se halla en condiciones favorables, se determina en la juventud una poderosa corriente hacia ella; y luego que aquellas favorables circunstancias han cesado, siguen, no obstante, innumerables jóvenes inconsiderados, dirigiéndose a aquella profesión, que *antes* era ventajosa, y por ventura ha

llegado a ser ya calamitosa. Hacen éstos como los borregos, que van en pos de los que les preceden por una palanca; y si se retira ésta, ¡no por eso retroceden, sino se echan al agua!

De tales cambios de circunstancias en las carreras oficiales, pudiéramos aducir muchos ejemplos. Cuando se crearon en España las carreras de ingenieros civiles, encontraron en ellas muchos jóvenes una colocación excelente; pues, hallándose vacíos los escalafones, se ascendía con gran rapidez. Luego se completaron los escalafones, y el ascenso por antigüedad fué tanto más difícil, cuanto eran más jóvenes los que ocupaban los puestos elevados. Esas mismas carreras han estado en algunas épocas tan abarrotadas, que ni siquiera ofrecían colocación a los pocos alumnos que iban saliendo de las Escuelas, los cuales tenían que esperar mucho tiempo para ingresar en el escalafón, con la perspectiva de pasarse diez años de ingenieros segundos; al paso que, en el decenio 1850-60, llegaban a jefes en cuatro o cinco años.

Poco antes del año 84 (no recuerdo fijamente la fecha), se establecieron las Audiencias de lo criminal, y se creó un número enorme de magistrados; con lo cual, la carrera judicial quedó, para una larga serie de años, reducida a muy exiguo porvenir. Lo mismo sucedió con los militares cuando las guerras coloniales: los que estaban a la puerta ascendieron rápidamente; pero los escalafones quedaron llenos hasta los topes, y disminuyendo después la necesidad de oficiales, la carrera quedó interrumpida para los nuevos candidatos.

¿Piensan en estas cosas los jóvenes de quince a veinte años que enderezan sus intentos a una carrera oficial? ¡Mas de no pensarlo, nacen luego tantos fracasos, *totales* o parciales! Antes de ir a Hamburgo con un cargamento de naranjas, hay que enterarse de varias cosas: si las naranjas tienen salida en Hamburgo, y si han tomado ya la delantera muchos naranjeros, inundando de naranjas aquel mercado. ¡Si fletó el cargamento sin hacer esas

averiguaciones, me expongo a quedarme con la fruta, para que se pudra en la bodega del barco!

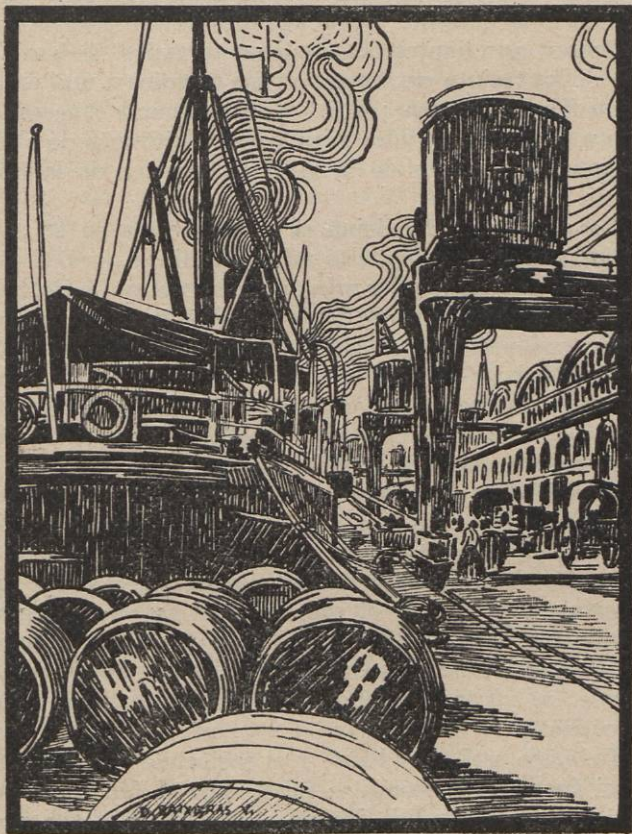
En las carreras *facultativas libres* no está tan cerrado el horizonte en ningún tiempo; pero sin embargo, son muy diversas, en diferentes épocas, las probabilidades de un éxito halagüeño. Para calcularlas, hay que meditar varias cosas: la abundancia de personas que poseen esos títulos profesionales (lo cual nos lo dicen la Estadística general y las listas de los Colegios particulares), la *capacidad media* de tales titulados, las *salidas* que tiene la profesión, etc.

El primer factor es fácil de estimar; pero son muchos los que olvidan más de lo justo el segundo; pues, aunque en algunas facultades (Derecho, Medicina), hay un enorme número de sujetos, la verdad es que entre ellos son relativamente pocos los que saben su obligación, por lo menos con alguna excelencia.

Esto se ve claramente en las *oposiciones*. Salen a oposición plazas de la carrera judicial o del notariado, etc., y se presentan centenares y aun millares de aspirantes. Pero pasa el primer ejercicio, y deja *fuera de combate* el 90 por 100. ¿Qué daño hace, a los jóvenes aplicados y de talento, toda esa *turbamulta* de ineptos e ignorantes? ¡No otro que alargar mucho los ejercicios, y aburrir a los jueces y coopositores!

Nosotros nos hemos lamentado varias veces, y hemos prevenido a nuestros lectores, contra el abuso insensato de *hacer abogados* a todos los que piensan estudiar poco o tienen cortos alcances. De tanto abogado ruín y holgazán, lo único que resulta es hallar abogados escribientes, empleados de Correos y hasta vigilantes nocturnos. Pero, aunque lo consideramos como efecto de nuestro estado social anómalo, no puede desconocerse que, para un joven despejado y aplicado, la carrera de Derecho ofrece multitud de *salidas*, como que habilita para la cátedra de la Facultad, la carrera judicial, el Registro de la propiedad, el Notariado, el ejercicio de la abogacía (cada

día más decadente ; gracias a Dios! porque cada día hay más horror a los pleitos), los empleos de escribano, relator, procurador, fiscal, abogados del Estado; sin contar



la multitud de empleos administrativos, en que se prefiere o se exige la carrera de Derecho.

—Pero ¡es que hay, en cada capital de provincia, centenares de abogados sin pleitos, fuera de los cientos de

ellos que están comiendo la puchera hereditaria en sus aldeas! — ¡No los temáis! El 95 por 100 de ellos no saben otro Digesto que el necesario para hacer la digestión de esa misma puchera, que *rumían* indolentemente junto a la mesa de tresillo. Aun aquéllos de entre ellos, que no fueren estudiantes rematadamente malos, si han pasado de los treinta sin concretar sus estudios a una orientación fija y práctica, ¡están ya virtualmente fracasados, y no son rivales temibles para vosotros, jóvenes de alienos generosos, llenos de la savia y frescura de la edad juvenil!

La carrera de Medicina es más concreta en su aplicación, pero, en cambio, está más extendida; pues el abogado no puede descender más que a la capital de Partido, mientras que el médico le debía haber en todas las aldeas. Lo que está produciendo en la carrera médica una verdadera perturbación, es la *falacia* de los *especialistas*, ¡muchos de los cuales saben tanto de su especialidad, como los abogados susodichos de las Pandectas! Lo que ha desconcertado la carrera médica, para muchos jóvenes, ha sido sencillamente *la avaricia*. “La Medicina de enfermedades internas, se han dicho, no tiene porvenir. Condena al médico a retirarse a un poblachón, o a pasarse la vida subiendo a terceros y cuartos pisos, para ganar una modesta pitanza. Por el contrario: el *especialista* gana en una sola operación lo que el médico ordinario en un mes, se está tranquilamente en su clínica, recibiendo a los que *se visitan*, en vez de irlos a visitar, con mejor gramática, pero *con el sudor de su rostro*.”

Todo eso está muy bien; y el raciocinio sería de perlas, si fuera más recóndito; pero como es tan sencillo y llano, lo han entendido innumerables aspirantes a *ricos* en el ramo de Medicina, de donde ha nacido esa pléyade de oculistas, tocólogos, ginecólogos, pedólogos, electricistas, hidroterapeutas, especialistas de oídos, laringe, nariz, y qué sé yo cuántos más, cuyos rótulos se leen a pares en casi todas las puertas de las casas de vecindad.

Ahora bien: al multiplicarse los médicos que *versan sobre un mismo cliente*, no se ha multiplicado (por lo menos en la misma proporción) el bolsillo de la clientela; de donde resulta que, si bien cada hijo de Adán gasta más en médicos ahora que cuando se valía para todas las miserias de un solo discípulo de Galeno o Hipócrates, se ha hecho la vida imposible para tantísima especialidad, y han venido a ser innumerables los jóvenes médicos que, por no irse a comer el pan moreno de la aldea, han de alimentarse con el hambre tétrica de las populosas ciudades; con lo cual no pretendemos decir, que no sean necesarios y útiles los *especialistas*, en el actual estado de los conocimientos medicales; pero queremos prevenir contra una ilusión harto vulgar, a nuestros jóvenes lectores.

Los jóvenes que acaban la carrera sin ser luminares de primera magnitud (sobre lo cual no se han de fiar del propio testimonio de la conciencia), harán prudentemente buscando una población de *su talle*, donde *falte* un médico; con lo cual evitarán el riesgo de consumirse de inacción e inanición *donde no hacen falta*. ¡Y si Dios hubiese sido tan benigno, que les haya dado, además de la carrera, unas aranzadas de tierra en un lugarecito, váyanse allá, y tendrán a mano la felicidad, casándose con una labradorecita sana y modesta, y combinando el cultivo de los campos con el alivio de los campesinos!

¡Pero no todos los jóvenes han de ser abogados o médicos; rutina fatal en que parece haber cristalizado la mentalidad española (que dicen ahora), y es una de las causas más terribles de nuestra pobreza; la *Industria* y el *Comercio* son las *potencias modernas* del mundo, y una gran parte de nuestra juventud debería dirigir hacia ese lado sus miradas y sus aspiraciones!

Mas ocurre: "Un joven sin capital no puede, en la industria o el comercio, pasar de *empleado* (cajero, tenedor de libros, vendedor en un almacén, etc.)." He ahí la *preocupación* que se ha apoderado de tantas familias de nuestra clase media, que, no pudiendo dejar a sus hi-

jos un buen puñado de miles de duros para *comenzar* una industria, prefieren gastarse lo que tienen en darles una *carrera*; esto es, los estudios previos para hacerla (¡que es cosa muy diferente!). Esta preocupación funesta está tan extendida y arraigada, que bien merece nos detengamos a deshacerla en artículo aparte.

ARTÍCULO XXV

El capital de los desheredados

Las preocupaciones de nuestra sociedad han llegado a desnaturalizar el sentido de muchas palabras, y una de éstas es la palabra *capital*. ¿Qué significa *capital*? *Capital* viene de *caput*, voz latina que significa *cabeza*. *Capital* es lo que pertenece a la cabeza; y así el sentenciado a que le corten la cabeza, está condenado a pena *capital*. Pues si de *cabeza* viene *capital*, hemos de concluir justamente, que aquél tiene *capital*, que tiene *cabeza*; y por el contrario, eso de *capitales*, en quien no tiene *cabeza*, no puede ser más que un lenguaje abusivo, que la experiencia se encargará, tarde o temprano, de desmentir. Pero dejémonos de logogrifos y vengamos al punto de nuestra investigación.

Hay en España millares de familias (decenas de millares de ellas, tal vez) que dan *carrera facultativa* a sus hijos, no porque éstos muestren particular talento o vocación para una de aquellas profesiones; antes al contrario, han hecho los estudios preparatorios con evidente desaplicación y dudosa aptitud; sino por la razón concluyente, de que no pueden darles un *capital*. Pues bien: a esas familias les hemos de decir, ilustrados por la experiencia nacional y extranjera: Lo que no podéis dar a vuestros hijos, es una *cabeza*; y si no la tienen, ni el *título académico*, ni la *carrera*, les servirán de maldita la cosa. Si vuestros hijos son *zoquetes*, dedicadlos a un oficio mecánico; si son *holgazanes*, educadlos y corregidlos hasta que dejen de serlo, pues ese camino no conduce a

ninguna parte, sino es a la ruina o a la penitenciaría. Pero si vuestros hijos son aplicados y despiertos ¡no os dejéis preocupar demasiado por esa aprensión de la falta de *capital!*

Mas ahora no hablamos con vuestras familias, ¡oh jóvenes! sino con vosotros; y vosotros mismos, fuera del caso en que sintáis verdadera vocación a las carreras literarias, y veáis que, con vuestros talentos y circunstancias familiares y sociales, podéis prometeros en ellas el *éxito* anhelado, habéis de hacer instancia a vuestras familias para que, despojándose de preocupaciones atávicas, os dediquen, u os dejen dedicar, a una profesión más modesta, pero de más sólido porvenir en la esfera de la industria o el comercio.

Y en primer lugar, con la tercera parte del tiempo y dispendios que son menester para emprender una carrera literaria, para alcanzar ese menguado título de abogado o médico o farmacéutico, podéis procuraros todos los conocimientos necesarios para emprender un ramo industrial o mercantil. En vez de pasar seis años en el Instituto y otros seis en la Universidad, para los que no os sentís particularmente llamados, aprended, *sin sujeción a planes absurdos*, la Gramática de vuestro idioma; la Aritmética y Matemáticas que podáis, los Elementos de Ciencias físicas y naturales, y los más idiomas que os sea posible; pero no de una manera convencional y artificiosa, sino como se aprende la lengua nativa y se deben aprender todas las lenguas vivas: buscando ocasiones de hablar, leer y escribir. Aprended así el francés, o el inglés, o el alemán; y luego, rogad a vuestros padres que os den la mitad de lo que os costaría la carrera, para ir a pasar un año en el extranjero: en Inglaterra, en Alemania, o por lo menos en Francia, para estudiar un *artículo*, un *género*, o una *producción*.

Vamos a echar cuentas, para que veáis cómo deben echarse en estas materias. El bachillerato, con sus matrículas y libros de texto, no se puede hacer sin un míni-

num de 750 pesetas (1), y la Facultad, sin contar el empleo de seis años de los mejores de la vida, os costará, por los mismos conceptos, por lo menos 2,000 pesetas más (2). Por consiguiente, para daros carrera, han de contar vuestros padres, *además de manteneros* sin emolumento alguno esos doce años, por lo menos con un gasto de 2,500 a 3,000 pesetas.

Pues, en lugar de eso, estudiad hasta los quince años lo que necesitáis para vuestra educación intelectual general. De los quince a los diez y ocho buscad una colocación (aunque sea sin ganar nada o casi nada) donde podáis conocer un artículo industrial o mercantil, y sus condiciones en el mercado de España. De los diez y ocho a los veinte, marchaos al extranjero, a la nación donde mejor se produce o elabora ese género, o algún otro semejante, que previamente conozcáis. Allí os será fácil, luego que chapurréis el idioma, hallar una colocación humilde en el mismo ramo, donde tendréis ocasión de estudiar los procedimientos más adelantados, las máquinas, las condiciones del comercio y de los mercados, el arte de introducir los productos en mercados nuevos, etc., etc.

Fomentad, durante ese tiempo, vuestros hábitos de *economía*, sed inteligentes, no perdáis la coyuntura de aprovechar un negocio, y luego ¡volvéos a vuestra patria, para enriquecerla con los progresos de las artes que florecen en otros países, y en premio, ella os enriquecerá a vosotros con lucro abundante y os dará lugar entre los afortunados conquistadores del *éxito!*

Nuestra juventud ha estado siguiendo durante *tres siglos* un plan inverso, que imagino ha sido una de las causas más poderosas de nuestro atraso industrial; ¡ha ido a *hacer fortuna* a los países más atrasados que noso-

(1) Sólo las matrículas y el título de Bachiller, cuestan actualmente unas quinientas, y los libros de texto suben casi otro tanto.

(2) Matrículas y título de Abogado, 1,475 pesetas; de Médico, 1,803; de Farmacéutico, 1,278.

tros! Comenzó por ir a expender cuentas de vidrio y abalorios, a cambio de pepitas de oro que por ellos daban los indios salvajes; y ha continuado acudiendo a aquellos países americanos, donde la industria estaba más baja que en el nuestro. ¿Qué ha resultado de ahí? ¡Que los que fueron en buen tiempo acumularon riquezas, con que volvieron luego para ser, por muchos conceptos, un *mal ejemplo*, principalmente desaficionando a sus compatriotas del trabajo penoso y honrado, y provocándoles a ir a *hacer fortuna* por caminos *fáciles* a su parecer, donde dejaron los más el pellejo!

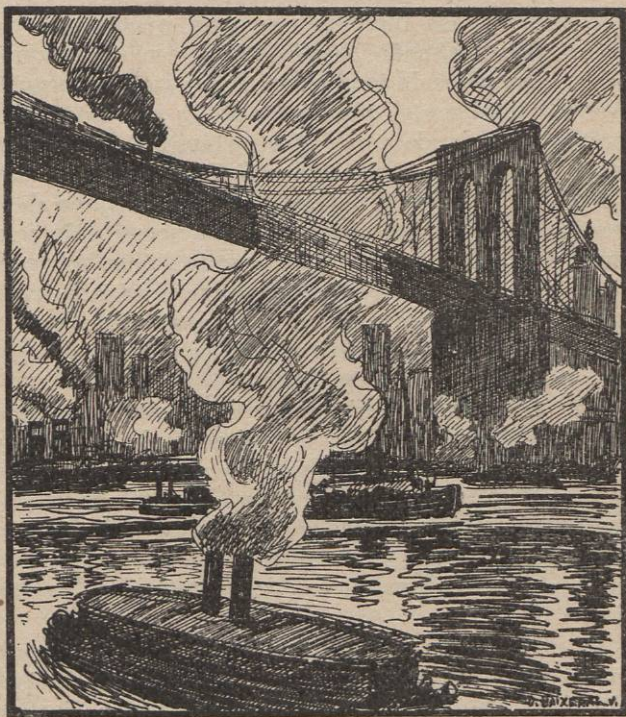
Ya se ha dicho en todos los tonos, que los aventureros que nos trajeron el oro de las Indias, fueron una de las causas más funestas de la ruina de nuestras antiguas industrias. Pero no se piensa bastante, que ese fenómeno continúa aún después que las circunstancias han cambiado totalmente, y nuestra juventud emigrante continúa orientada hacia las Indias, donde no va ya a *explotar*, sino muchas veces a ser víctima de una *explotación* organizada contra ella.

¡Tiempo es ya de que cambiemos de rumbo! ¡Tiempo es ya de que nuestros jóvenes vayan, no a buscar *capital*, sino a buscar *cabeza*! ¡No a explotar indios salvajes, sino a *arrebatar* a los pueblos más adelantados los secretos de su cultura superior, sobre todo industrial y mercantil, para que vuelvan luego a la patria cargados de fecundos gérmenes de prosperidad!

Voy a indicar algunos puntos, como muestra de lo mucho que está por hacer.

España es el país más rico del mundo, si no por la abundancia, por la variedad y calidad exquisita de los productos naturales. Hace años se ha comenzado a aumentar su exportación. Pero ¿quién hace en ella el negocio *grueso*? Los *comerciantes* ingleses, franceses, alemanes. Nuestros labradores producen la naranja, la cebolla, los tomates y hasta patatas, que se exportan a Inglaterra; pero la parte *pingüe* de ese negocio está en ma-

nos de ingleses. ¿Por qué? Porque no han ido, un millar de jóvenes despiertos, a aprender el inglés y estudiar las condiciones del mercado, y buscar por sí mismos la manera de colocar el fruto, que es *nuestro* y lo podemos dar a quien queremos.



Durante los años en que Francia ha estado sujeta al azote de la filoxera, nosotros la hemos surtido de *mostos*; pero ellos seguían elaborando *sus* vinos. ¿Por qué? ¿Porque nuestra juventud no ha ido a tiempo a aprender el modo como ellos los elaboran, ni ha sabido acreditar marcas españolas! ¿Por eso han andado bajo marcas fran-

cesas los jugos de las vides hispanas! Oigo decir que hay provincias en España donde no saben qué hacer de la leche. ¿Quién ha ido a Suiza y Holanda, a estudiar cómo fabrican allí los quesos que les estamos comprando a muy buen precio?

Mientras nosotros hablamos de *penetración pacífica* en Marruecos, los ingleses, franceses y alemanes están penetrando en España *pacíficamente*, con sus máquinas, telas, y productos de toda clase. Pues ¿qué hace nuestra juventud inteligente, que no va allá a arrebatárles esos secretos, trabajando unos años en sus mismos talleres? Así se dice haberlo hecho Pedro *el Grande*, para levantar el nivel de la cultura de Rusia, y ya es tiempo de que nuestros jóvenes imiten esos sublimes ejemplos de patriotismo. Con tanta mayor razón, cuanto que en ello encontrarán el *secreto del éxito*, mejor que gastando zapatos por los claustros de nuestras Universidades, donde les enseñan, a costa de grandes sacrificios y dispendios, a no saber nada ni servir para nada.

Una de las más perniciosas rutinas que padecemos en España, es ésa que produce la limitación de las aspiraciones profesionales de la juventud a cierto número de tipos gastados. Ciertamente, no envidiamos el estado social de otros pueblos más ricos que nosotros; pero quisiéramos, sí, que nuestros jóvenes imitaran el animoso espíritu de que nos dan ejemplo actualmente los alemanes y los anglosajones.

Es menester, si hemos de salir del estado de postración en que yacemos por nuestra desidia, que la juventud se llene de una justa confianza en su porvenir, y una conciencia segura de sus propias fuerzas. La *fuerza* ha sido siempre la que se ha impuesto en el mundo. No hay más diferencia sino que, antiguamente se imponía con la espada la *fuerza del brazo*, y hoy se impone con la industria la *fuerza del ingenio*. Pero no hay *fuerza verdadera* del ingenio ni del brazo, sin una soberana *fuerza*

moral de la voluntad, que es la que constituye el *carácter*, esto es ¡el hombre por excelencia!

“Hay en la actualidad, dice el autor americano a quien ya hemos citado más de una vez, un cúmulo enorme de *incompetencia*, y una verdadera *hambre* de varones de buen metal y precio. La juventud no está más anhelosa de colocación, que los altos empleos están necesitados de *hombres* competentes para desempeñarlos. Sólo los géneros mediocres se amontonan en las tiendas sin hallar comprador, y tienen que venderse finalmente en los *saldos*, *liquidaciones* o subastas.” Así acontece con la juventud. Centenares y millares de jóvenes, *sin oficio ni beneficio*, pululan en los grandes centros de población, como verdadero desecho del mercado, y tienen que contentarse con una colocación que los condena al trabajo servil, a la miseria o a la indolencia. Pero es porque, en realidad, no sirven para más, en una sociedad donde la división de los servicios ha hecho que se requiera, en todos los bien retribuidos, una gran competencia.

“Una gran muchedumbre de jóvenes, prosigue el mismo autor, fracasan en la vida, no porque no haya ocasiones de éxito, sino porque no poseen los *elementos* del éxito. Donde éstos existen, poco importa haber nacido en la pobreza y la obscuridad; poco importa sentirse rechazado una y otra vez por los reveses de la fortuna o la injusticia de los hombres.” A la larga, el *valer personal* se impone, el *capital* sigue a la *cabeza*, y los obstáculos que al paso se oponen, sirven de gradas para ascender, al hombre animoso y lleno de coraje.

¡Jóvenes españoles! nuestros antepasados se iban a las Indias con la espada en el cinto, y conquistaban imperios; vosotros habéis de ir a los pueblos modernos con la cabeza llena de ideas, con el corazón lleno de fe, con el pecho lleno de constancia, y reconquistar para vuestro país la supremacía intelectual, política y económica que ha perdido. ¡Ese es el camino del *éxito* y el *capital de los desheredados!*

ARTÍCULO XXVI

Una objeción y un aviso

No faltarán algunas personas sencillas, a quienes parezca extraño que el autor de este libro, siendo religioso, y amante, como es de presumir, de la pureza de la católica fe, la cual en pocas naciones del mundo se conserva con más seguridad que en España; aconseje con tanta generalidad, a los jóvenes deseosos de emprender un negocio con garantías de éxito, un viaje y breve estancia en tierras extranjeras, donde casi necesariamente se habrán de poner en contacto con personas de diferentes confesiones religiosas, e incurrirán, por tanto, en el peligro de empañar el puro esmalte de su fe, o caer, por lo menos, en ese tan extendido vicio del *tolerantismo*, el cual, por hallar en otras confesiones o religiones (protestantes, judíos), muchas personas, por lo menos exteriormente, honestas y buenas, se da a entender, que *todas las religiones* son igualmente aptas para servir a Dios, y camino para llegar al cielo.

Está tan lejos de cogernos desprevenidos esta objeción, que además de reconocer toda su fuerza, todavía pensamos agravarla con otra advertencia, oculta generalmente a los que no han viajado por los países extranjeros, especialmente del Centro y Norte de Europa, y visto por sus ojos las frecuentes ruinas que allí padecen los jóvenes españoles que por causa de sus estudios los visitan.

No es el peligro de la fe el único en que suelen tropezar, ni aun el que más frecuentemente les sirve de tropiezo; sino más bien el peligro de las extrañas *costumbres*,

que los despeña muchas veces en los mayores desórdenes de la sensualidad.

¡Triste es decirlo: los jóvenes españoles no gozan de buena fama en el extranjero! ¡No se los tiene por *religiosos*, porque muchas veces se los ve descuidar lastimosamente las prácticas de nuestra religión: y se los tiene por *escandalosos*, porque se los ve lanzarse con más vehemencia que los jóvenes de otras nacionalidades, a las locuras de la vida mundana en sus manifestaciones más extremadas y abominables!

De manera que, mientras los españoles celosos de la pureza de nuestra fe ¡claman por que *no vayan* nuestros jóvenes al Extranjero! por temor de que la desdoren; los extranjeros celosos de la moralidad pública, que en sus países se respeta ¡claman por que *no vayan* jóvenes españoles! temerosos de que les han de llevar la perturbación y aun la corrupción moral.

Por mucho que doliera a nuestro patriotismo, hemos tenido que escuchar hartas historias de éstas, y como no las sabemos en secreto de confesión, claro está que pudiéramos referirlas muy por menor, si necesario fuera. Pero baste decir, para rubor nuestro, que en Colegios religiosos de Alemania y Bélgica, y creo que también de Inglaterra, *¡se han dado casos* de rehusar la admisión a jóvenes españoles, no más que por *ser españoles*, temiendo la repetición de historias antiguas que los habían dejado *escamados!*

Pero ¿es que nuestra moralidad será más endeble que la de aquellos países, donde alternan católicos y protestantes con judíos y cismáticos? ¿Es que nuestra juventud será por temperamento más débil para resistir a las seducciones de la impureza? ¡No! Lo que hay, sencillamente, es que, no concordando nuestras costumbres, ni el desarrollo y temperamento de nuestra juventud, con las costumbres y desarrollo normal en aquellos países, los que a ellos se dirigen sin prevención, se hallan en circuns-

tancias *anormales*, en las que es, naturalmente, más difícil evitar el mal y perseverar en el bien.

Nuestros jóvenes, en primer lugar, se desarrollan más rápidamente que los ingleses y alemanes. Los quince años de España casi equivalen generalmente a los diez y nueve o veinte del tipo normal alemán, en particular en lo que mira al desarrollo de ciertas pasiones. La mayor parte de los adolescentes alemanes de quince años, ofrecen la timidez y cortedad que apenas se halla aquí en los once, sobre todo en las ciudades.

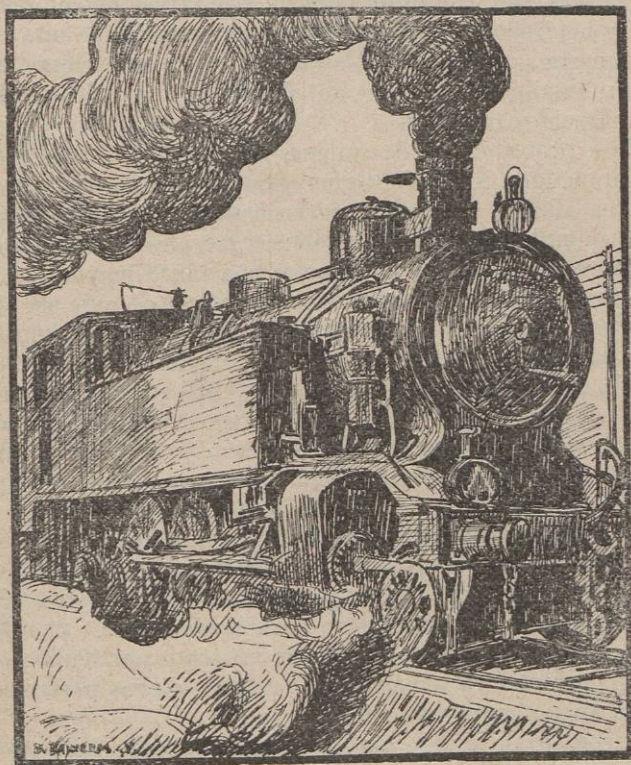
Además, por efecto de su temperamento algo más frío, los pueblos del Norte tienen *ciertos usos*, exteriormente más *libres*. Cosas que entre nosotros serían peligrosas, y por esa razón se previenen en el trato social de las personas honestas, se hacen allí impunemente, *según parece*. Baste aducir, por vía de ejemplo, la costumbre inglesa de besarse en la Nochebuena, bajo el *mistletoe*, los jóvenes de uno y otro sexo.

Añádase a esto que, a los españoles que van a aquellos países, les llaman naturalmente la atención las melenas como el oro, y la rubicundez de los colores, y es fácil comprender que, jóvenes que no son *peores* que los extranjeros, juntándose para conspirar contra ellos, su misma precocidad, con la impresión de lo nuevo y la libertad de las costumbres exóticas, den peor cuenta de sí que sus semejantes de distinta raza.

Estas causas han de hacer que, los que vayan al Extranjero, sean avisados con mucha insistencia, y muy en particular, sobre la necesidad y los medios de evitar esos peligros; en lo cual no descendemos aquí a más pormenores, por no ser cosa recóndita, y haberse de aplicar a cada caso según las necesidades del individuo.

Lo único que hemos de advertir es, que *gran parte* de ese peligro queda conjurado, si los jóvenes van al Extranjero con *la idea fija* de labrar su porvenir; no para vivir allí cierto número de años, verbigracia, en los estudios de una Escuela técnica o Universidad; sino como

de paso, con la prisa de aprender lo que necesitan; con la estrechez y espíritu de economía que les impondrán las circunstancias en el artículo anterior descritas; y sobre todo, con una sólida formación moral y religiosa.



El joven que, inspirado en nuestros consejos, se haya abstenido de fumar, de copear, jugar y vaguar, y haya contraído hábitos de trabajo y ahorro, fácilmente evitará los peligros morales en su país y en el Extranjero; mientras que, si no tiene esas costumbres, no será mences-

ter que vaya al Extranjero para perder la moralidad, ¡pues no hay aldea tan reducida, que no le ofrezca ocasiones suficientes para todo género de naufragios!

Y lo mismo podemos decir de la *Religión*. Ciertamente: un trato *largo, asiduo, íntimo*, con heterodoxos, casi nunca está exento de peligro, y le ofrece mayor donde los heterodoxos presentan las exterioridades de una vida honesta y moralmente laudable. Pero este riesgo no es tan inminente como el antedicho, y se puede obviar con parecidos remedios.

Los protestantes, de quienes se habría de temer el mayor peligro, no suelen tener grande espíritu de proselitismo. Por lo cual, si un joven católico, viviendo entre ellos, cumple con sus obligaciones morales y religiosas, fácilmente conseguirá su respeto; con tanto mayor motivo, cuanto ellos profesan ahora la creencia de que, así los católicos como los protestantes, están en buen camino para la salvación eterna; de donde les nace cierta tolerancia, en sí falsa, pero no siempre inútil para el extranjero. Por el contrario: si ven que un católico no es religioso, ni practica lo que su profesión prometía; le desprecian, y sacan de ello argumento para felicitarse y vivir consoladísimos en su *reformado* Evangelio.

Los *pastores* protestantes suelen estar bien ocupados en cuidar de sus hijos y mujeres, y por ésta y otras razones, no muestran, *en su país*, tanta *acometividad* como cuando vienen al nuestro para *misionarnos*. Por lo cual, salvo casos excepcionales de un trato particular, el riesgo que pudiera temerse por parte de dichas personas, queda sumamente reducido.

Incomparablemente mayor es el peligro de *heterodoxia*, no tanto religiosa como racionalista, en los estudiantes que acuden a las Universidades o Escuelas superiores extranjeras; pues allí oyen las ideas más erróneas, vestidas con las galas de la erudición, y enaltecidas por el crédito de los *grandes nombres* científicos. Es casi un milagro que un joven católico saque incólume su fe (si

no la lleva extraordinariamente bien fundada) de un trienio en la Universidad de Berlín u otras semejantes. Pero no tratamos, en el presente libro, de los *estudios científicos* hechos en el Extranjero (los cuales creemos no pueden aprovechar sino a hombres ya muy formados y maduros), sino de una breve estancia en los países donde florecen determinadas industrias o ramos del comercio, para aprender sus procedimientos, o por lo menos, orientarse en sus adelantos. Y esto no hay duda que es sin comparación menos peligroso, no sólo para la fe, sino también para las costumbres.

Pero ya que hemos puesto esta cuestión sobre el tapete, no queremos dejarnos en el tintero (o en la máquina de escribir) otra consideración que importa no perder de vista, y es la de la *defensa nacional* contra la invasión de las profesiones religiosas heterodoxas.

No conocemos caso ninguno de jóvenes españoles que hayan vuelto protestantes, por haber ido a aprender en el Extranjero la fabricación de los vinos espumosos o de los productos químicos, etc. Mas en cambio, es cosa por nadie ignorada, que las pequeñas comunidades protestantes, que viven en nuestro país, constan en su mayor parte de industriales extranjeros, venidos acá para vendernos sus productos, o ejercitar las industrias que nosotros no poseemos. Y no es eso lo peor; sino que, con una docena de esos industriales (que no harían falta aquí, si algunos de nuestros jóvenes hubieran ido antes a aprender lo que ellos hacen), con un ex-cura enemistado con el celibato eclesiástico, y otra docena de personas simples, que constituyen su *grey*, se forma una *capilla*, que viene a ser piedra de escándalo para los ignorantes, boquete por donde se nos entran en casa los extraños, y baldón de nuestra tierra española, con tantas luchas reconquistada para la fe católica.

¡En todas las guerras, el mejor método de defensa es tomar la ofensiva!

ARTÍCULO XXVII

La vocación divina

Hemos dudado si debíamos hablar, en este lugar, de la materia del presente artículo, porque, por una parte, no parece que, hablando entre católicos de la *elección de estado*, se pueda omitir enteramente la mención de la más subida de todas las vocaciones. Mas, por otra parte, el título mismo y el asunto de este libro, son ajenos a la vocación religiosa y eclesiástica; como quiera que nos hemos propuesto descubrir a la juventud *el secreto del éxito*, y no es el *éxito* temporal lo que se ha de pretender o buscar en el *estado eclesiástico o religioso*. Para cumplir a la vez con una y otra consideración, nos limitaremos a brevísimas indicaciones acerca de esta importante materia, no tanto tratándola de propósito, cuanto relacionándola con el asunto propio de este libro.

Todos los hombres tenemos un mismo *fin último*, ultramundano y sobrenatural, que es la salvación de nuestra alma, mediante el servicio de Dios; y todos tenemos también obligaciones respecto de la salvación eterna de nuestros prójimos, a la cual hemos de contribuir, por deber de caridad, en la medida de nuestras fuerzas. Pero en el modo de relacionar el fin *social o mundano* con el fin *ultramundano y eterno*, hay dos sistemas legítimos. El primero es el de los legos seculares, los cuales pretenden *inmediatamente* el fin terreno y social: *el éxito* de que hemos venido hablando; bien que, con tal orden, que lo refieran al fin último *sobrenatural*. Estos se valen de todos los medios de medrar en el mundo, *que no son opuestos* a la salvación o incompatibles con ella.

Al contrario: los que eligen, por divina vocación, el estado *eclesiástico* o *religioso*, han de pretender *inmediatamente* el fin espiritual y sobrenatural de la salvación de las almas y perfección de la suya propia; por más que esto no les impida, sobre todo a los eclesiásticos (no religiosos), pretender y emplear todos aquellos bienes temporales, que *no se opongan* al fin primario espiritual de su vocación.

Desde luego se comprende que, ni los eclesiásticos ni los religiosos, deben aspirar al *éxito temporal*, por lo menos de una manera directa y primaria, como legítimamente aspira a él, la juventud a quien no llama Dios por esos particulares caminos. Por eso, el estado eclesiástico, y muy particularmente el religioso, se llama estado de *renunciación*. ¿Qué es lo que renuncia el joven que abraza uno de esos santos estados? Renuncia cabalmente al *éxito mundano*; renuncia a constituirse una *familia*, a hacerse una *fortuna*, a ser cabeza de una serie de descendientes, para quienes se afana el seglar por granjear un *nombre* y una *hacienda*.

Este concepto es fundamental, para que un joven pueda discernir si tiene o no vocación eclesiástica o religiosa. El principio de una y otra ha de ser la *renunciación* de los éxitos mundanos, aun los más honestos y legítimos.

“Yo quiero ser religioso, para vivir tranquilamente en un monasterio, y consagrarme en él a mis estudios, con que adquirir un nombre en la Ciencia, y por ventura una posición en el mundo.” — ¡Pues, *no tienes vocación* religiosa!

“Yo quiero ser clérigo, para estudiar de firme, obtener por oposición un canonicato y llegar por ahí a ser obispo, en cuya dignidad pasaré honrado y tranquilo los días de mi vida.” — ¡Esa *no es vocación* sacerdotal!

Tal vez se hallan algunos jóvenes de familias humildes, cuyos padres no tienen facultades para darles otra carrera literaria. Mas para el sacerdocio hay ciertas ayu-

das, en becas de seminarios o colegios benéficos; por lo cual, *con el fin* de llegar a tener una carrera, para que se sienten con talento, abrazan la sacerdotal, solamente por la imposibilidad de procurarse otra. ¡Estos no entran en el sacerdocio por la puerta de la vocación, sino por la ventana de la ambición, y es mucho más difícil que lleguen a ser sacerdotes edificantes, provechosos para sí y para los demás!

Lo mismo enteramente sería, si uno entrase en una Orden religiosa, con el fin de recibir allí los estudios, que en otra parte no tiene medios de procurarse, ya lo hiciera con fines puramente científicos, ya por ambición de llegar por ese camino a las dignidades y puestos elevados.

Para que la vocación eclesiástica o religiosa sea *legítima*, ha de poner por base la *renunciación* de los éxitos mundanos, y enderezarse, *como a fin primario*, a la *salvación y perfección* de los prójimos.

Sobre esta base indispensable, se pueden construir dos diversos edificios; porque el *eclesiástico* secular admite o puede pretender todos los bienes humanos que *no son incompatibles* con ese fin primordial de su vocación y estado; al paso que, el *religioso*, va más allá, y quiere *seguir pobre a Cristo pobre*, y vivir en humildad, por imitar al Señor que por nosotros se humilló, aunque por sus talentos y merecimientos pudiera lograr fácilmente honores y riquezas. En una palabra: el religioso no se contenta con seguir el camino de los *preceptos*, sino elige el de los *consejos evangélicos* (pobreza, castidad y obediencia).

El *éxito* de la vida sacerdotal no está, pues, en subir a las más elevadas dignidades, ni en obtener grandes riquezas; ni el *éxito* de la vida religiosa consiste en sobresalir en algún ramo científico, aunque con esto adquiriera honra para sí y para la Asociación religiosa a que pertenece, o generalmente, para la Iglesia. No decimos que esto no pueda ser provechoso y digno de desearse; pero no constituye el *éxito* del religioso o del sacerdote, porque

es puramente *adjetivo* respecto de la finalidad de su vocación.

Ciertamente, el clérigo que, sin las virtudes propias de su estado, se distingue en las ciencias, o asciende a grandes dignidades y acumula riquezas; aunque se convierta al fin de su vida y consiga salvarse eternamente, no habrá obtenido el *éxito* de su vocación: será un *fracasado*, ni más ni menos que el joven que, habiendo abrazado una carrera facultativa, por desaplicación o inconstancia se ha tenido que acoger luego a un destinillo mísero.

El religioso que, olvidado de la *perfección* que se propuso alcanzar, se entrega exclusivamente a la ciencia, a la política, a las obras sociales, aunque llegue a ser ministro o regente de un reino, como Cisneros, y una lumbrera de la ciencia, o realice maravillosas empresas sociales, será un *fracasado* a los ojos de Dios y de los hombres sensatos, que juzgan con verdadera prudencia; pues, escrito está que, *de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si padece detrimento en su alma*; y aunque al fin llegue a salvarse, no se puede negar, que padeció detrimento y verdadero naufragio de su alma, el que descuidó malamente la perfección que había prometido.

Aquél ha de considerarse de verdad como *fracasado*, que yerra el blanco donde apuntaba la principal actividad e intención de su vida; y esto es lo que acontece con los sacerdotes o religiosos que no procuran su perfección y la salvación de sus prójimos, por más que en otros órdenes obtengan admirables resultados.

Estas ideas las han de tener muy presentes los jóvenes, al deliberar acerca de elegir su *profesión*, cuando se sienten inclinados a abrazar el estado religioso o eclesiástico. Acuérdense, que *la profesión* de los tales, no es predicar, o confesar, o estudiar; o enseñar; todos éstos son accidentes de su profesión; pero su profesión es *salvarse y salvar, perfeccionarse y perfeccionar* a sus prójimos, en toda la medida de sus fuerzas. El que se sienta llamado

por Dios a esta profesión, ése tiene vocación religiosa o eclesiástica, y en el logro de esa altísima finalidad, ha de mirar el *éxito* de su vida, no en el de otras cosas accidentales.

Con la brevedad que aquí nos hemos prescrito, diremos, que la vocación divina se presenta de dos maneras principales: por cierto modo de *ordenación*, y por modo de *conversión*.

Hay jóvenes que, por la pureza de sus costumbres, la mansedumbre de su carácter, su constante inclinación a las cosas de piedad y devoción, y a las obras del celo de las almas, parecen *ordenados* desde la niñez a servir a Dios en su santo templo. A los tales sólo les hemos de aconsejar, que no precipiten la resolución definitiva de su vocación, antes de llegar a la edad en que se comienzan a despertar las pasiones (1). En lo cual pueden cometerse dos errores. El uno, funestísimo, consiste en exponer a tales jóvenes, so pretexto de *probar* si el mundo habla a su corazón, a los peligros de la sensualidad, llevándolos a los teatros, bailes y reuniones poco edificantes.

Para tener vocación a la religión o al sacerdocio, no es menester ser de *estuco* y carecer de pasiones, sino basta tenerlas tan suavemente ordenadas, que, *con la prudente cautela*, se eviten o dominen fácilmente sus rebeldías. Bástale al sacerdote poseer tal castidad, que se conserve pura alejando de sí los peligros; ; pero no es menester que pueda vivir sin chamuscarse en medio del horno de Babilonia!

Otro error es el de aquéllos que se consagran *definitivamente* a la vida sacerdotal, antes de la edad en que comienzan a despertarse las pasiones, y luego *no hacen caso* de los síntomas que pudieran indicarles no ser, el camino que han tomado, aquél a donde Dios los llama. Para evitar este inconveniente, que a veces procede de la

(1) Por eso la Iglesia no admite antes de esa edad los votos religiosos.

avaricia, por no perder una carrera ya comenzada; otras veces de cierta cortedad y respeto humanos, pensando *qué dirán* del que *cuelga la sotana* (esta frase no se debiera aplicar sino al *sacerdote apóstata*); para evitar, decimos, talés inconvenientes, se ha deseado recientemente, que los estudios preparatorios de los jóvenes aspirantes al sacerdocio sean de tal naturaleza, que les faciliten abrazar otra carrera, en caso de que, con el progreso de la edad, se entendiere no ser real la vocación que en su niñez creyeron tener.

Otros son llamados, a la religión o al sacerdocio, por *conversión*; y éstos, unas veces estaban ya en posesión de los éxitos sociales, o tocándolos, como quien dice, con la mano, cuando el Señor los derriba y hace mudar de camino (como a San Pablo en el de Damasco); otras veces son *fracasados o desorientados* del mundo, de quienes Dios se compadece, haciéndolos aportar a la playa hospitalaria de la religión.

En esta parte, sólo hay que advertir, que la *vida monástica* no es un desván de trastos inútiles, donde pueden recogerse los que por su culpa han venido a ser tales. Antes al contrario; es máxima muy acreditada, que quien no sirve para el *mundo*, tampoco sirve para la *religión*. Es a saber: que los que son ineptos para la conquista del *éxito*, tampoco suelen ser aptos para conquistar la *perfección religiosa*.

Pero no es menos cierto que, los que tienen cualidades naturales, con que *pudieran* haber conquistado los éxitos mundanos, y fracasaron por su liviandad o falta de tino, o por los pecados en que pasaron su juventud; si de veras *se convierten* y enderezan sus pasos, pueden ser todavía de mucho provecho en la religión, donde la *edad del hombre* no tiene las etapas tan fijas como en la *vida social*.

El que se convirtió y abrazó la carrera a los veinticinco años, si se da prisa para recobrar el tiempo perdido, aún podrá hacer mucho por Dios y por su Santa Iglesia,

y sobre todo, tendrá tiempo suficiente para *hacerse santo*, que es el negocio principal que hallará en su nueva vida. Al paso que, en la sociedad moderna, el que llega a los veinte años sin haberse orientado definitivamente, está muy a pique de *llegar tarde*, y encontrar que se le han anticipado legiones de jóvenes valerosos, que van, sin retroceder ni perder tiempo, a la conquista del *éxito* anhelado.

Para que esto no suceda a mis lectores, estudiaremos ahora los *medios* para llegar a tiempo y obtener la victoria.

ARTÍCULO XXVIII

El trabajo

El acierto en la elección de una profesión es, sin duda alguna, un paso de los más trascendentales de la juventud; pero estamos profundamente persuadidos que, la mayor parte de los jóvenes que se pierden o fracasan, no caen tanto en esa desgracia por la mala elección, cuanto por la falta de *aplicación al trabajo*.

“El trabajo intenso, el trabajo persistente, dice un autor varias veces citado, es el precio del verdadero *éxito*. Con harta frecuencia se consideran los resultados felices, como efecto del genio o de la suerte; pero la suerte les toca a pocos, y del genio se suele hacer mayor estima de la que merece. Para el 90 por 100 de los jóvenes, el éxito estriba en la aplicación constante de sus propias energías. Se ha dicho con mucha verdad, que el *genio* del rudo trabajo, es la mejor especie de genio.”

En esta parte, reina un engaño muy común en lo que se refiere a los artistas, cuyos aciertos se atribuyen generalmente a la *inspiración*. Creen muchos jóvenes, que las grandes creaciones del arte se produjeron en un estado semihipnótico, o en un arrebató parecido a la locura; y que salieron de las manos de sus autores, como Venus de las espumas del mar, o como Minerva, armada de punta en blanco, de la cabeza de Júpiter. ¡Pura *leyenda*! Los grandes artistas han sido incansables trabajadores, y la mayor ventaja que les ha producido el genio, ha sido enamorarlos del trabajo, hasta hacérselo en cierto modo deleitoso; pero en ninguna manera *dispensarles de él*.

Sabemos de algunos literatos, a quienes cada obra de ésas que parecen escritas jugando, les costaba una verdadera enfermedad, por la intensidad y concentración con que producían. Aquella dura ley: *Engendraréis con dolor*, parece extenderse en cierto modo a la creación artística. Los grandes artistas son los que han alcanzado la *difícil facilidad*; es decir, esa perfectísima ejecución, que esconde, a los ojos del que goza de su obra, las amarguras y afares que les ha costado.

Se refiere de un pintor que, queriendo pintar la espuma en la boca de un caballo fatigado, después de muchas vanas tentativas, arrojó contra el lienzo, lleno de ira y desesperación, la esponja con que una y otra vez borrara lo mal pintado, y dando, casualmente, en la boca del caballo, dejó perfectamente impresa en ella la imagen de la espuma. ¡Pase por leyenda; pero, en todo caso, aun aquí no acertó la esponja, sino después de haber pasado muchas veces el pincel! Más histórica es aquella otra máxima de un gran pintor antiguo, que no se acostaba ningún día sin haberse ejercitado en su arte. *Hoy no he trazado una línea*, decía, con remordimiento, al llegar la noche de un día pasado en diferentes ocupaciones.

Miguel Angel, cuando se hallaba ocupado en sus maravillosos trabajos de la Sixtina, dícese que no los interrumpía ni aun para comer; y así, tenía siempre a mano algún bocado, y lo comía de cuando en cuando sin suspender el trabajo. ¿Qué autor parece más fácil y fecundo que Cicerón? No obstante, sabemos que pasó su juventud y toda su vida en un incesante trabajo, estudiando todos los autores, y ejercitándose con todos los maestros de quienes tenía algo que aprender. Pero, aun así, hay otro orador que venció a Cicerón en la elocuencia, porque venció a todos en el trabajo. Demóstenes, el primer orador que hubo y quizá habrá jamás en el mundo, era tartajoso, y venció la dificultad de su lengua poniendo ciertas piedrecillas en la boca y acostumbrándose a hablar de este modo. Tenía la respiración angosta para pronunciar

períodos largos, y ensanchó sus pulmones declamando en voz alta mientras subía una empinada cuesta. Para perfeccionar su estilo ático, copió ocho veces la historia de Tucídides, y se la aprendió de memoria; y para obligarse a perseverar en su estudio y encierro, se rapó la mitad de la cabeza, con el fin de imposibilitarse el comparecer en público.

Newton, para formular su famoso binomio, hizo una cantidad de cálculos estupenda; Watt trabajó treinta años en su máquina de vapor, y Jorge Stéphenson, quince en su locomotora. No acabaríamos, si quisiéramos decir todo lo asombroso que refiere la Historia de la Ciencia y de las Artes, acerca de la tenacidad en el trabajo, que ha distinguido a todos los hombres notables. Y si entre los que han alcanzado un nombre ilustre, hallamos estas experiencias, no menos estupendos ejemplos nos ofrecen los que han acumulado grandes fortunas.

El *trabajo* es propiamente el título primordial con que el individuo se apropia los bienes terrenos, que por su naturaleza son comunes; pero, además, el trabajo es la más copiosa fuente de riqueza. Los bienes naturales no son sino la base elemental de las riquezas de los individuos y de los pueblos; pero para edificar sobre esa base y formar las grandes fortunas, no hay otro secreto sino el trabajo.

No hay *arte* ninguno que pueda dispensar del trabajo. Lo único que puede hacer el arte es aliviar el trabajo y hacerlo más fecundo, y el principal recurso con que se obtiene lo uno y lo otro, es el *orden*.

Se puede concluir con mucha certidumbre: *no trabaja*, luego no alcanzará el *éxito*; pero, desgraciadamente, no puede sacarse la conclusión recíproca; y la razón principal es, porque muchos trabajan *sin orden*.

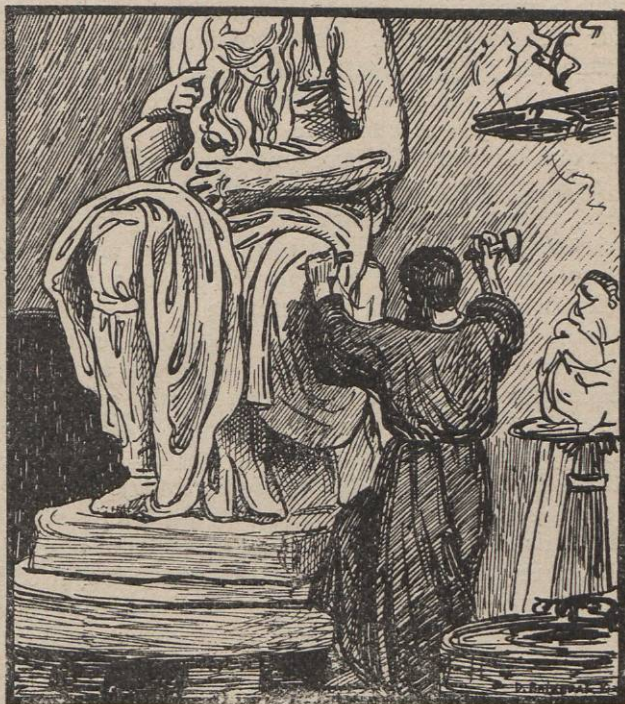
En todos los ramos se hallan jóvenes, que trabajan con ardor y adelantan poco; y si se examina de cerca la causa de su fracaso, se descubre, ser la falta de orden. Estudian, verbigracia, *demasiadas cosas a un tiempo*, por

donde se ven en la necesidad de saltar de unas a otras sin haber asimilado ninguna, ni sentado el pie firme en ellas. Esta es una de las principales causas de la esterilidad de los estudios que se hacen ahora, sobre todo en la segunda enseñanza, en la cual se principian muchas ciencias, y no se llega en ninguna a un grado regular de solidez; de donde resulta, olvidarlas en pocos meses, sin que quede apenas rastro de lo sabido. Los que hacen eso por la dura necesidad que les imponen los planes oficiales absurdos, son dignos de lástima. Pero hay también muchos jóvenes, que se cargan voluntariamente de excesivo número de materias. Y lo mismo que en los estudios, puede acontecer en otras profesiones, en la industria y en el comercio.

En otro tiempo pudo pasar por una maravilla, un hombre que había fabricado con sus propias manos todas las prendas de su vestido y armamento. Hoy ese personaje sería ridículo y desaprovechado, y ninguna de sus prendas sería presentable en el comercio. La moderna división del trabajo, al paso que facilita la labor, exige mayor perfección en ella; por lo cual, un joven que abraza demasiados oficios, fracasará indudablemente; y lo mismo le sucederá al comerciante que quiera tratar en demasiado número de artículos, el cual acabará por no ser verdaderamente inteligente en ninguno, y quedarse a la zaga de sus competidores en cada uno de ellos.

La juventud ha de tomar, en esta parte, un camino medio entre la *especialización prematura* o excesiva, y la *dispersión* en demasiados ramos. No puede la juventud especializarse en el grado que el hombre ya adulto, y colocado definitivamente en una posición social; precisamente porque le falta ésta, y no sabe con certidumbre, cuál será al fin *el pito* que habrá de tocar; pero tampoco debe dispersarse en tantas cosas, que no haga ninguna bien; sino le pasará como a ciertos músicos de aldea, que tocan todos los instrumentos, pero los tocan todos mal, y así no pueden tocar en una orquesta decente.

El único remedio, para evitar ambos escollos, es dedicarse *con especialidad* a una cosa: aquélla a que más nos inclina la vocación; pero cultivar, al propio tiempo, algunas otras cosas afines, con carácter de secundarias, para estar en disposición de dedicarse a ellas el día de



mañana. Así, verbigracia, el futuro abogado, no debe hacerse, durante la carrera, tan mercantilista, que no conozca medianamente el Derecho civil, ni darse de suerte a la ley hipotecaria, para aspirar al Notariado, que no cultive suficientemente el Derecho canónico. El futuro oculista no se ha de enfrascar tan pronto en el estudio de

los ojos, que resulte del todo inhábil para curar una pulmonía; pues, no sabe adónde habrá de ir a parar. Y lo mismo se diga de las profesiones industriales.

Pero el principio de orden más importante y, por ventura, el más necesario para la juventud, cuya ligereza la lleva al extremo opuesto, es *proceder por partes*, en todo estudio o aprendizaje, no pasando a la segunda, hasta dominar bien la primera. Comiéncese en todo ramo por *enseñorearse perfectamente de los elementos*, con lo cual se podrá luego correr con celeridad. Pero, si en ellos se claudica, siempre se andará a tropezones.

El que, estudiando idiomas, no comienza por aprender con toda *seguridad* los elementos necesarios de su Gramática, andará luego siempre a remolque, y los dedos se le volverán huéspedes a cada paso. El que entra en las Matemáticas superiores sin poseer con toda perfección las elementales, perderá un tiempo precioso, hallará dificultades invencibles, y al fin no tendrá más remedio que retroceder o sucumbir. Una cosa semejante acontece en todas las disciplinas teóricas, y más, si cabe, en las prácticas. Si comenzáis a hacer las cosas a remiendos, *remendón os quedaréis toda la vida*, perdiendo una gran parte de las energías, dificultando el trabajo y, tal vez viniendo, por ese camino, a perder la perseverancia.

Procede lente, decían los antiguos; adelanta despacio; y si os parece que os va a faltar tiempo, apelad al dicho de aquel rey, a su ayuda de cámara: *Vísteme despacio, que voy de prisa. No por mucho madrugar amanece más temprano y bástale al día su malicia*. El que hace bien, en cada hora y en cada momento, lo que entonces está haciendo, hace todo lo que puede y debe para alcanzar el éxito de su actividad total. Pero de esto diremos más en particular, por la especial importancia de esta materia.

ARTÍCULO XXIX

Distribución del tiempo

Uno de los principales elementos del *orden*, en el trabajo, es la *distribución del tiempo*.

Ya hablamos, en otro lugar, de la importancia suma de aprovechar el tiempo, que constituye el caudal más precioso e irrecobable de la juventud. Pero, aun teniendo la persuasión del valor del tiempo, hay muchas personas que no encuentran el *arte de aprovecharlo*, por no saber ordenar sus ocupaciones, mediante una buena distribución del día. Si, pues, quieres trabajar con orden, y provecho, y que *no se te escape una partecilla del precioso don* de esos años, que han de decidir de tu futura suerte, comienza por formarte una buena *distribución del tiempo*, y sé fiel en observarla.

La base de toda buena distribución, ha de ser el *levantarse temprano*. *A quien madruga, Dios le ayuda*, dice un antiguo refrán; y los higienistas modernos han descubierto muchas razones poderosas, para anteponer la costumbre antigua de levantarse temprano, a la moderna perversión de la vida, común principalmente en las grandes ciudades españolas, de levantarse tarde y trabajar de parte de noche.

“¡Hay que condenar absolutamente la prolongación del trabajo hasta media noche! dice Julio Payot; pues, es sabido que la temperatura de la sangre comienza a bajar desde las cuatro de la tarde, y que, por la noche, tiene tendencia a llenarse de materiales de desasimilación!” Por esta causa, empobrecido el cerebro, o pro-

visto de sangre menos pura, no puede dar a esas altas horas de la noche un trabajo intenso y perfecto; y aunque es más fácil hallar por la noche el silencio y quietud exterior, esta ventaja no compensa el daño del organismo, obligado a ejecutar su trabajo en malas condiciones. A esto se agrega, que la fuerza que se hace quien vela trabajando, estimula excesivamente el sistema nervioso, con perjuicio de la tranquilidad y fuerza reparadora del sueño. Por eso las personas que trabajan de noche, suelen padecer, así en la nutrición como en la irritabilidad morbosa de los nervios.

Por otra parte, la tranquilidad y silencio exteriores, son más fáciles de obtener por la mañanita que por la noche; pues, en las ciudades, la inmensa mayoría de la gente se levanta tarde, y así reina por las mañanas un silencio apacible, cual se halla en las aldeas a todas horas del día.

La primera providencia, pues, que ha de tomar un joven que quiere trabajar de firme, es asegurar las horas suficientes de sueño reposado, y para esto, *no acostarse tarde*. En las familias donde se come a la española, y se cena generalmente entre ocho y nueve, es preferible no hacer ya trabajo ninguno después de cenar, si no fuere alguna lectura ligera, o la preparación, *de memoria*, de las materias ya de antemano entendidas y preparadas, con el fin de repetir las luego en despertando por la mañana; que es medio acreditado para fijarlas tenazmente en la memoria: *lección dormida, lección sabida*.

Acostándose a las *diez*, no debe un joven levantarse más tarde de las *seis* de la mañana; pues, *ocho horas* de sueño son muy suficientes para esa edad, si se duerme reposadamente, como suelen los jóvenes laboriosos y mo-rigerados. Pero como no es posible fijar una *regla general* para todos, por la influencia que tiene en esta parte el temperamento y la salud de cada uno, baste indicar, que cada cual tome el pulso a lo que necesita, y no permanezca en la cama más tiempo que el necesario para

el descanso; pues, en el emperezar por la mañana en el lecho, está uno de los mayores peligros para la castidad juvenil.

Para saber el tiempo de sueño que necesitas, debes levantarte, durante uná o dos semanas, una hora más temprano de lo que sueles. Si con esto te hallas muy soñoliento entre día, aun pasada la semana, puedes tomar media hora más. Si, por el contrario, ves que te hallas bien, puedes tentar levantarte otra media hora antes. De esta suerte, por un método experimental vendrás a conocer pronto las horas del sueño que necesitas. Pero atiende mucho a que algunos sienten sueño por la mañana, porque no se duermen luego al acostarse por la noche. Por esto has de madrugar un suficiente número de días, hasta que contraigas el hábito de acostarte con sueño y dormirte en seguida; y sólo entonces podrás comenzar a conocer con seguridad, si es suficiente el sueño de la mañana; pues, los que no se duermen pronto después de acostados, no es de maravillar que anden soñolientos si se levantan temprano.

El sueño excesivo, dice el autor citado, espesa la sangre, deja impresionable al frío, e infunde morosidad y tristeza. Por el contrario, en cuanto te acostumbres a levantarte temprano y lavarte muy bien (si tienes comodidad para ello, tomando una ducha, o lavando todo el cuerpo con una esponja y agua fresca), te hallarás luego, a los pocos minutos, despejado y templado de ánimo y cuerpo.

Una vez levantado, y hechas las breves oraciones que tengas de costumbre, o por lo menos, solicitada la gracia y favor de Dios para las obras del presente día, es menester que entres desde luego en tu *distribución*, en la cual debe estar *todo previsto*.

Nada hay peor que sentarse a la mesa de estudio sin saber a punto fijo *qué tengo que hacer*; pues, en tal caso, ¡fácilmente se tira de un libro, luego de otro *menos fastidioso*, y se acaba por coger una novela! Antes de acos-

tarte has de prevenir lo que tienes que hacer por la mañana, y en esto emplearás, mejor que en leer, los últimos minutos de la noche.

La *distribución* ha de tener tres condiciones principales: *variedad, fijeza y amplitud*.

La variedad no siempre puede ser, ni es necesario que sea, relativa a las *materias*; pero debe, por lo menos en el trabajo continuado, haber variedad en la *forma*, alternando discretamente el leer, el escribir, el aprender de memoria, el resolver problemas o hacer trabajos manuales. Y si para tus ocupaciones has de salir de casa, hay que combinar hábilmente estas salidas, para que vengán a interrumpir con oportunidad las horas de trabajo sedentario.

Para esto, al trazar la distribución del día (lo cual conviene hacer sobre el papel), comenzarás por señalar los *puntos fijos*; es a saber: aquellas ocupaciones cuyo tiempo es independiente de tu voluntad. Por ejemplo: un estudiante tiene que asistir a tal hora a tal clase, y a tal hora a tal otra. Un dependiente tiene tales horas de taller o de oficina, etc. Los espacios intermedios entre esas distribuciones fijas, es lo que tú tienes necesidad de distribuir, procurando la posible alternativa de ocupaciones mentales y ejercicios corporales, o por lo menos, *posiciones del cuerpo* diferentes en el trabajo.

Muchos hombres se agravan el trabajo y destruyen la salud, por continuar indefinidamente en una misma postura, verbigracia, sentados o en pie, siendo así que la mayor parte de las ocupaciones sufren hacerse de varios modos. Se puede estudiar a ratos paseando, sentado, de pie; se puede escribir algunos ratos de pie, si se tiene un pupitre a propósito; y careciendo de él, me he valido yo muchas veces de poner sobre la mesa una silla, y encima una almohada. Además, son pocos los que no tienen ocupaciones distintas, que puedan alternar convenientemente.

La *fijeza* de la distribución, ha de evitar los tiempos en que se queda uno sin saber qué hacer; pues, quien tie-

ne una buena distribución, halla siempre en ella lo que la *hora* presente le ofrece. Además, con la observancia de esa distribución fija, se introduce en las ocupaciones un *ritmo*, favorable para el medro en todo género de trabajos, y al mismo tiempo se ayuda a la salud corporal. Al contrario, el que no trabaja con distribución fija, procede de ordinario por *arremetidas*, como los salvajes, que un día comen y beben hasta hartarse y emborracharse, y luego se pasan dos días sin comer. Pues, así como el hombre culto introduce orden y ritmo en sus comidas (con beneficio de la salud), así debe introducirlo y observarlo en las ocupaciones, no dejándose vencer por ímpetus ni desganas, sino procediendo siempre con un paso regular, que facilita mucho la marcha larga.

Finalmente, ha de tener la distribución cierta *amplitud*, que la libre de una rigidez absurda, y dé margen para acomodarla a los diferentes estados del cuerpo y humores del ánimo, y a las circunstancias variables e imprevistas de la vida. Mas junto con esto, si queréis aprovechar ese tiempo precioso que ahora se os concede, habéis de ser un poco *intransigentes*, y defender vuestra distribución contra visitas importunas, invitaciones halagüeñas de los amigos, curiosidades, etc. ¡Sea para vosotros, vuestra distribución, una persona de respeto que os está aguardando cada hora, y a quien no es lícito hacer esperar sin gravísima causa y sólo por breves minutos!

Viniendo ya a lo particular, de la manera que aquí puede hacerse (pues la distribución de cada uno se ha de acomodar a sus circunstancias especiales); presupuesto el levantarse a las *seis* de la mañana todo el año, conviene trabajar un par de horas en ayunas, pues el sueño repara las fuerzas y excluye la necesidad de tomar alimento al levantarse, para las personas de salud normal y de vuestra edad.

Esas dos horas matutinas son preciosísimas para resolver problemas o cuestiones difíciles, para aprender de

memoria lecciones preparadas de parte de noche, escribir trabajos originales, etc.

Luego (a las ocho), es necesario tomar el desayuno español (no el *breakfast* inglés, que le deja a uno dispuesto sólo para irse a paseo), sea chocolate, mejor café con leche, o un ligero desayuno de tenedor; y si se ha de salir de casa a esa hora, o un poco más tarde, es bueno tomar el desayuno inmediatamente antes; pero en caso contrario, conviene moverse después unos minutos sin leer; verbigracia, *resumiendo* lo que se ha leído o escrito antes, o rumiándolo.

De las ocho y media hasta las doce o la una, hora de la comida española, quedan unas cuatro horas *magníficas* para trabajar (o asistir a las clases u oficinas), las cuales conviene, si se puede, dividir las en dos partes casi iguales, interrumpiéndolas con una pausa o descanso de veinte o treinta minutos, que pudiera emplearse en trabajos o ejercicios mecánicos.

La comida, y el descanso que debe seguir a ella (y en invierno puede ser un paseo al sol), han de ocupar por lo menos *dos horas*. Desde las dos o las tres, en que ese plazo se termina, se puede trabajar, en ocupaciones más ligeras que las de la mañana, un par de horas; después de las cuales, en el verano, se puede dar el paseo *cotidiano* de una hora u hora y media, y en invierno se podría hacer gimnasia u otro ejercicio en lugar cubierto. Finalmente, queda ese último tiempo del día (desde las seis a la hora de cenar), *la velada*, que en invierno es tan buena como la primera hora de la mañana, para los trabajos difíciles, y en verano se puede emplear con mucho fruto, donde fuere posible, trabajando al aire libre; vgr., paseando por el campo o por una huerta, con el libro en la mano, leyendo un poco y reflexionando o fijando en la memoria.

A esta distribución de los días de labor, hay que añadir la de los días festivos, en que se atienda al culto di-

vino, a la recreación honesta, y al repaso de los trabajos semanales.

Con una distribución de este talle, puede un joven sacarse *diez horas* diarias de trabajos serios, sin perjuicio ninguno de su salud, y con ritmo adecuado para la asimilación de lo que aprende. Quitando las vacaciones extraordinarias, hacen al año cerca de 3,000 horas, y en ese lustro vuestro 15,000 horas, en las cuales podéis conquistar vuestro *éxito social* y la felicidad para el resto de vuestra vida.

ARTÍCULO XXX

La constancia

He dicho ya varias veces, pero nunca quedará bastante repetido, que el *éxito* es negocio de *fuerza*; y no se nos oponga que *más vale mañana...*, porque eso que llaman *mañana*, no es sino otra manifestación de la *fuerza*: es la *fuerza cerebral*, que vence a la *fuerza muscular*, por la razón obvia de pertenecer a un orden más elevado.

Más sutil puede ser otro engaño, a que está muy expuesta la juventud, de confundir la *fuerza* con el *ímpetu*, que no es sino una demostración, la más débil, de la energía. Los ímpetus no excluyen la *debilidad*, como se ve claramente en el terreno moral. Hay personas de voluntad sumamente débil, y que, no obstante, después de un largo período de pasiva languidez, se disparan en un ímpetu vehemente; pero sólo es para volver a caer en el extremo de su debilidad.

Sucedee en esto lo que en los condensadores eléctricos. Con una máquina eléctrica mezquina se puede llegar a cargar una batería de botellas de Leyden, y producir un estallido o una conmoción instantánea; pero para poner en movimiento una máquina, o encender una luz eléctrica, no basta esa explosión, sino es necesaria una corriente continua, aunque no sea de tan ruidosos efectos.

Viniendo ya a nuestro asunto, hay no pocos jóvenes que, después de un curso de holgazanear, cuando se acerca la pavorosa perspectiva de los exámenes, hacen un propósito *tremendo* de entregarse a un trabajo *horroroso*... durante dos o tres semanas; y luego vuelve la depre-

sión y la holganza. ¡Por ese camino no se va al éxito, sino a un indudable fracaso!

La *fuerza* que lleva a cabo las grandes empresas humanas, no es la de esas explosiones repentinas. Ya lo hemos dicho: aun las obras de arte, que, según la opinión del vulgo, son las que más deben a la *improvisación*, no son, en realidad, sino el fruto de un trabajo *constante*, y no hay *inspiración* fecunda sin *asiduidad* previa. La explosión de la pólvora, que rompe las peñas, supone un laborioso trabajo de horadar y apretar el explosivo en el orificio. La *inspiración*, el *arranque* del artista, presupone una prolija elaboración de los elementos de su obra, un larguísimo y afanoso estudio del natural, un ejercicio incesante en estudios y bocetos preparatorios. La *inspiración* no es sino la *fusión* de los elementos de la obra artística, acumulados y elaborados con un trabajo titánico.

Los indios encienden el fuego con dos palos secos. La chispa salta en un instante; pero a ese instante de la iluminación, ha debido proceder un largo trabajo de fricción, con que se produce el calor de que la chispa nace y la luz irradia. Todos estos ejemplos, y otros infinitos que pudieran acumularse, demuestran que no basta cualquiera trabajo, sino es necesaria la *constancia*.

La *constancia* es el denominador común de todas las virtudes; y los juristas romanos, siguiendo a los estoicos, definían generalmente la virtud: *Constans et perpetua voluntas*. Toda virtud es la *voluntad constante y perpetua* de hacer algo o sufrirlo. No es casto el que *alguna vez* o *varias veces* guarda la castidad; antes al contrario: ningún hombre hay tan deshonesto, que no sea casto *algunas veces*. No consiste la justicia en abstenerse algunas veces de robar, sino en abstenerse *siempre*, o por lo menos, con *voluntad constante y perpetua*, de ésa y de todas las demás transgresiones del derecho ajeno. No es valiente el que *no huye siempre*, sino el que *nunca huye*, sino persevera siempre en el puesto que su honor le seña-

la. Y por la misma manera, no es *laborioso* el que trabaja algunas veces; no es *aplicado* el que algunas veces estudia, sino el que tiene *constancia* en el trabajo. Los hombres más embusteros dicen la verdad alguna vez, y los hombres más perezosos tienen algún acometimiento de trabajar; pero ni lo uno hace a los primeros veraces, ni lo otro a los segundos diligentes.

Mas si la *constancia* es el requisito indispensable de toda virtud, no se ha de ocultar que también consiste en ella su *dificultad*, sobre todo para los jóvenes, en quienes la *viveza* de la imaginación conspira con la *debilidad* de la voluntad; y el resultado de esa conspiración, es muchas veces la inconstancia, que es el más seguro camino del fracaso.

¡Pocos son, relativamente, los jóvenes que fracasan por haber elegido una profesión para que Dios no los llamaba, y haberse empeñado en perseverar en ella; pero, en cambio, son *innumerables* los que han de reconocer la causa de su fracaso, en los múltiples cambios de frente en que han desperdiciado su juventud; sobre todo, *ese precioso lustro*, ese período crítico en que vosotros os halláis!

He conocido innumerables jóvenes, cuya completa ruina ha comenzado por la inconstancia en la profesión, una vez elegida. Uno mostró buena capacidad para las Matemáticas, y creyó poder aspirar a una carrera de ingeniero. Vino a Madrid y comenzó su preparación para ingresar en la Escuela. Pero en lugar de seguir aplicándose, como durante el Bachillerato, perdió el tiempo, engañó un par de años a su familia, y acabó por decir, que no sentía vocación para ingeniero y quería ser farmacéutico. Pero luego halló que se había de estudiar para esto demasiada Química, y se decidió por hacerse abogado. Naturalmente, con esta aplicación y constancia bien probada, aprendió *tantísimo* Derecho, que llegó a ser... *secretario* del Ayuntamiento de su pueblo, gracias a un tío suyo alcalde.

Otro emprendió una carrera facultativa militar; pero so pretexto de que le habían hecho una *novatada*, se marchó de la Escuela, para seguir una carrera civil del Estado; también allí encontró dificultades (¿dónde no las hay?), por lo cual resolvió dedicarse a la Literatura, y acabó de escribiente en un Ministerio, con *mil quinientas* pesetas de sueldo.

Y éstos fueron relativamente afortunados. A otros he conocido que, después de tentar dos o tres, o hasta cuatro profesiones diferentes, han venido a una vida *bohemía*, a vivir como mendigos de levita (que es el más triste género de mendicidad), o temibles *sablistas*, que amenazan constantemente al bolsillo de sus antiguos compañeros; ¡y sólo para esto han hallado finalmente la *constancia!*

¡Oh, jóvenes queridos! Pensad muy bien de antemano la profesión que habéis de elegir, y para ello os he dado hartas indicaciones. Pero si la habéis elegido ya, ¡os conjuro por lo que más amáis; os conjuro por vuestro porvenir: no seáis fáciles en dejarla! En todas las profesiones se puede vivir honradamente, y en todas puede un joven laborioso adquirir una posición suficiente. ¡Donde no es posible evitar el desastre, es en la *mutabilidad* de la inconstancia!

Sólo hemos de exceptuar, por ventura, la carrera eclesiástica, en los que la han abrazado sin vocación de Dios, o movidos por fines bastardos. En ésa no se puede entrar por arbitrio propio, por cuanto se necesitan, para ejercitarla dignamente, gracias que no a todos se han prometido, como claramente lo dice el Señor en su Evangelio. Pero fuera de ese caso, apenas se hallarán otros, en que no sea mejor, o *menos malo*, proseguir en el camino comenzado, que volver atrás para ir en busca de otro. Cristo ha dicho que, *el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es bueno para el reino de los cielos*. Pues bien; ¡la experiencia enseña, que los tales

no son buenos tampoco para los reinos de la tierra, o sea, para alcanzar los éxitos sociales!

Pero no basta, en manera alguna, perseverar en la *profesión*, sino es menester perseverar en el *trabajo profesional*, ya sea durante la carrera o el aprendizaje de la profesión, o ya en su ejercicio. Y esto es más difícil, porque para ello no hay que evitar sólo las ilusiones de la imaginación, que nos pinta de color de rosa todo lo que está en un horizonte lejano, sino es necesario vencer además las *debilidades de la voluntad*.

El *ejercicio* de la actividad es propio del hombre, y le recrea, cuando es *libre*, sin sujeción alguna. En esto consiste, como ya lo dejamos dicho, *el juego*. Pero desde el momento en que el ejercicio se ha de hacer con regularidad, con sujeción, no atendiendo sólo a la redundancia de la energía que anhela desahogarse, sino a obligaciones que se nos imponen por una ley superior a nosotros, comienza el *trabajo*; el trabajo *penoso*, que, como dice Aristóteles, *es contrario a nuestra naturaleza*, y sólo llega a hacérsenos agradable por la *costumbre*. En esto está la dificultad, y en esto el secreto, de la *constancia*. Toda constancia es penosa; pero lo es hasta tanto que ha producido el *hábito*, la *costumbre*, la cual viene a formar una segunda naturaleza y nos hace suave y placentero lo que antes nos era contrario y repugnante.

¡Excitaos, pues, a la *constancia*, mis jóvenes lectores, pues en ella está el verdadero *secreto del éxito*! ¡Esforzaos por perseverar; porque quien persevera es el que llega a gozar la dulcedumbre de los fuertes! *En la boca del león está el panal*, como se dice en la historia de Sansón; y sólo a los que le vencen y desquijaran, se les da la facultad de gustarlo. Mas sería exiguo bien la *constancia*, si pudiera alcanzarse con solas fuerzas humanas, y por eso hay que recurrir, para asegurarla, a los medios sobrenaturales y divinos.

ARTÍCULO XXXI

¡Divide y vencerás!

Una de las cosas que más contrarían a la constancia de los hombres, en sus empresas, es el abuso de la facultad de *abstraer y generalizar*, que, bien empleada, constituye la más excelente prerrogativa de la humana inteligencia. El apartar los ojos de lo singular, y elevarlos al concepto de lo esencial y constante, nos conduce, en el terreno especulativo, a las ciencias; pero en el terreno práctico, nos aparta con frecuencia del camino recto, y, sobre todo, es muy a propósito para quebrantar nuestra constancia.

La realidad práctica no consta más que de *singulares*, por lo cual, a los *singulares*, y no a los *universales*, es a lo que hemos de atender en la práctica de la vida; y en ello, entre otras muchas ventajas, hallamos un poderoso auxilio de la constancia.

Si un joven de quince años, que acaba de salir (o no ha salido todavía) de los juegos de la niñez, se representa que *ha de trabajar* asiduamente durante *cinco años o diez*, para llegar a formarse una posición en el mundo; por una parte, fácilmente se descorazona: — ¿Quién podrá resistir tan prolijo *fastidio*? — y, por otra parte, halla un pretexto para dar entrada a la pereza. Si tenemos *diez años*, o aunque no sean más que *cinco*, ¡bien podemos seguir jugando todavía *un mesecito*, o, por lo menos, *una semana*! ¡Y... mañana será otro día! ¡Y... al otro día te diré: mañana!

Todo este discurso, que, aunque no tan explícitamen-

te concebido, es más frecuente de lo que pudiera creerse, se funda en ese abuso de nuestra facultad de *abstraer y generalizar*, con la cual concebimos *cinco* o *diez años*, como un período de tiempo *sólido*; y el trabajo que en ellos se nos propone, como una sola *mole* enorme de trabajo. Un trabajo de *cinco años*, ¿qué hombros habrá que puedan aguantarlo? Esto es como si os pusieran delante 1,825 panes y otras tantas libras de carne, y os dijeran: “¿Se atrevería usted a devorar todo esto?” “¿Qué atrocidad — exclamaríais por ventura —; si aquí hay comida para un batallón!” *Distingue tempora!*... Para mantener un batallón *un día*, bastarían esas vituallas; pero en *cinco años* cualquiera de vosotros se comerá todo eso... ¡y algo más!

Así acontece con el trabajo, ya se trate del trabajo del estudio, o del aprendizaje de cualquiera profesión, o generalmente, del *trabajo de la virtud*; pues toda virtud lleva consigo algún trabajo. Si con una abstracción absurda, formáis con todo el trabajo que habéis de hacer en vuestra juventud, un solo lío o una sola mole, os parecerá tan grande, que os quitará el ánimo de comenzar, como al que le presentasen 1,825 panes para que *se los comiera*, con sólo esto le quitarían las ganas de comer. ¡Pero decidle que ha de comerlos en mil ochocientos veinticinco días, y comenzarán a parecerle *pocos* panes, los que, presentados en junto, le parecían imposibles de acabar!

Contra esta aprensión, a que está muy sujeta la fantasía juvenil, y de donde nace uno de los peligros de su constancia, hay que emplear aquel axioma, que atribuyen a Filipo el Macedonio: *¡Divide y vencerás!* ¡No consideréis nunca el *conjunto de las dificultades* que habéis de vencer, sino ceñid vuestra consideración a lo que tenéis que hacer y padecer *en el presente momento*; pues tal es la verdadera índole de las cosas prácticas de la vida!

Todas las cosas penosas de nuestra vida tienen esa preciosísima cualidad: que han de realizarse en el *tiempo*;

mas el tiempo es de tan piadosa condición, que nunca nos trae *dos* instantes juntos, sino siempre uno tras otro; de manera que el dolor o el trabajo (lo mismo que el deleite o alegría) de un instante, no se compenetra jamás con el del instante anterior o del instante siguiente; sino cada día, y cada hora, y cada minuto, y cada segundo, se trae su propia *malicia*, y con sólo ésta hay que pelear durante él.

¿Qué es lo que te arredra y te mueve a la inconstancia? ¿La pesadez del trabajo? Pues bien: si hubieras de trabajar todo un mes o todo un día *a la vez*, yo te confieso que sería cosa intolerable; pero ¿no podrías trabajar una *hora*? ¿Qué digo una hora? ¿No puedes trabajar este momento presente? (Pues ésa es la verdadera *ley*, o mejor dicho, la *piadosa mitigación*, de la dura ley del trabajo: que no hemos de trabajar *ahora*, sino en este momento presente, y luego... ¡Dios dirá! ¡y si nos añade trabajo, El añadirá también fuerzas y paciencia! Pero lo que destruye la constancia no es el trabajo del momento, sino la *falsa aprensión* de un trabajo largo de meses y años, que la fantasía hace que pese *a la vez* sobre nuestro ánimo.

Para combatir esta vana aprensión, y proteger nuestra débil voluntad contra el peligro de la inconstancia, hay un medio muy bueno, que te aconsejo procures poner por obra, y consiste en hacer cada mañana propósitos para *aquella mañana*, y cada tarde para *aquella tarde*, sin pensar en el *día de mañana*. ¡Después de todo, nadie sabe lo que pasará mañana, ni si habrá mañana para nosotros!

Los necios se hacen a veces esta reflexión, pero sacan de ella una conclusión necia; al fin como obra de su necedad, que no pueden desmentir. Piensan sólo en el momento presente y ponen en duda el día de mañana, o quitan de él el pensamiento, y se valen de esto para entregarse el día de hoy, o en el momento presente a sus locuras y vanidades, pero para esto no hay ninguna razón; pues,

en primer lugar, *todo instante* tenemos obligación de emplearlo bien; ¡si somos virtuosos, virtuosamente, y si no más que racionales, racionalmente! Y además, aunque no sepamos lo que será mañana, lo *posible* y *probable* es, que mañana amanecerá para nosotros como hoy; y, en todo caso, es cierto que mañana pesará sobre nosotros la responsabilidad de las acciones que hoy ejecutaremos. De donde se sigue que, aunque es *sumamente razonable*, no preocuparnos por las dificultades del día de mañana, pues ésas no sabemos si llegarán a tener realidad efectiva; es *sumamente irracional*, abusar del día presente, por si no viniere para nosotros el de mañana; pues es *indudable* que tendremos (en el tiempo o en la eternidad) que sufrir la responsabilidad de nuestra conducta de hoy.

Evitado, pues, este escollo y error, es cierto que se halla un grande alivio, en los trabajos y penalidades de la virtud, no acordándose sino del momento presente. Un día, ¿quién no perseverará en su deber, aunque le cueste un poquito? ¡Mas es cierto que nunca tendremos que perseverar sino *un día*; o, si lo quieres más exactamente, *de día en día*! ¡Y esa constancia, mantenida de día en día, nos producirá, sin embargo, una felicidad *definitiva*, en esta vida, proporcionándonos el *éxito social*, y luego adquiriéndonos el *éxito humano*!

Ninguno, pues, se deje arredrar por esa perspectiva falaz de la *duración* de los trabajos; pues los trabajos de mañana no han de sobrellevarse con las *fuerzas de hoy*, y si el día de mañana trae nuevos trabajos, también aportará nuevos alientos; como, en el ejemplo propuesto, si en él nos dan un nuevo pan, también tendremos nuevo apetito y hambre, que nos lo hará, no sólo tolerable, sino sabroso.

Este sistema de dividir, conduce tanto más fácilmente a vencer, cuanto que, la repetición constante de los actos virtuosos, va formando *la costumbre*, y no sólo los hace tolerables, sino suaves y muy agradables.

De otra manera conspira contra la constancia de muchos el referido abuso de la facultad de *generalizar*, induciéndolos al *pesimismo*, en cuanto sufren en sí, o ven en otros, algunos desengaños.

Es ley de nuestra vida, la lucha, y no es posible concebir luchas sin reveses y contratiempos. Aun los más valerosos y afortunados, se dan por muy contentos en la guerra, con tal de alcanzar finalmente la victoria, y con sus laureles cubren sus heridas, y no hacen caso ni se acuerdan de ellas.

Pero hay no pocos jóvenes que, en cuanto sufren el primer revés, lo dan todo por perdido, y a sí mismos por muertos; de lo cual no puede seguirse sino el desaliento y la desidia. Estos son como los soldados desalentados, que van a la batalla con el convencimiento de su inferioridad, y la persuasión de su derrota, los cuales es moralmente imposible que peleen valerosamente.

En los primeros pasos de vuestra vida social os habéis hallado con una repulsa; se os ha pospuesto a otro compañero vuestro, de quien aseguráis que es inferior a vosotros, y que no puede haberos sido preferido sino por la fuerza de la *recomendación*, o por la *injusticia* de los mayores. De aquí sacáis ¡que es sandez trabajar para llegar al éxito, que no hay otro medio sino agarrarse a *buenas aldabas*; por lo tanto, no vale la pena de estudiar ni de afanarse en el trabajo!

¡Basta la más leve chispita de reflexión, para ver que todo ese discurso se funda sobre el vacío; y no se necesita mucha más, para entender que conduce a la pereza y al fracaso! ¿Qué decís? ¿Que se os ha hecho una *injusticia*? Pase, y anotemos: ¡Una injusticia! ¿Decís que os han desbancado por una *recomendación*? Sea, y apuntemos: ¡Una recomendación! Pero ¿qué colegís? — ¡Que en esta sociedad... *indecente* (¡mirad que vos y yo formamos parte de ella!) *todo es injusticia, nada se obtiene sino por recomendación!* — Pero ¿dónde habéis estudiado vos la Lógica? Y si la habéis estudiado, ¿no os dieron

calabazas en ella? En ese caso, anotad otra *injusticia*, y por ventura, otra *recomendación*!

¿Quién duda que hay y hubo siempre, en este mundo *inmundo*, ésas y otras muchas *impurezas de la realidad*? Pero sacar de ahí, que *todo* es impureza y basura, que en ninguna parte se halla la virtud y el valer, ¡eso es discurrir con los pies, para ahorrar el trabajo de raciocinar con la cabeza! ¡No, querido mío, no! Yo os confieso que hay excepciones a las reglas que hemos asentado, como hay *monstruos* en la Naturaleza; pero así como los monstruos se han excluído de la Historia Natural, y se han dejado para una nueva disciplina, que se llama *Teratología*; así es menester relegar a la *Patología moral* esos casos que me contáis y otros que yo me sé; pero no hemos de tomarlos como *tipos orgánicos*, puesto que no son sino desviaciones monstruosas de ellos, que no alteran las leyes de las especies y las familias.

Lo normal, lo ordinario, lo cotidiano, en nuestra sociedad y en todas las sociedades del mundo, es que el *mérito* acaba por imponerse, que la *fuerza* acaba por vencer, que la *virtud* se abre finalmente camino. Y todos esos raciocinios o falacias *pesimistas*, son tan contrarios a la buena lógica, como a los intereses de la juventud; pues sólo sirven para enervar sus fuerzas y persuadirle insidiosamente que, ya que así como así no ha de aprovecharle la virtud y el trabajo, se abandone al vicio y a la holgazanería.

Por esa cola serpentina de las consecuencias, habéis de reconocer cúa es la cabeza maliciosa que zurce tales descabellados discursos. Por lo que, desechado el pesimismo y el desaliento, habéis de *dividir* las dificultades, atribuyendo a cada día sólo las suyas, y dejando las demás para sus tiempos propios; con lo cual llegaréis a la victoria del éxito, que no es fácil, pero tampoco es imposible, y cuyo precio es *la constancia en el trabajo*.

ARTÍCULO XXXII

La fuerza de lo alto

En último resultado, hemos visto, que la *fuerza* que se impone y abre las puertas del éxito, es la *fuerza de voluntad* que da constancia en lo bien comenzado; y esa fuerza de voluntad, esa *constans et perpetua voluntas*, no es otra cosa que *la virtud*. Pero la virtud puede ser puramente racional o natural, nacida de la luz de la razón, que nos muestra lo que debemos hacer: y puede ser de otro orden superior, iluminada por otra más brillante luz que viene de lo alto.

Si se considera de una manera abstracta, parece que debiera bastar la virtud natural para guiarnos y conducirnos por los caminos de la razón; pero la experiencia de todos los días y de todos los siglos ha demostrado, por el contrario, que la luz sola de la razón es demasiado débil para hacer hombres verdadera y constantemente razonables. Y esto, que la experiencia nos lo descubre, la Filosofía nos lo explica muy suficientemente.

Nuestra razón está, durante el tiempo de la presente vida, condicionada por las funciones orgánicas de nuestra fantasía y nuestra sensibilidad. Es como una lámpara que arde, pero arde dentro de un farol; y por más que de suyo irradie luz muy suficiente, si el farol está empañado, no basta para mostrarnos con seguridad nuestro camino.

Es necesaria otra luz que viene de más alto; otra luz de índole superior, que no está sujeta a los influjos de la fantasía y del corazón. La luz de la razón es para nos-

otros como una pequeña lámpara de combustión, cuya llama está expuesta a los embates del viento, o se extingue sumergida en el agua o en una atmósfera saturada de anhídrido carbónico. Mas la luz sobrenatural es como una lámpara de incandescencia, que ni se apaga con el viento ni se extingue en el vacío, y sigue ardiendo aun dentro del agua. Esta luz es *la fe*, la cual ilumina y guía las virtudes sobrenaturales, como la razón natural alumbrá las virtudes puramente naturales y humanas.

Es cosa generalmente admitida, que la juventud necesita *alguna fe*, para dirigirse con aliento hasta las cimas del éxito. Necesita por lo menos la *fe* en el porvenir, la fe en el amor, la fe en la Humanidad, en la honradez, en la justicia; y la pérdida de todos esos géneros de fe, es la que constituye el *pesimismo* enervante, a que ya hemos aludido. Pero tampoco bastan esas clases de fe; pues, en realidad, carecen de fundamento bastante sólido y capaz de resistir a todos los golpes de la fortuna y los reveses del desengaño.

Sólo hay una *fe* incontrastable; sólo hay una fe que resiste victoriosamente a todos los contrastes; y, por consiguiente; es capaz de mantener la constancia de la virtud en todas las ocasiones: ésta es la *fe en Dios*, la cual constituye la verdadera *fuerza de lo alto*, que nos sostiene en todos nuestros desfallecimientos, y nos ayuda en todas nuestras debilidades. El que obra guiado sólo por la fe humana, está sujeto a padecer mil desmayos; porque, en efecto, todo lo humano es caduco y falta al mejor tiempo. Para no desfallecer nunca, es menester echar el ancla hasta un suelo más profundo y firme, que la movediza arena de las cosas humanas; es menester estribar en Dios, como se hace por la fe, la cual es, como dice el Apóstol, "el sostén de las cosas que esperamos".

Por eso, para resistir a los falsos halagos de la sensualidad y de la vanidad, de que hemos hablado arriba como obstáculos del éxito; *para elegir* con luz verdadera, no al mentiroso resplandor de luces de Bengala que matiza

los objetos de un color que realmente no tiene; y, sobre todo, *para perseverar* constantemente en la prosecución de lo que una vez maduramente hubiéremos elegido, es necesaria la *virtud sobrenatural*, a quien ilumina, no ya la sola razón, sino la razón ilustrada por la fe; que estriba, no ya en la confianza en nuestras propias fuerzas, ni en la honestidad de los hombres, sino en la palabra de Dios; y que tiene por blanco último, no ya los medros pasajeros o temporales, sino la eterna felicidad, de la cual, la felicidad y los éxitos de esta vida, no han de ser sino preparativos y escalones.

De ahí resulta que, la más segura y sólida, entre todas las garantías del *éxito*, es para la juventud la *religiosidad*. Sólo la *religión* comunica solidez inquebrantable a las virtudes, que, divorciadas de la religión, apenas merecen el nombre de virtud, y fácilmente degeneran en pura vanidad. Sólo la religión endereza de un modo estable aquellos estímulos de la juventud, que, si bien han de ser los resortes de su conducta honesta, se tuercen tan fácilmente, y se convierten en origen de todos sus descarríos. Pero sobre todo, sólo los motivos religiosos son capaces, *por regla general*, de dar a los jóvenes constancia en el trabajo, en el esfuerzo, en las privaciones que necesitan imponerse, cabalmente en esa edad en que más imperiosas se muestran las pasiones.

No desconocemos, que hay hombres dotados de extraña *constancia* y tenacidad para el mal; pero si se estudia esta materia de cerca, se descubre que los tales son raras *excepciones*, y más raras, sobre todo, en la primera juventud. El resorte que conduce a los hombres hacia el mal es, en la inmensa mayoría de los casos, *la pasión*, y propia es de la pasión la *inconstancia*.

Las pasiones nacen de la sensibilidad; de la porción inferior, orgánica, de nuestro sér; y esa porción inferior está por naturaleza sujeta a incesantes mudanzas, porque todo es mudable en nuestro organismo. Así, vemos que el glotón apetece el manjar hasta hartarse; pero luego

siente el hastío. El lujurioso queda sumergido en la depresión y la tristeza, tan luego como ha consumado la función animal que tiene por término de sus deseos. El vengativo siente acallarse su furor luego que ve rendida a sus pies a su víctima, etc.

Es verdad que hay pasiones *antinaturales*, pues no tienen fundamento ni en la carne ni en el espíritu, y éstas no hallan tan fácilmente el límite; vgr., la ambición, la avaricia, etc. Esas son las que comunican a veces a los hombres una *constancia* que remeda la constancia de la virtud; pero es una falsa constancia, que no tiene de permanente sino la finalidad torcida a que la pasión arrastra. Así, por ejemplo, el ambicioso, aunque es constante en ambicionar, es, con frecuencia, el más inconstante y mudable de los hombres en su conducta, pues todo lo subordina al logro único de sus ambiciones.

Mas la verdadera *constancia de la voluntad* en el bien, no puede nacer sino de la virtud, o mejor dicho, es la virtud misma, y no puede mantenerse a la larga sin el auxilio de la fe y la gracia sobrenatural, que unen al hombre con Dios. Por eso, el más eficaz de los medios, el medio indispensable para que la juventud obtenga el éxito social y el éxito humano, es la *religión*; y no una religión puramente especulativa, ni puramente sentimental; no una religión que se quede solamente en la cabeza, sino una religión verdadera, que junte al hombre con Dios, su primer principio y su último fin, por *conocimiento y amor*.

Para valernos de un germanismo ahora en boga: no basta, para llegar seguramente al éxito, *profesar* una religión; sino es necesario *vivirla*; esto es, vivir conforme a ella, de suerte que toda nuestra vida esté penetrada de nuestra religión. Esto sólo se obtiene mediante la *práctica* de la religión, y en ninguna religión se alcanza más perfectamente que en el *Catolicismo*, única forma legítima del *Cristianismo*, que es, a su vez, la única religión verdadera y verdaderamente progresiva y civilizadora.

El Catolicismo da a la juventud, y en general a todos los hombres, la mayor suma imaginable de *medios* para llegar a la virtud, a la vida constantemente honesta, y por ese camino, a los éxitos sociales.

El Catolicismo nos hace miembros de una *Iglesia* donde hallamos los más altos *dechados* y los mayores *auxilios* para la práctica de todas las virtudes. En su Cabeza divina, *Cristo*, y en todo el innumerable coro de sus Santos, nos ofrece modelos insuperables de toda perfección, en todas edades, condiciones y clases sociales; y nos enseña a elegir por *patronos* algunos de esos Santos, los que más afinidad tuvieron con nuestro estado y modo de ser.

La *moral laica* se esfuerza por estimular a los jóvenes, poniendo ante sus ojos las figuras de los hombres que han alcanzado brillantes éxitos. Pero esos hombres están al mismo tiempo llenos de defectos, cuyo contagio conduciría a sus imitadores a la ruina. Pero, sobre todo, el Catolicismo no se limita a señalar nos modelos sino danos inestimables *auxilios* para seguir sus huellas. Auxilios, en la unión de los fieles; vgr., en las *congregaciones* de jóvenes y personas de semejantes circunstancias sociales; auxilios, en la recepción frecuente de los Sacramentos; auxilios que están preparados para todas las coyunturas de la vida humana.

El Catolicismo tiene un *culto* sumamente acomodado para elevar nuestro espíritu a las cosas celestiales, sustrayéndole al falso halago de los alicientes terrenos; tiene las más consoladoras doctrinas para estimularnos a perseverar en el trabajo de la virtud. Nos enseña, que nuestro Dios nos está mirando y sosteniendo continuamente en nuestras luchas; que Cristo vive siempre en medio de su Iglesia, para auxiliarnos con sus gracias sobrenaturales; que su Madre Santísima es también Madre nuestra, que se interesa por nosotros y nos ayuda continuamente con su poderosa intercesión.

Esa vida de fe, sostenida admirablemente por el culto católico, es la más a propósito para hacer que tenga-

mos siempre presente, que peleamos, como los atletas, en un estadio donde nos están contemplando las personas cuya presencia más debe estimularnos: los Santos, que no son sino los *triunfadores* en todo género de nobles combates; Cristo y su Santísima Madre, que nos asisten prontos a darnos todo auxilio y, finalmente, Dios, que ha de ceñir nuestras sienes con el lauro de la victoria en esta vida, concediéndonos los éxitos sociales que apetecemos, y luego, en la otra eterna, otorgándonos el definitivo éxito y el premio de una felicidad que no ha de tener fin.

APÉNDICE

CONSEJOS DE UN PADRE

VICEALMIRANTE DE LA MARINA ESPAÑOLA,
A SU HIJO, ALUMNO DE UNA ACADEMIA MILITAR (1)

Consejos que, al separarse de sus padres, doy a mi queridísimo hijo X, los cuales le encargo lea cuando menos una vez al mes:

1. No olvides nunca, hijo mío, los deberes que tienes para con Dios, y esto te lo encargo, porque *sé de fijo* que tropezarás con muchas personas, principalmente jóvenes, que tratarán de desviarte de todo acto religioso, ya combatiéndolo de frente, ya poniendo en ridículo las diferentes prácticas de nuestra santa Religión. Contra este último escollo has de estar muy alerta, porque es el que a más jóvenes pervierte. Tu conducta en punto a religión ha de ser muy prudente; es decir, que procures no provocar a los jóvenes irreligiosos a proferir burlas y blasfemias, para lo cual evitarás en lo posible hablar de religión con ellos, y cuando ellos entre sí hablen de este asunto, no te mezclarás en su conversación, siempre que puedas eludirlo. En tus prácticas de ir a misa, confesar, etc., procurarás hacerlo a horas en que no provoques las burlas de tus compañeros, porque esas burlas son, por varios conceptos, *escollos muy peligrosos* para un joven de tu

(1) Don Pascual Cervera y Topete, no fué sólo uno de nuestros más brillantes marinos, sino un excelente cristiano, y modelo de padres solícitos por la buena educación de sus hijos. Aquél de ellos para quien escribí estos *Consejos*, nos ha autorizado a publicarlos como Apéndice del presente libro, muy a propósito para completar sus advertencias.

edad. *No te olvides de rezar algo cada día, por muchas que sean tus ocupaciones.*

2. *Que la mentira, hijo mío, no manche tu labio.* Este consejo es de muy difícil ejecución, porque en ciertos casos te verás muy apurado, particularmente cuando se trate de alguna acción fea hecha por alguno de tus compañeros; porque si te preguntan, no debes mentir; y sin embargo, el compañerismo exige no descubrir al compañero (1). Si un caso análogo te ocurre, procurarás salir de él con alguna respuesta evasiva, sin descubrir al compañero, por los males que te pudiera ocasionar; y esto debes observarlo, aunque por su observancia te hubieran de imponer algún castigo innmercido, que, en llegando el caso, sufrirás con resignación, ofreciéndolo a Dios por tus pecados. Tú, que ya has estado en otros colegios, comprenderás esto bien.

3. No dejes de escribir nunca a tu madre, siquiera una vez a la semana, y sobre esto no te hago reflexiones.

4. Estudia mucho, *sin desanimarte porque encuentres alguna cosa difícil*, pues no hay nada que no lo allane el trabajo. No sólo no te has de desanimar, sino que has de procurar estar frío cuando estudies, sin enfurruñarte. No te importe preguntar lo que no comprendas bien, a alguno de tus compañeros que juzgues más adelantado que tú en la materia de que se trata.

5. Cuando dependa de ti la *distribución del tiempo*, hazla con anticipación, dedicando siete u ocho horas al sueño, y algún tiempo, no mucho, al recreo, procurando que este último sea a las mismas horas próximamente que lo tengan tus demás compañeros. Cuando tengas que dedicar algunas horas seguidas al estudio, interrumpe éste cada dos horas, y después de descansar algunos minutos, lo vuelves a tomar con nuevo ardor. Esto va encaminado a tu mayor aprovechamiento, por lo mucho que te interesa concluir pronto tu carrera, facilitando así el que yo pueda atender a las de tus hermanos, lo cual pudiera hacerse muy difícil, si se me reunieran las tres a la par. Una vez distribuido tu tiempo, ocúpalo como hayas determinado, con gran *perseve-*

(1) Sólo debe exceptuarse el caso en que la *caridad* lo exija; por ejemplo; para prevenir el daño de un inocente; verbigracia, si un mal compañero tratase de pervertir a otro de menor edad o malicia, o causar perjuicio grave a otra persona. Los que en tal caso callan, por mal entendido pundonor, se hacen verdaderos *encubridores*, culpables ante la conciencia y el Código penal.

rancia; que esto es una de las cosas más esenciales y *en que más muchachos se pierden*.

6. Sé muy respetuoso y obediente con tus superiores; para lo cual, no es de ningún modo preciso que los adules.

7. Con tus compañeros, sé afable y cariñoso con todos; pero respecto a intimar, ten mucho cuidado con quién lo haces; de modo que, cuando aceptes un amigo, sea religioso, de buenas costumbres y aprovechado, que esté bienquisto de los superiores y compañeros.

8. Recibe con afabilidad todas las bromas que te den tus compañeros, y tú procura no darlas a nadie. Te recomiendo, hijo mío, mucho este punto. Si hubiere bromas de novatadas, recíbelas con conformidad; pero no mortifiques con ellas a otros nuevos.

9. No tomes parte en ningún *trueno*, ni de los que se dan dentro, ni de los de fuera del Colegio o Academia; porque, además de ser muy mal hecho, suele esto traer malísimas consecuencias.

10. No frecuentes nunca el trato de gentes de malas costumbres. Si quieres trato, procura introducirte en sociedad de familias buenas, que en todas partes las hay.

11. Por ningún estilo entres nunca en ninguna casa de juego; y si alguna vez te encuentras en algún casino u otro lugar en que se juegue a juegos de azar, no te intereses en el juego por ningún pretexto, aunque algún compañero quiera echar contigo *una vaca*. Puede que esto te parezca alguna vez muy difícil; pero yo que, gracias a Dios, *nunca he jugado*, puedo asegurar que no es imposible, puesto que yo lo he hecho, conservando siempre la estimación de mis compañeros, por más que me haya costado algunas amarguras.

12. Las diversiones *lícitas*, que te permitan tus recursos, y no te quiten el tiempo que debes dedicar al estudio, no hay inconveniente en que las disfrutes. Se entiende que han de ser con el consentimiento de tus superiores, o al menos con su conocimiento, aunque no se lo digas tú expresamente.

13. *No contraigas nunca deudas*, ni aun pequeñas, sino que siempre has de vivir arreglándote a tus recursos. En esto has de ser tan escrupuloso, que no has de tener nunca cuentas con sastres, ni zapateros, ni tiendas, y mucho menos en ningún café,

peluquería, etc.; para lo cual procurarás reunir el importe de lo que hayas de comprar, antes de hacer la compra.

14. Verás muchos compañeros que tendrán *novia*; sobre ser esto asqueroso en un mozalbete que no tiene con qué vivir, observarás, que la generalidad de éstos que tienen novias, son *los peores estudiantes*, los que pierden más años, y por último, los más revoltosos, con pocas excepciones. Eso te indicará lo inconveniente de tenerla mientras no termines la carrera y seas hombre; en cuyo caso, si haces elección de una señorita de buena educación y costumbres cristianas, será para mí de mucho gusto verte, cuando tengas suficiente posición, constituir una familia como la nuestra. Pero antes de tiempo, me darás un gran disgusto y comprometerás tu carrera.

15. Procura no murmurar de nadie ni dar oído a tales murmuraciones, oyéndolas, cuando no puedas evitarlas, *como quien oye llover*.

16. Procura no dejarte llevar de arrebatos de soberbia, piéndoselo a Dios de todo corazón, y doliéndote cuando caigas.

17. No tengas tampoco envidia de ningún compañero, porque aproveche más que tú. No le niegues tus elogios, ni tampoco desmayes por eso. Si acaso hubiese alguno que, por favor o por otra causa, fuese distinguido injustamente por los jefes, llévalo con conformidad y no le niegues tu amistad por eso. Considera que muy fácilmente puedes equivocarte, y que, aun cuando no te equivoques, pueden equivocarse los jefes.

18. Una de las cosas más malas que verás entre los compañeros y entre todos los hombres, es el juicio que hacen de sus cuestiones, llevándoles su orgullo y su ira al *desafío*, *monstruosidad enorme*, que no hay ninguna razón que la disculpe. *El desafío es un crimen horrendo*, que en ningún caso puede ser lícito, y cualquiera que muera en uno, perdería irremisiblemente su alma. Los hombres creen, o afectan creer, que es un acto de cobardía no aceptar un desafío; pero se necesita mucho más valor para no aceptar que para aceptar, si no se mira más que la muerte en sí misma. Es, pues, éste un gran escollo en la vida, difícil de evitar, pero no imposible; para lo cual sirven las cuatro virtudes cardinales, sobre todo la prudencia y la templanza. Con el ejercicio de ellas, no darás margen a que nadie choque contigo, y si llegara el caso del choque, no tendría consecuencias

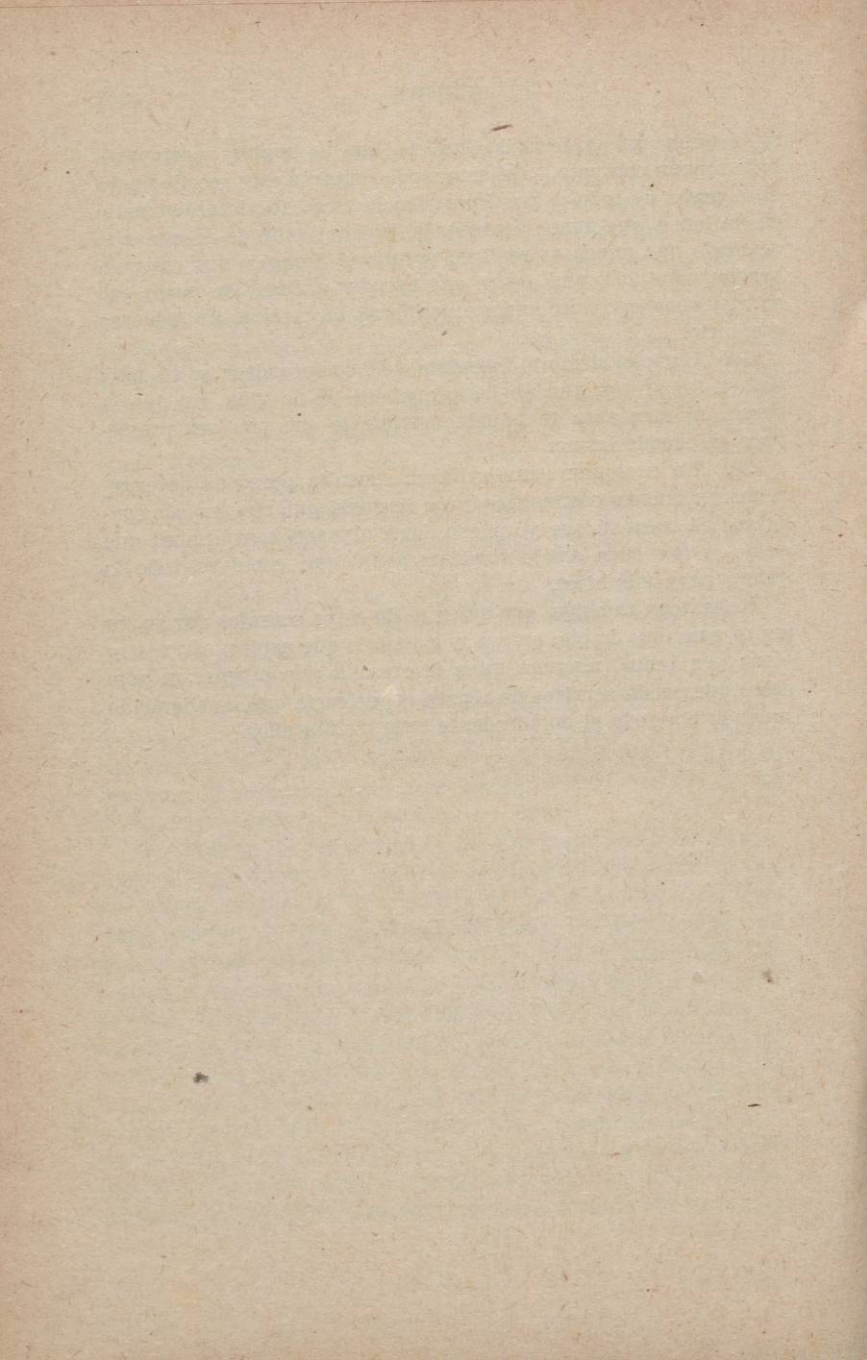
si te anima un espíritu de justicia, que te impida apasionarte bajo ningún concepto. De este modo evitarás este escollo; pero si, a pesar de todo, o por imprudencia tuya, te vieras envuelto en un lance, que nunca provocarás, procura salir de él con arte, de modo que nunca se realice; porque el precepto nos obliga a *perder todas las cosas antes que ofender a Dios*; de modo que en el último extremo, aunque perdieras la carrera, no debieras aceptarlo.

19. Cumple siempre fielmente tus compromisos y sé muy leal en tus tratos, aun en las pequeñeces de la vida, sin que la pereza ni otra cosa te impida cumplir lo que una vez prometiste, en siendo bueno.

20. En cualquier asunto difícil, consulta personas de experiencia y buenas costumbres, y no te duela guiarte por sus consejos. Si crees tú que yo puedo darte algunos, consúltame; que *nadie es tan buen amigo como un padre* que, como yo, todo lo quiero para mis hijos.

Reflexiona también, que quien te da estos consejos soy yo, tu padre, que todo lo que quiero, y a todo lo que aspiro, es vuestro bien; por tanto, ninguna mira interesada puedo tener, y sólo deseo que pueda servir de algo la experiencia que he adquirido rodando por todo el mundo desde hace treinta años.

A. M. D. G.



INDICE

INTRODUCCIÓN

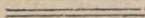
	Págs.
ARTÍCULO I.—El éxito y la felicidad	5
» II.—El problema del éxito	11
» III.—Ideas atávicas	17
» IV.—El dios Éxito	24

PARTE PRIMERA

ARTÍCULO V.—El horóscopo	37
» VI.—El lustro fatal	38
» VII.—Plan de batalla	45
» VIII.—¿No fuma usted?	52
» IX.—¿Otro cigarrito?... ..	58
» X.—¡Copas son triunfo!.....	65
» XI.—Por la boca... ..	71
» XII.—El Banderín de los siete Valientes	78
» XIII.—El tiempo es oro	85
» XIV.—Las lecturas	92
» XV.—¡Carambola... y palos!	99
» XVI.—“Sports”	106
» XVII.—Amistades	112
» XVIII.—Caballería y quijotismo	118
» XIX.—El gusano roedor	125

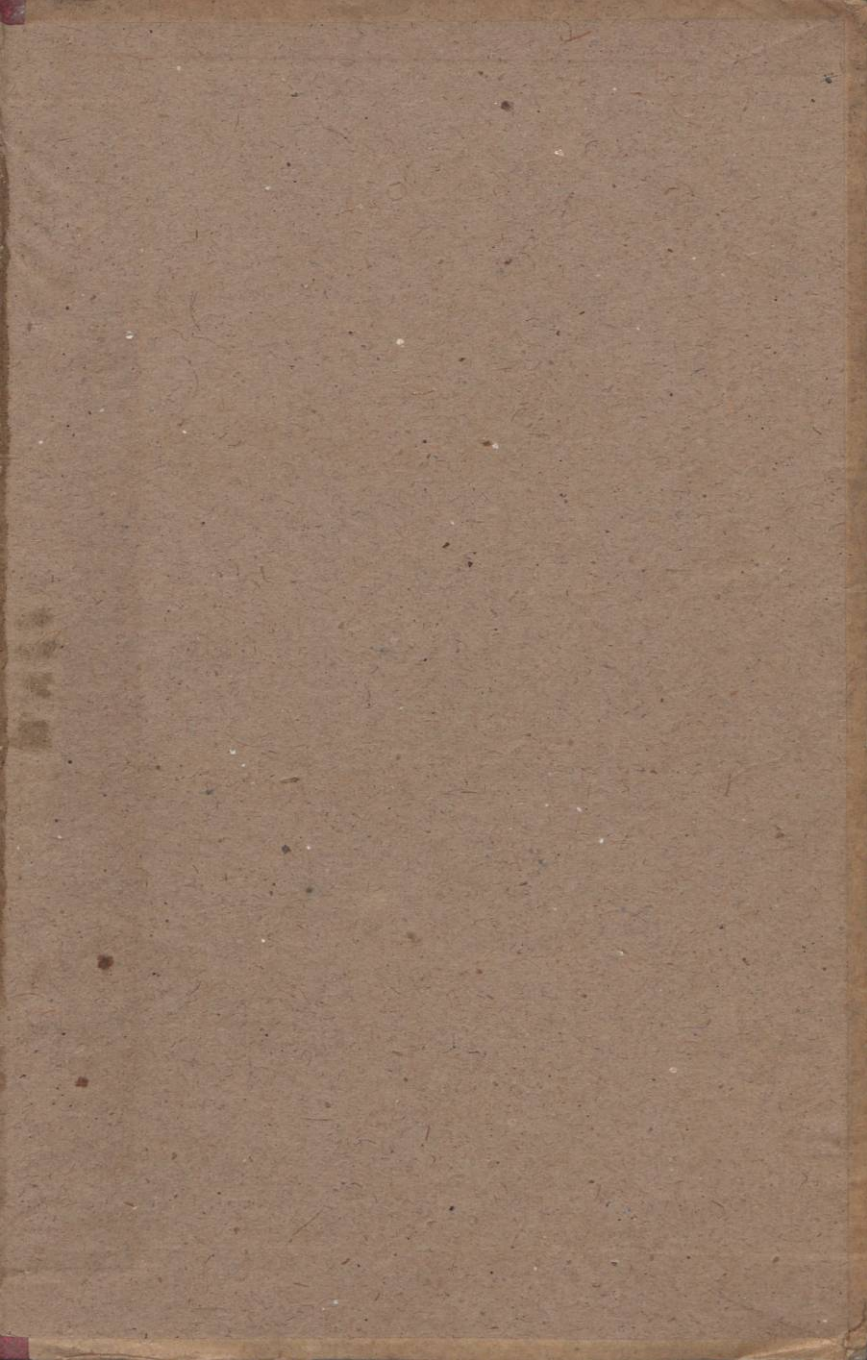
PARTE SEGUNDA

	<u>Págs.</u>
ARTÍCULO XX.—Orientaciones	137
» XXI.—Poderoso caballero	137
» XXII.—La verdadera nobleza	144
» XXIII.—Inclinaciones y aptitudes	150
» XXIV.—Concurrencia social	156
» XXV.—El capital de los desheredados	163
» XXVI.—Una objeción y un aviso	170
» XXVII.—La vocación divina	176
» XXVIII.—El trabajo	183
» XXIX.—Distribución del tiempo	189
» XXX.—La constancia	196
» XXXI.—¡Divide y vencerás!	201
» XXXII.—La fuerza de lo alto	207
APÉNDICE.—Consejos de un padre	213





600 -



EDITORIAL LIBRERÍA RELIGIOSA

AVIÑO, 20 - BARCELONA

Narraciones escolares

por los

RDOS. PP. FRANCISCO FINN, S. J.
Y ENRIQUE SPALDING, S. J.

*Cubiertas en colores y dibujos
intercalados*

TOM PLAYFAIR, (PRIMERA PARTE).
PERCY WINN, (SEGUNDA PARTE).
ENRIQUE DY, (TERCERA PARTE).
CLAUDIO VOLAPIÉ.
ETELREDO PRESTON.
LA DIOSA DE LAS AVENTURAS.
VIDA AMERICANA.
EL ANILLO DE DIAMANTES.
VIDA DE COLEGIO.
EL HADA DE LAS NIEVES.
TIPOS INFANTILES.
UNA VEZ Y NO MÁS.
BOBY EN EL PAÍS DEL CINE.
FOOT-BALL!!!
PEPE RANLY.
ROBERTITO AFORTUNADO,
(PRIMERA PARTE).
EL MÁS FELIZ DE SUS AÑOS,
(SEGUNDA PARTE).
AFRONTANDO EL PELIGRO.
LORD BOUNTIFUL.

UNA EXPEDICIÓN A LA ISLA DEL COBRE.
LAS HUELLAS DEL OSO.
AVENTURAS DE NEIL MURRAY.
BAJO LOS PINARES DE COPPER RIVER.
RAIMUNDO BOLT.
EL VIEJO MOLINO DE WITHROSE.
LA CAVERNA MISTERIOSA.
EL SHERIFF.
EL EMBOSCADO.

Biblioteca Rosa

CONDESA DE SÉGUR,

AURORA LISTA
Y SRTA. M.^a BERTA QUINTERO.

*Cubiertas en colores y
intercalados*

TRAS LA BORRASCA EL SOL.
¡POBRE BLAS!
LAS TRAVESURAS DE SOFÍA,
(PRIMERA PARTE).
LAS NIÑAS MODELO, (SEGUNDA PARTE).
LAS VACACIONES, (TERCERA PARTE).
NUEVOS CUENTOS DE HADAS.
CUENTO DE CUENTOS.
MEMORIAS DE UN ASNO.
LOS DOS ILUSOS.
LA HERMANA DE TONTÍN.

POSTALES.
CARACTERES INFANTILES.
VIVIR DE AMOR.
LOS DOS HUERFANITOS.

SRTA. MICAELA DE PEÑARANDA

(Novelas)

EL HASTÍO DEL RINCÓN.
MUDAR DE OPINIÓN.
NADA SUCEDE ACASO.
ASÍ ES EL MUNDO.
TEATRO INFANTIL.

Estas obras forman la biblioteca más indicada para la juventud
hispanoamericana

EN PUBLICACIÓN: Las Novelas del Rdo. P. Enrique Spalding, S. J. --
Novelas de instructivas aventuras. -- De viajes a regiones descono-
cidas e historias de misiones entre los indios norteamericanos.

EMOCIONANTES, INSTRUCTIVAS Y MORALIZADORAS